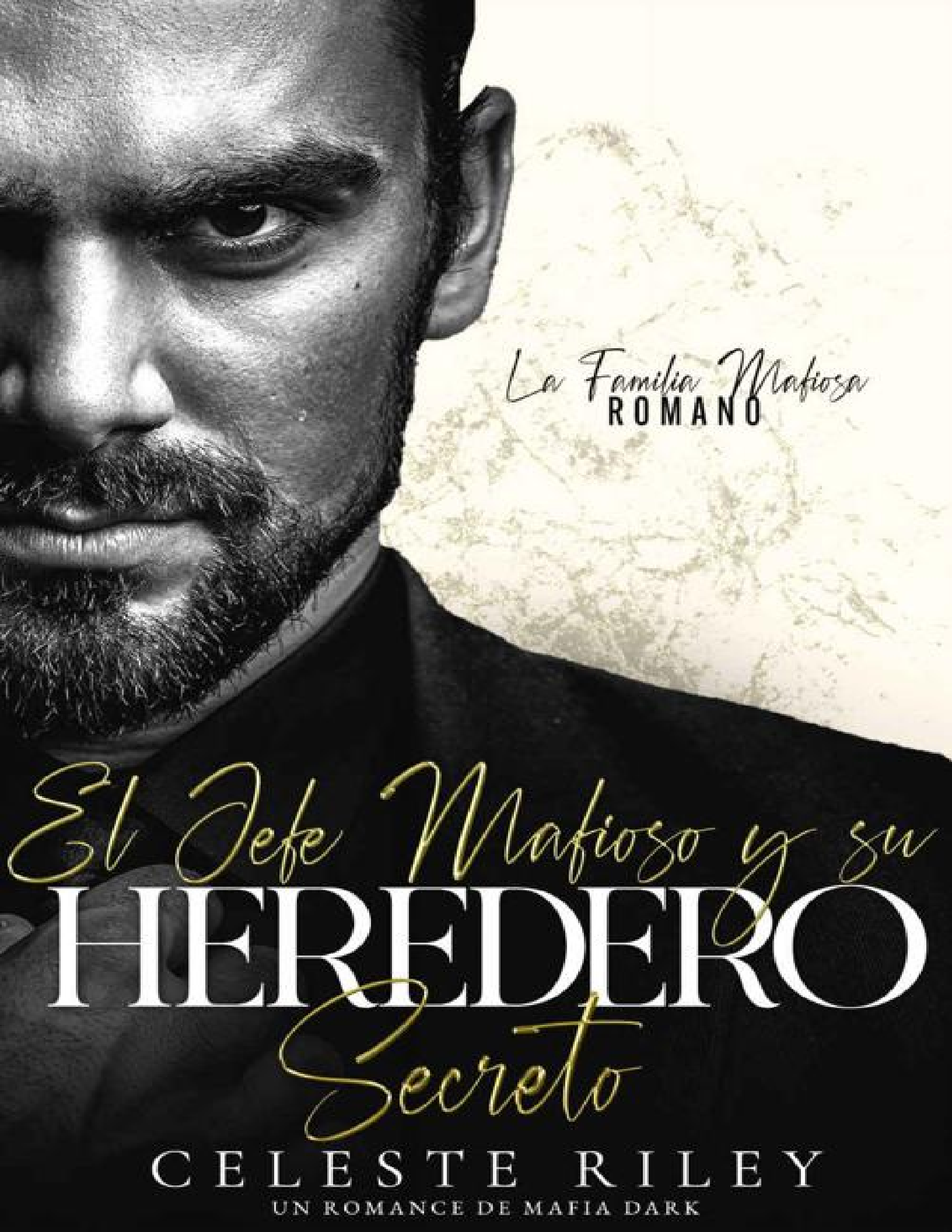


La Familia Mafiosa
ROMANO

# El Jefe Mafioso y su HEREDERO Secreto

CELESTE RILEY

UN ROMANCE DE MAFIA DARK

# El Jefe Mafioso y su Heredero Secreto

Un Romance de Mafia Dark

*La Familia Mafiosa Romano - Libro 1*

por

Celeste Riley

Copyright © 2024 por Celestine Publishing Ltd.

Contacto: Celeste-Riley@mail.com

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

# Contenido


Capítulo I

Elena

Capítulo II

Elena

Capítulo III

Dominic

Capítulo IV

Elena

Capítulo V

Dominic

Capítulo VI

Elena

Capítulo VII

Dominic

Capítulo VIII

Elena

Capítulo IX

Dominic

Capítulo X

Dominic

Capítulo XI

Elena

Capítulo XII

Elena

Capítulo XIII

Dominic

Capítulo XIV

Elena

Capítulo XV

Dominic

Capítulo XVI

Elena

Capítulo XVII

Dominic

Capítulo XVIII

Elena

Capítulo XIX

Dominic

Capítulo XX

Elena

Capítulo XXI

Dominic

Capítulo XXII

Dominic

Capítulo XXIII

Elena

Epílogo

Dominic

Un año después...

**SOBRE LA AUTORA**

# Capítulo I

# Elena

Hoy es el día de mi muerte.

Bueno, quizá esté exagerando demasiado, pero quiero conseguir ese contrato o morir en el intento. El fracaso no es una opción, no después de meses pasando noches en vela preparándome para este momento, que empieza exactamente dentro de una hora.

Mis tacones de aguja *resuenan* en las baldosas de mármol pulido del edificio de mi empresa mientras avanzo a paso ligero por el pasillo. Apenas son las siete de la mañana, y el golpeteo de un teclado en la recepción es la única señal que indica una presencia que no es la mía en el pasillo.

— Buenos días, Srta. Marconi — me saluda Grace, la recepcionista de turno, cuando me detengo ante su escritorio de mármol.

Sus ojos azul zafiro brillan y me sonríe.

Le devuelvo la sonrisa, aunque tengo los ojos cargados de sueño. Después de pasar toda la noche preparando mi presentación para esta mañana, solo pude dormir tres horas antes de preparar a Lucas para ir a la escuela y conducir hasta la oficina.

Y todo el mundo sabe que tres horas de sueño apenas bastan para que un ser humano adulto pueda resistir el día. Creo que estaré en modo zombi por el resto del día.

Pero no es que me esté quejando.

Era lo que me esperaba siendo madre soltera y la Directora Ejecutiva de una de las mayores empresas multimillonarias de productos para el cuidado del bebé en Nueva York. Y solo tengo veintisiete años.

— Ten lista la sala de conferencias. — Echo un vistazo a mi reloj Cartier para ver la hora.

Pasaron diez minutos de las siete de la mañana.

— La reunión empieza dentro de cincuenta minutos.

— Por supuesto, Srta. Marconi — responde Grace.

Sus ojos están tan cargados de sueño como los míos, pero se las arregla para lucir la sonrisa más brillante que haya visto en alguien. Grace lleva tres años trabajando conmigo y, al final de este contrato, pienso regalarle un viaje con todos los gastos pagados, además de sorprenderla con un ascenso.

De todas formas, hace tiempo que debería haberlo hecho.

En los últimos tiempos, la empresa está repleta de inversores, y eso es gracias a los últimos pañales hipoalergénicos que lanzamos hace dos semanas. Por supuesto, no es solo el hecho de que sean hipoalergénicos lo que hace la diferencia, sino que también sean realmente asequibles y cómodos para los bebés.

Ideé esos pañales para las madres solteras que no pueden permitirse unos buenos pañales para sus bebés. También creé este producto porque me recordaba mucho a mí... cuando estaba embarazada de mi hijo Lucas.

Pero ahora tengo que prepararme para una reunión con uno de los mayores inversores del país. El Sr. David Peterson, político, inversor, y el pez más gordo en la industria de los negocios.

No es muy frecuente que se interese por invertir en negocios como el mío, pero cuando lo hace, siempre resulta en un gran éxito.

Una sonrisa se dibuja en mis labios antes de darme cuenta de que sigo parada en la recepción.

— Gracias, Grace — le digo, me dirijo al ascensor y pulso el botón con el número *nueve*.

Cuando llego a mi despacho, paso los siguientes treinta minutos repasando mi presentación. El tiempo pasa demasiado rápido y mi teléfono suena para recordarme que solo quedan cinco minutos para la reunión.

Me vuelvo a pintar los labios, tomo mi maletín y salgo de la oficina. Mi confianza es como una corona y la llevo con orgullo cuando entro en la sala de conferencias y me siento en la cabecera de la mesa.

Cuando me siento, mi equipo y los miembros del Consejo Administrativo ya han ocupado parte de la larga mesa de conferencias de caoba a mi derecha.

El Sr. Peterson entra diez minutos más tarde, y juraría que es más pragmático de lo que revelan

los medios de comunicación.  El Sr. Peterson es un hombre de mediana edad, con el cabello corto y moreno que le encanta engominar, y los ojos casi grises. Lleva unos pantalones de mezclilla y una camisa lisa de color azul cielo.

Siempre ha sido un hombre sencillo, por lo que he oído, y humilde. Yo diría que esa es la razón por la que es tan querido por la gente. No todos los días uno se encuentra con un multimillonario que no crea estar hecho de oro y diamantes.

Me levanto y le doy la mano. — Soy Elena Marconi, Directora Ejecutiva de Bebés y Mamás — me presento. — Es un placer conocerlo, Sr. Peterson.

— El placer es mío — dice.

Su sonrisa no desaparece ni vacila en ningún momento.

— Esta es mi abogada, la Srta. Skylar Campbell. — Gira la cabeza hacia una mujer alta de piel acaramelada.

Lleva un traje negro de dos piezas con el interior a juego con su pintalabios rojo. Sus trenzas caen maravillosamente en cascada por su espalda.

Desplazo la mitad de mi atención hacia ella. — Encantado de conocerla, Srta. Campbell.

Su sonrisa es aún más hermosa.

— El placer es mío, Srta. Marconi. He oído hablar cosas muy buenas de usted.

Contengo una sonrisa, e incluso un rubor.

— Espero que usted misma pueda comprobarlas.

Las dos soltamos una risita.

— Ah — recuerda el Sr. Peterson.

Señala a un tipo a su derecha. — Este es mi Director Financiero, el Sr. John MacPherson.

El Sr. MacPherson me tiende la mano. — Me alegro de conocerla finalmente, Srta. Marconi.

— Gracias por venir — le digo.

Retiro la mano y señalo los asientos vacíos a mi izquierda. — Por favor, tomen asiento.

Espero a que se acomoden antes de empezar la reunión.

— Gracias una vez más por tomarse su tiempo de reunirse hoy con nosotros. ¿Comenzamos?

El Sr. Peterson se aclara la garganta. — Por supuesto. He oído hablar mucho de su nuevo producto. ¿Puede contarme más sobre él?

Le dirijo una sonrisa. — Por supuesto.

Recojo mi iPad, mi portátil y otros documentos que me pasé semanas antes preparando y toda la noche de ayer, me acerco a la pantalla donde se mostrará mi presentación.

Abro mi archivo y le hago un gesto con la cabeza a David, mi técnico, para que muestre la presentación en PowerPoint en la pantalla que tengo detrás.

— Nuestro nuevo pañal, llamado «BabyXMomComfort» combina una tecnología de vanguardia con un toque ecológico.

Le hago un gesto con la cabeza a David para que pase a la siguiente diapositiva.

— Como pueden ver en nuestras reseñas, no solo es superabsorbente para garantizar la sequedad y la comodidad del bebé, sino que además no contiene productos químicos, por lo que irrita menos la piel. Los pañales están fabricados con materiales biodegradables que se disuelven por completo en agua, por lo que terminan siendo respetuosos con el medio ambiente. Y lo mejor es que se venden al mismo precio que los pañales normales, por lo que todas las madres pueden comprárselos a sus bebés.

El Sr. Peterson mueve la cabeza, interesado. — ¿Le importa si pregunto qué la llevó a este nuevo invento?

— Como madre soltera sin ayuda a mi alrededor, a menudo me preocupaba por la comodidad de mi bebé mientras yo estaba ocupada con el trabajo o los estudios. Durante años he pensado en la manera de ayudar a otras madres como yo, y así fue como se me ocurrió esta idea que me ha cambiado la vida.

Mi mente se remonta a siete años atrás, cuando solo era una estudiante universitaria que apenas podía llegar a fin de mes.

Perdí a mi madre cuando tenía once años, y el mundo de mi padre se derrumbó rápidamente después de eso. Empezó a beber y pronto el padre cariñoso que conocí desapareció, y se convirtió en un monstruo. Me crie prácticamente sola, aceptando trabajos serviles y haciendo lo

que podía para terminar mis estudios.

Un año después de terminar mis estudios, me admitieron en una prestigiosa universidad de Nueva York. La vida era buena, y todo parecía ir de maravilla hasta que lo conocí. El hombre al que amaba con todo mi corazón, y el hombre al que ahora odio más que a nadie.

Dominic Romano.

— Tiene un producto realmente interesante, Srta. Marconi — me elogia el Sr. Peterson. — Estoy impresionado. Sin embargo, me preocupa la gran demanda de sus productos. ¿Cree que su empresa podrá satisfacer la demanda prevista?

Llevo mi confianza como un abrigo de Balmain.

— Hemos invertido mucho en producción antes de lanzar el producto al público. Nuestras instalaciones están bien equipadas para hacer frente al crecimiento previsto de la demanda, y nos hemos asociado con los mejores proveedores del país para garantizar que se cubra la demanda de distribución sin comprometer la calidad de nuestros productos.

Procedo a dar una explicación detallada sobre nuestro plan estratégico de marketing, el dominio del mercado, la posible expansión de nuestra empresa fuera de Europa y la diversificación de nuestros productos.

Tengo el estómago revuelto, la ansiedad me sube por la espalda a cada segundo, pero no dejo que se me note. Trabajar con el Sr. Peterson es un sueño que he tenido durante mucho tiempo y no voy a dejar que mis nervios lo arruinen.

Cuando empecé mi negocio hace cuatro años, no tenía previsto que se convirtiera en una empresa multimillonaria. Empecé elaborando cremas a precios asequibles para llevar comida a mi mesa. Como por arte de magia, más y más madres me apoyaron, y su aliento fue el estímulo que necesité para poner en marcha una empresa de productos para bebés.

Aunque estoy agradecida por lo lejos que he llegado, creo que no hay límite para lo lejos que puedo llegar.

— Impresionante — dice el Sr. Peterson cuando termino mi presentación. — Deme un minuto. — Voltea hacia su personal y mantienen una pequeña conversación privada.

Tengo las manos sudadas y aprieto los dedos alrededor de mi carpeta, esperando su decisión. Se me acelera el corazón y juro que me muero de expectación.

*Por favor, apruebe el contrato. Por favor, apruebe el contrato.*

El Sr. Peterson vuelve a centrar su atención en mí después de lo que parece una eternidad.

— Srta. Marconi. Estoy muy impresionado por su visión y su motivación. Usted es una fuerza que debería ser reconocida, y estoy más que feliz de invertir en su empresa.

El corazón se me sube a la garganta. La felicidad me sacude las entrañas y me cuesta mucho contenerme para no saltar de la emoción.

— Gracias por su decisión de invertir en nuestra empresa, Sr. Peterson — le digo, la calma de mi voz no coincide con los gritos de felicidad de mi cabeza. — No lo decepcionaremos.

Me sonríe. — Seguro que no.

Regreso a mi asiento y pasamos la siguiente hora redactando el contrato y llegando a un acuerdo. El Sr. Peterson se marcha cuando ambos estamos satisfechos con las condiciones de su inversión. En cuanto sale por la puerta, se me dibuja una sonrisa de oreja a oreja que se mezcla con la emoción de las demás caras de la sala.

— Lo conseguimos — dice mi mejor amiga, Moira.

Es alta, delgada, rubia y con ojos azul oscuro. Conocí a Moira unos meses antes de dar a luz a Lucas, y ha sido el mayor apoyo que he tenido.

Es la madrina de Lucas, y también la representante legal de mi empresa.

— Lo hicimos — respondo, vibrando por la euforia de mi éxito. — El Sr. Peterson es uno de mis inversores. No lo puedo creer.

— Yo tampoco lo puedo creer — dice, con sus ojos azules brillando de emoción. — Por cierto, ¿no crees que deberías subirme el sueldo? Quiero decir, ahora eres una perra rica.

— ¿Debería? — bromeo, riéndome. — Envíame una solicitud y veremos qué podemos hacer.

Moira se tapa la boca con una mano para acallar su chillido. — ¿De verdad?

Le guiño un ojo. — Totalmente.

Me rodea con los brazos y me da un fuerte abrazo. — Eres tan dulce, Elena. Eres la mejor amiga

del mundo. No me arrepiento del día en que te conocí.

— Lo harás si no me sueltas ahora mismo. No puedo respirar — bromeo.

Moira es una belleza de dos metros. Va al gimnasio cinco veces a la semana y toma clases de karate. Luego estoy yo, una diosa de metro setenta que va al gimnasio solo los días que le apetece. Moira puede literalmente hacerme papilla con su cuerpo.

Se ríe mientras se aparta. — ¿Qué te parece si lo celebramos, tal vez salir a tomar una copa o algo?

— Créeme, me encantaría. — Pero ser madre significa que tengo que sacrificar una noche de chicas por una cena con mi hijo. — Esta noche me quedo en casa con Lucas. Le prometí que veríamos una película juntos.

Moira sacude la cabeza.

— No puedo creer que comparta a mi mejor amiga con un niño de siete años. — Pone los ojos en blanco y luego hace un mohín. — Estoy celosa.

Le doy una palmadita en el hombro a modo de consuelo. — Te lo compensaré en otro momento, ¿está bien?

— Está bien, pero tienes que prometérmelo — insiste, apuntándome con el dedo meñique.

Entrelazo mi dedo meñique con el suyo y digo las palabras que quiere oír.

— Te lo prometo.

Sus risitas resuenan en el pasillo mientras caminamos hacia mi despacho. Inhalo profundamente el aroma del aceite esencial de lavanda en cuanto entramos al despacho.

Estoy obsesionada por los aromas agradables y las decoraciones minimalistas en blanco y negro. Creo que menos es siempre más.

Moira toma una silla de malla blanca frente a mi escritorio negro y se acurruca en ella. — ¿Qué tal si tenemos una cita a ciegas una de estas noches, a ver si encontramos a un hombre que cumpla con tus requerimientos?

Me siento frente a ella y dejo mi iPad y mi carpeta sobre el escritorio.

— No estoy segura de eso, Moira. No creo que esto del amor sea para mí.

Dudo que exista un hombre que cumpla con mis estándares. He tenido varias citas desde Dominic, y la mayoría de ellos fueron señales de alarma o fingían ser el tipo de hombres que me gustan, cuando no lo eran.

Para ser sincera, preferiría quedarme acurrucada en un sofá con Lucas, comiendo queso y galletas viendo una temporada completa de Bob Esponja. Hace tiempo que renuncié a encontrar pareja, pero Moira no.

Me ha organizado varias citas a ciegas y no parece que vaya a renunciar a encontrarme un pretendiente pronto.

— No digas eso. — Mueve la cabeza con desaprobación. — Nadie está predestinado a ser madre soltera.

— Puede que sí.

— Quizás no crees tanto en ti misma como deberías. — Apoya el codo en el escritorio. — Escucha, no vas a pasar el resto de tu vida como madre soltera. Solo tienes veintisiete años. ¿Qué harás cuando Lucas vaya a la universidad?

— Ya pensaré en algo entonces — protesto.

Soy el tipo de mujer que se enfrenta a sus problemas cuando tiene que hacerlo, no antes.

— No, no lo harás — argumenta, con tono autoritario. — Te encontraremos un pretendiente mientras tengas el trasero firme y los pechos turgentes. Fin de la discusión.

Me río. — Mis pechos y mi trasero no son un problema. Puedo comprarme unos nuevos cuando se me caigan.

Pone los ojos en blanco. — Claro que puedes permitírtelo. Ganas millones y millones de dólares.

— Mira quién habla — Moira no es tan rica como yo, pero le va bien.

Tiene una mansión en el centro y un Ferrari que costó millones.

El entorno se queda en silencio entre nosotras por un momento mientras me concentro en mi ordenador.

Cuando vuelvo a mirar a Moira, me doy cuenta de que me está mirando fijamente.

— ¿Qué? — pregunto, mirando mi reflejo a través de la pantalla del ordenador para asegurarme

de que no me hayan salido un par de cuernos.

— Aún no lo has superado, ¿cierto?

Su pregunta me revuelve el estómago. Quiero mentirle y fingir que he superado lo de Dominic, pero Moira es la única persona en la que confío lo suficiente como para decírselo. Es la única persona que sabe sobre Dominic y mi relación pasada con él.

Conocí a Dominic en un viaje grupal a Italia durante mi primer año en la universidad. Congeniamos a primera vista, pero intenté no ceder ante él. Las relaciones a distancia nunca fueron lo mío, aún no lo son, así que intenté no comenzar nada de lo que acabara arrepintiéndome.

Bueno, se puede decir que el destino tenía otros planes para mí, porque me encontré con Dominic exactamente dos meses después de habernos conocido en Italia. Al parecer, los negocios lo trajeron a Nueva York y había venido para quedarse.

Tuvimos un par de citas, buen sexo y descubrimos lo que sentíamos el uno por el otro. Nuestra relación era perfecta. No había duda de que estábamos hechos el uno para el otro.

A los tres meses de relación, descubrí que estaba embarazada. A pesar de ser una estudiante universitaria con un futuro por delante, estaba más que emocionada por compartir la noticia con Dominic.

Pero entonces descubrí algo que nunca debería haber descubierto. Dominic no era solo un hombre de negocios como me había dicho. Toda nuestra relación había sido una mentira.

Esa noche, descubrí que era el jefe de la mafia italiana. Aquel hombre brutal conocido como «*La Muerte*».

Y como solo tenía veinte años, hice lo único que se me ocurrió. Terminé nuestra relación y nunca le conté sobre mi embarazo. Había oído hablar bastante de la mafia como para decidir que ese no era el tipo de vida que quería para mi hijo.

Han pasado siete años y, aunque no puedo jurar que haya tomado la decisión correcta aquella noche, no me arrepiento.

— No lo sé, Moira. Algunos días, siento que lo he superado por completo. Y otros, quiero

echarme a llorar. Me pregunto qué estará haciendo, si piensa en mí o si estará con otra mujer.

Moira me mira durante un minuto, con una mirada llena de lástima. No tiene mala intención, pero odio la forma en que me está mirando en este momento. Me hace sentir patética.

Se inclina hacia delante y me toma las manos. — Está bien que lo extrañes, Elena. Pero tienes que seguir adelante en algún momento.

Un dolor punzante que me ha perseguido durante años empieza a apretarme el pecho. No puedo ponerle nombre a lo que siento ahora mismo, pero reconozco que Moira tiene razón. Tengo que seguir adelante, debería haberlo hecho hace tiempo.

Aún así, no soy capaz de deshacerme de mis sentimientos por Dominic.

***

— No es un evento para las mamás — se queja Lucas con el ceño fruncido. — No te quiero allí. Todos mis amigos vendrán con sus papás.

Me tumbo junto a Lucas en el sofá gris claro del centro de mi sala de estar, con un pijama de Bob Esponja que hace juego con el de Lucas.

— Sé que quieres tener un padre, y solo me ofrezco porque no quiero que vayas solo. — Frunce el ceño. — No sabes nada de fútbol, mamá. Será muy vergonzoso cuando todos mis amigos te vean allí.

*¿Vergonzoso?*

Lucas nunca había usado una palabra así conmigo. Se me encoge el corazón al ver cuánto ha crecido. Mi pequeño ya no es el niño que me seguía a todas partes, queriendo conocer todo de mí.

Ahora es un hombrecito que se avergüenza de su madre.

Le toco el cabello oscuro, manteniendo la voz suave. — ¡Hey, cielo!

Lucas no se voltea para mirarme. Está demasiado enfadado.

Pero no me rindo. — Oye. Tu padre no está aquí con nosotros, Lucas. Sé que lo echas de menos

y que lo quieres aquí, pero ahora estamos solos tú y yo.

La culpa me invade mientras miro a mi hijo. Lucas tenía tres años la primera vez que preguntó por su padre. Me tomó por sorpresa y, aunque no era una mentira muy lógica, le dije que su padre había viajado lejos y que quizás nunca volvería.

*Quizás.*

Porque por mucho que intente negarlo, aún hay un pequeño destello de esperanza en mí de que, algún día, mi amor y yo estaremos juntos. Y entonces no podré ocultarle a Dominic la existencia de su hijo.

Pensar en ello me asusta.

La idea de que algún día ya no pueda proteger a Lucas de Dominic me acecha como una pesadilla.

Dominic se fue a Italia poco después de que rompiera con él. No creo que vuelva nunca a Nueva York, pero si lo hace, pienso mantener a Lucas lo más lejos posible de él. No importa si tengo que arriesgar mi vida para lograrlo.

Pero mi hijo no tendrá que vivir nunca en la oscuridad de la mafia.

— Mamá. — Ya no frunce el ceño, pero la expresión de su rostro tampoco me demuestra que esté contento. — ¿A veces echas de menos a papá?

Le acaricio la cabeza. Tiene el mismo cabello oscuro como el ónice que Dominic. Los mismos ojos marrones casi oscuros y la piel morena. Lucas me recuerda tanto a Dominic y, a menudo, me pregunto si la razón por la que no he superado a Dominic en todos estos años es por Lucas. Porque él mantiene a Dominic en el centro de mi mente.

El parecido entre ellos es asombroso y siempre me trae recuerdos de mi pasado que he intentado olvidar.

Suspirando, tomo la mano de Lucas entre las mías. — Sí, lo echo de menos.

Alguien dijo una vez que «el tiempo lo cura todo», pero incluso después de siete años, mis sentimientos por Dominic siguen tan frescos como si fueran recientes. La puñalada en mi corazón de la noche en que lo dejé aún sangra.

— ¿Por eso no quieres tener novio? — pregunta Lucas, frunciendo las cejas.

Es demasiado listo para tener siete años.

— ¿No quieres tener novio por mi culpa?

— Mi dulce niño. — Acaricio sus mejillas regordetas y las aprieto suavemente. — Por supuesto que no. Es solo que mamá no ha encontrado al indicado.

Lucas levanta las cejas. Es un niño muy curioso.

— ¿Cómo sabes cuando encuentras al indicado?

Pienso en la primera noche que conocí a Dominic.

— Hmmm — tarareo, recordando la forma en que solo mirar a Dominic por primera vez, me dejó sin aliento.

Le toco el pecho. — Lo sientes aquí, y entonces lo sabes.

Sus risitas son inocentes y contagiosas.

— ¿Te sentiste así cuando conociste a mi papá?

Una sonrisa se dibuja en mi cara.

— Sí. — Incluso ahora, mi corazón palpita al pensar en él.

Mi teléfono suena antes de que Lucas pueda hacer más preguntas. El nombre de Moira parpadea en mi pantalla cuando levanto el teléfono.

*Me pregunto por qué llama.*

— ¡Hola, nena! — contesto.

La música pop que suena de fondo me indica que está en un bar. Moira es muy extrovertida, lo que contrasta con mi naturaleza introvertida. Me pregunto cómo hemos conseguido ser las mejores amigas durante todos estos años.

Hay una mezcla de excitación y pánico en su voz. — ¿Adivina qué?

Mis ojos se encuentran con los de Lucas. No me fío lo suficiente de Moira como para atender sus llamadas estando cerca de él. A veces es muy traviesa e impredecible, así que me alejo hacia la cocina y tomo un taburete junto a la isla.

— Sabes que no se me dan bien las adivinanzas. ¿Qué sucede?

— Primero respira profundamente — me advierte.

Mi estómago se tensa a medida que aumenta mi expectación.

— Sea lo que sea, espero que valga la pena la tortura a la que me estás sometiendo.

— Créeme, lo vale. — Hace una pausa y estoy a punto de arrancarme todo el cabello. — Estoy en un club del centro y no vas a creer quién acaba de entrar.

Suspiro. *Dios, pronto te enviaré un alma.*

— ¿Quién?

Ella expulsa su nombre como si fuera fuego. — Dominic Romano.

# Capítulo II

# Elena

— ¿Cuál Dominic Romano? — pregunto, riendo como si Moira acabara de hacer una broma de mal gusto.

Sé que no es una broma. Moira puede estar loca, pero no es de las que se inventan cosas, ni siquiera por diversión.

Pero supongo que tengo tantas ganas de que no sea él que es más fácil seguir viviendo en la negación durante unos minutos que aceptar que ha vuelto a Nueva York. Si finjo que no es el Dominic Romano que conozco, entonces no será él. ¿Cierto?

*Mierda.*

— Es Dominic Romano, Elena — dice. — Tu ex.

Me paso los dedos por el cabello, mientras una nueva oleada de risa desdichada escapa de mi pecho.

— No puede ser. Dominic está en Italia. Lleva siete años en Italia. No puede ser...

— Es él — interrumpe Moira antes de que pueda meterme aún más en un túnel de negación. — Acaba de volver. No pretendía husmear, pero lo he oído decir que se instala de manera definitiva en Nueva York.

*No. No es verdad. Esto no puede estar pasando.*

— ¿Tal vez solo se parezcan?

— Elena. — Moira pronuncia mi nombre en voz baja, como si quisiera despertarme de un sueño del que no quiero despertar. — Realmente es él. Yo sé a lo que le temes, deberíamos hablarlo mañana en el trabajo.

— Claro, deberíamos. — Cuelga antes de que pueda añadir. — Eso si puedo aguantar hasta mañana.

Mi mente se convierte en un lío de angustia durante el resto de la noche y, cuando llega la mañana siguiente, voy a la oficina con los ojos hinchados. No he llorado, pero apenas he

dormido, mis pensamientos no me dejaban.

Intento ocuparme del papeleo para mantenerme distraída. El tiempo pasa lento, pero agradezco cuando alguien abre mi puerta de un tirón sin molestarse en llamar antes. Sé que es Moira, solo ella se atrevería a entrar en mi despacho sin llamar antes.

— Hola, amiga — me dice al entrar en mi despacho, con una amplia sonrisa en la cara.

Jadea y se desploma en un sofá en forma de L a unos metros de mi mesa. Llega tarde. Tan tarde que pensé que no llegaría hoy.

— Dios, creo que me voy a desmayar.

La miro con desconfianza. — ¿Bebiste anoche?

Me dirige una sonrisa culpable. — Conocí a un italiano muy guapo, no pude negarme cuando me ofreció una copa... y sexo.

Me dan náuseas al oír hablar de sexo y ella se da cuenta.

— Nena, tienes que coger uno de estos días. Llevas tanto tiempo célibe que ya eres prácticamente virgen.

*Gracias. Como si no tuviera ya suficientes problemas a causa del sexo que tuve hace siete años.*

— Entonces, hablemos de tu problema — comienza, dirigiendo su atención hacia mí y alejándose del delicioso sexo que tuvo la noche anterior. — ¿Qué vas a hacer ahora que ha regresado?

Intento no poner los ojos en blanco porque la respuesta es obvia.

— Si supiera la respuesta a esa pregunta, sería la mujer más tranquila de la tierra, ¿no crees?

Se encoge de hombros y no sé si me está dando la razón o no.

— Aún sigue el problema de que no seas capaz de encontrar a un hombre. Pero lo primero es lo primero, no puedes ocultarle a Lucas para siempre.

— ¿Estás segura? Porque yo creo que sí. — No suelo bromear en situaciones serias como ésta, pero mis hombros están cargados con el peso del miedo que corre por mis venas.

Creo que puedo calmar mi ansiedad si intento restarle un poco de importancia a la situación, pero eso solo consigue ponerme más nerviosa.

— Moira, no puedo dejar que Dominic conozca a Lucas. No quiero que él...

— Termine mezclándose en ese mundo de oscuridad — me ayuda a completar. — Lo sé, pero te diré esto, Lucas merece una oportunidad con su padre.

— Su padre es el jefe de la mafia italiana, Moira. — La frustración me sube por la espalda y me cuesta mantener el tono. — No es un hombre cualquiera. Es el jefe de la mafia. ¿Sabes lo que eso significa?

Significa que su dinero es dinero manchado de sangre, sus manos están empapadas de sangre y es tan brutal como un maldito monstruo. ¿Cómo puedo dejar que mi hijo esté cerca de él?

— ¿Qué piensas hacer ahora? Estoy segura de que no planeas mantener a Lucas encerrado en el sótano de tu mansión para alejarlo de Dominic.

Me muerdo el labio inferior mientras pienso.

— No, no puedo mantener encerrado a Lucas, pero podemos asegurarnos de que Dominic nunca lo descubra.

— ¿Cómo haremos eso?

— Empieza por no emborracharte y soltar la lengua en el club. Eres la única persona que sabe la verdad sobre Dominic y yo. Dominic no sospechará nada si no se lo dices.

— ¿Estás hablando en serio?

Me recuesto en la silla, girándola de un lado a otro. — Muy en serio.

Moira resopla. — Tal vez no lo hayas notado, pero Lucas es la viva imagen de Dominic. Si Dominic lo ve, necesitará solo una prueba de ADN para descubrir que es su hijo.

Tiene razón, y el hecho de que la tenga; hace que mi corazón palpite con fuerza contra mi caja torácica. Dominic no tardaría en atar cabos y descubrir que Lucas es su hijo si alguna vez llegaran a encontrarse.

— Entonces tendré que mantener a Lucas alejado de él de alguna manera. Aún no sé cómo, pero debo hacerlo.

— Elena.

Parpadeo mirando a mi amiga.

— ¿A qué le temes realmente? — pregunta ella, con una voz suave. — ¿De verdad temes que Lucas salga lastimado si Dominic lo descubre, o temes de tus propios sentimientos hacia ese hombre?

El mundo se detiene a mi alrededor, y la pregunta de Moira resuena en bucle en mi cabeza.

*¿A qué le temo realmente?*

No puedo negar que mis sentimientos hacia Dominic siguen siendo tan fuertes como antes. Pero también temo por la seguridad de Lucas.

Puede que Dominic me haya mentido sobre lo que hacía para ganarse la vida, pero nunca, ni por un segundo, dudé de su amor. La forma en que me miraba, lo cariñoso que era conmigo, todo eso no podía ser falso.

Él me quería. Quizá no tanto como yo a él, pero sé que me quería y que no haría nada para hacerme daño. No es a él a quien le temo. Es más bien ese dolor que vería en sus ojos, si alguna vez descubriera que le he ocultado un secreto así, es lo que me asusta hasta los huesos.

Son sus enemigos los que más me aterran.

¿Y si estallara una guerra? ¿Qué es lo que sucedería? Hombres como los de la mafia pueden hacerle daño a mujeres y niños sin pestañear.

Nunca me metí en su mundo los cuatro meses que estuvimos juntos, pero no soy tan ingenua como para ignorar los peligros que existen en la mafia. Conozco el peligro, y no creo que esté hecha para eso.

No lo estaba hace siete años y sigo sin estarlo en este momento.

Mi voz sale ahogada al forzar una respuesta. — Todo me asusta, Moira. Todo.

El silencio que se produce a continuación es alto y claro.

Moira reajusta su posición en el sofá. — Escucha, nena. Sigo pensando que deberías concederles una oportunidad a Lucas y a Dominic, pero estaré a tu lado tomes la decisión que tomes. Superaremos esto, ¿de acuerdo?

Mis labios se bambolean. No es mi expresión más brillante, pero es genuina.

— ¿Te he dicho alguna vez lo afortunada que soy al tenerte?

Moira ha sido mi «compañera de viaje» desde el primer día que nos conocimos. Ha sido la mejor tía para Lucas y la mejor amiga convertida en hermana que cualquier mujer podría desear.

No siempre tenemos las mismas opiniones, y a veces nos peleamos. Pero pase lo que pase, siempre nos apoyamos mutuamente. Eso es lo mejor de nuestra hermandad.

— Ahora sí — dice sonriendo. — Será mejor que me trates bien y me subas el sueldo.

— Ah, claro. ¿Redactaste la solicitud?

— Mierda. — Su cabeza cae entre sus hombros. — Entre la erección del tipo en el club y beberme el alma, no tuve tiempo. — Se pellizca la nariz. — Lo entregaré mañana.

— Más te vale, antes de que cambie de opinión.

Se ríe. — No te atreverías.

Ya hay una larga lista de empleados de la empresa que esperan aumentos salariales, y aunque puedo saltarme la cola para que Moira encabece la lista, prefiero seguir el protocolo. Todos en la empresa ya saben que Moira es mi mejor amiga, pero nunca les faltaría el respeto a mis otros empleados mostrando favoritismo.

Echa un vistazo a la oficina. — ¿Dónde está Lucas?

Lanzo un suspiro. — En la escuela. Hoy tiene partido de fútbol y no dejó que lo acompañe. Insistió en que solo los papás podían ir.

— En mi opinión, tiene sentido. Creo que es hora de que consideres conseguirle un padre.

*Ojalá fuera tan fácil.*

Estiro las piernas debajo de la mesa. Llevo todo el día sentada y empiezan a dolerme.

— Lo dices como si pudiera pedir uno en Amazon.

Moira arruga los ojos con picardía. — Puedes pedir uno en un club. Alto, ardiente y listo para ponerle un anillo.

Quiero preguntarle por qué ella no lleva ya puesto un anillo en el dedo, teniendo en cuenta que el club es prácticamente su segunda casa, pero no lo hago. Si se lo pregunto, me contará durante horas que aún no está preparada para atarse a un hombre. A Moira le gusta ser un pájaro libre y, como ya lo ha dicho tantas veces, no se asentará hasta los treinta y cinco. A veces la envidio.

— Puedes encontrar buen sexo en el club, pero no un marido. — *Y principalmente no un buen padre.*

No le oculté a Dominic el nacimiento de Lucas durante años, solo para que un fiestero se convierta en su padrastro.

Ella no está de acuerdo.

— Cariño, hay hombres buenos en todas partes. Solo tienes que encontrar al indicado.

— Hmmm.

Mi teléfono vibra. Cuando lo tomo, hay una notificación de la página de un blog que sigo en Instagram. Mi corazón se acelera al leer el titular.

***El multimillonario y Director Ejecutivo de Romano Enterprises regresa a Nueva York: Los rumores de un romance reavivado encienden las especulaciones sobre su situación sentimental. ¿Se retira definitivamente del mercado de los solteros?***

Hay una imagen de Dominic en el aeropuerto justo debajo del artículo. Lleva un traje gris oscuro de tres piezas de Tom Ford. Su cabello brilla con las luces de las cámaras que lo rodean, igual que el de Lucas.

Tiene un auricular en la oreja y hay cinco o seis guardaespaldas a su alrededor. Todos de negro. Es una locura que, incluso ahora, nadie conozca su verdadera identidad. Todos los medios de comunicación informan de que es un multimillonario italiano.

Ninguno de ellos ve la oscuridad en sus brillantes ojos marrones, casi negros. Ninguno de ellos conoce la profunda verdad de su existencia. Y si lo supieran, ¿cambiaría algo? Lo dudo mucho.

El aire se escapa de mis pulmones y mis ojos se niegan a apartarse del teléfono. No debería sentirme así. Dominic ya no es mío. Sin embargo, una punzada de dolor me atraviesa el pecho al pensar en él con otra mujer.

Es como si estuviera atrapada en una prisión, pero en realidad no es una prisión porque mis sentimientos por él no han flaqueado ni una sola vez en los últimos siete años.

Moira me mira con cara de preocupación. — ¿Todo bien?

— Um. — Respiro con fuerza mientras le paso mi teléfono.

Moira se asombra al leer el titular.

— ¿Esto es real? — me pregunta, devolviéndome el teléfono.

Ojeo el resto de la noticia. El alivio me invade cuando descubro que, de momento, es solo un rumor. No sé qué es lo que espero, pero me hace sentir feliz de alguna manera.

— No creo que sea verdad. Aquí dice que es solo un rumor.

— Siempre hay una parte de verdad en cada rumor, Elena — dice. — ¿No sería mejor que estuviera enganchado realmente en una relación? Así tendrías la seguridad de quitártelo de encima para siempre.

Hago girar mis labios entre los dientes. Mis pensamientos están desbocados, y puede que esté siendo egoísta porque aún no he superado realmente lo que siento por él, pero no quiero que esté con otra mujer.

No es que sea culpa suya, pero han pasado siete años. Tuve a nuestro hijo, lo crie sola y me quedé soltera. No sería justo que se fuera con otra mujer.

*Dios, ¿en qué estoy pensando?*

— Amiga, escucha. No puedes seguir haciéndote esto. — Moira se levanta del sofá y camina hacia mi escritorio.

Se detiene frente a mí. — Tienes que tomar una decisión en algún momento. Quieres a Dominic o no.

— No es tan simple. Está Lucas. Y tengo que proteger a mi hijo.

— Entonces tienes que dejar ir a Dominic definitivamente. De otra manera, no podrás mantener a Lucas a salvo. — Extiende la mano y me coloca un mechón de cabello detrás de la oreja. — Voy a estar a tu lado pase lo que pase. Pero primero, tienes que tomar una decisión.

La miro sin apartar mi mirada de sus ojos. — Mi decisión es la misma que hace siete años.

# Capítulo III

# Dominic

Doy vueltas a mi copa mientras contemplo la ciudad desde mi rascacielos, viendo a los coches circular por las calles y los demás rascacielos luchando por perforar el cielo azul.

La Torre Romano es el rascacielos más alto de la ciudad. Me he pasado los últimos siete años insuflando su existencia, esperando el día para poder montarlo como a un semental de guerra. Cuando me fui de Nueva York hace siete años, había jurado volver solo después de terminar este edificio, y ahora que lo he hecho, ya no hay vuelta atrás.

Tengo toda la intención de gobernar esta ciudad, hacer mío todo lo que hay en ella. He aprendido a dominar desde que pude caminar. Mi padre, Alexei Romano siempre me enseñó que caminar no era suficiente.

— *¡Escucha, muchacho!* — decía siempre. — *¡Si eres capaz de valerte por ti mismo, entonces debes correr!*

Diez años después de su muerte, sigo viviendo de esa manera. Sin retroceder ni ceder. Sin dejar que nadie me domine.

Si soy sincero, no fue solamente por la forma tan brutal en que mi padre me preparó para gobernar la mafia italiana. Desde el momento en que nací, una oscuridad insaciable me nubló.

Un monstruo con una sed enorme de sangre y de poder acecha en mi interior. Un monstruo que había sido domado por un momento fugaz, por la única persona a la que he amado.

Elena Marconi.

Pero terminó tan rápido como empezó, y desató a la bestia la noche en que me dejó.

Le doy un trago a mi whisky y disfruto del ardor que me produce en la garganta. Me pregunto cómo estará. Si decidió dejarme, habrá encontrado la felicidad en otra parte.

¿Quién sabe? Puede que incluso esté casada, viviendo lejos de la oscuridad que me rodea.

Se me desencaja la mandíbula, y entonces me doy cuenta de que tengo los dedos apretados contra el vaso. Los celos me arden como un volcán ante la idea de que otro hombre toque y

reclame lo que una vez fue mío.

Después de que rompiera conmigo, tomé la decisión de dejarla ir por su propio bien. Podría haberla reclamado, hacerla mía, le guste o no. Pero no soy como los otros idiotas de la mafia que tratan a las mujeres como si fueran juguetes y que pueden tratarlas como quieran.

*No.*

Me gustan las mujeres dispuestas.

— ¡Mira a quién tenemos aquí!

Giro la cabeza hacia la puerta para ver a Dante. Es un tipo alto con el cabello castaño rizado que hace juego con el color de sus ojos. Por alguna razón, cree que es mi mejor amigo y no puedo deshacerme de él.

A veces es bastante pesado, pero es la única persona en la que confío. Verlo de nuevo tras su última visita a Italia hace un año; me produce una extraña sensación de calidez en el pecho. No me emociona verlo, pero tampoco *me disgusta*.

Cruza la habitación y me abraza antes de que pueda responderle.

— Me alegro de volver a verte, *mio amico.*

Me aparto y miro hacia abajo para ver si se me ha arrugado la camisa. La chaqueta de mi traje está colgada sobre mi silla giratoria, y así mi camisa blanca queda expuesta a la suciedad.

— No puedo decir lo mismo.

Sus ojos brillan y una sonrisa se dibuja en su rostro. — No has cambiado nada.

— Lamentablemente, tú tampoco — digo mientras me acerco a mi silla y me siento en ella. — ¿Cómo va el negocio?

Dante puede leerme como a la palma de su mano. Sabe que no le estoy preguntando por negocios.

— Estoy bien — responde, acercando mi vaso hacia él y llenándolo. — El último cargamento llegó esta mañana, y también los agentes.

Cruzo los brazos. — Interesante.

Para el público, Romano Enterprises posee varios clubes, marcas de bebidas alcohólicas y

hoteles en tres continentes. Sin embargo, entre bastidores es otra historia. Hacemos todo tipo de cosas ilegales, excepto el tráfico de mujeres y niños.

Mi alma es tan oscura que apenas puedo ver la luz, pero hacer daño a gente inocente es ahí donde pongo los límites.

Lo que me lleva de nuevo a mi discusión.

— ¿Quién es el traidor?

Gasto una buena cantidad de dinero para mantener mi negocio alejado de los problemas. Si la policía está husmeando en mis negocios, solo puede significar que hay un topo metiéndose en cosas que no debe.

— No era muy astuto — dice Dante.

Llena el vaso y se bebe el contenido de un trago, luego hace una mueca.

— Lo tengo justo donde quiero. ¿Qué hacemos con él? ¿Nos deshacemos de él o lo dejamos en la miseria hasta que su cuerpo aguante?

Se me dibuja una sonrisa en los labios. — *Déjalo en la miseria hasta que su cuerpo aguante.* — Me está gustando esta nueva versión de Dante, mucho más que la versión que siempre estaba ansioso por acabar con la miseria de las almas podridas.

La muerte es misericordia, y yo soy misericordioso siempre que puedo. Y esa es la razón por la que me gusta que mis hombres sean lo opuesto a mí.

La misericordia es un lujo que solo yo debería poder permitirme.

— ¿Algún detalle sobre quién lo puso a hacer esto?

Dante sacude la cabeza. — El cabrón no ha querido hablar.

— No lo ha hecho porque no le has ofrecido piedad. — La oscuridad de mi alma se apodera de mí. — Tráemelo.

Dante termina su bebida y se marcha para traerme al traidor. Cuando regresa, llevo puesto mi puño americano decorado con tres caras en forma de calavera, tallados en oro puro y afilados como para desgarrar la carne.

Cuatro de mis hombres arrastran al traidor. Ya le han dado una paliza. Tiene los ojos hinchados,

los dientes ensangrentados y la cara amoratada. Su mejilla derecha está abultada, como si estuviera escondiendo una manzana entera en ella. *Pobrecito.*

— Probablemente estés un poco decepcionado, pero este es el topo que nos delató a la policía — dice Dante, regresando a la silla giratoria frente a mi escritorio.

— ¿Decepcionado? — Una risita peligrosa suena en mi pecho. — Parece que aún necesitas una lección o dos, Dante. — Si algo he aprendido en diez años de gobierno de la mafia italiana, es que nunca hay que subestimar a nadie.

Todo el mundo es una amenaza y no se puede confiar en nadie.

Hago una seña con la cabeza a los cuatro guardaespaldas que lo han traído, indicándoles que lo pongan de rodillas.

En cuanto está en la posición que quiero, apoyo el codo en mi escritorio de caoba.

— Necesito un nombre.

El cabrón tiene la osadía de reírse. — No tengo ningún nombre para darte. Si quieres un nombre, búscalo tú mismo.

Mis fosas nasales se ensanchan ante su evidente insulto. Los idiotas como él no son capaces de interpretar la situación, o saben que no saldrán vivo de aquí y se aferran al poco orgullo que les queda.

Es cierto, no saldrá vivo de aquí, pero a diferencia de antes, planeo hacer que su salida sea insoportable.

— Acabas de arruinar tu única oportunidad de tener una muerte pacífica.

— Jódete, Dominic — escupe, negándose a ceder.

Quiero elogiarlo por su valentía, pero el hecho de que esa valentía fuera de lugar no sea más que una estupidez sin sentido, me lo impide.

Me levanto de la silla giratoria y me acerco a él con una sonrisa perversa.

— Yo soy quien jode, Oliver.

*Oliver.* Incluso su nombre es jodidamente molesto.

Sus pupilas se dilatan de miedo cuando me elevo sobre él. Intenta ocultarlo, pero puedo jurar que

este cabrón se está meando en los pantalones ahora mismo.

— Necesito un nombre.

Abre la boca, pero mi puño choca con sus mejillas hinchadas antes de que pueda expulsar más palabras inútiles de ella. Cae al suelo con un gruñido de dolor.

— Es una pena, Oliver. Hablas demasiado, pero eres tan débil. — Sacudo la cabeza sarcásticamente.

Mis guardaespaldas lo vuelven a poner de rodillas.

Un sentimiento de satisfacción me llena el pecho al ver la sangre que cae en cascada por su mejilla. Sin embargo, se desvanece cuando noto la salpicadura de sangre en mi camisa blanca.

Mierda, odio la suciedad.

Me pongo en cuclillas y miro a Oliver a los ojos. — ¿Sabes cuánto cuesta esta camisa?

Le tiembla la boca, como si intentara decir algo, pero no pudiera.

— Cuesta más que tu vida. — Cada músculo de mi cuerpo se estremece con violencia.

Me enfurece más su sangre salpicada en mi camisa que sus insultos y su negativa a hablar.

Me abalanzo sobre él y le golpeo la mandíbula con el puño. El repugnante crujido que se produce aviva aún más mi ira. Agarro el cuello de su camisa negra con una mano y le propino un puñetazo tras otro en la mandíbula hasta que se queda inerte en el suelo de mármol blanco de mi despacho, hecho un amasijo de cortes y magulladuras.

Me pongo en pie trastabillando. — Limpien este desastre.

— Sí, jefe — dicen los guardaespaldas.

Dos de ellos sacan a rastras de la oficina a un Oliver casi sin vida, mientras los otros dos limpian parte del desastre ensangrentado con un Kleenex antes de buscar a la señora de la limpieza.

Dante me mira con admiración. — Aún no has perdido tu toque.

Lo ignoro y tomo un vaso de chupito limpio del minibar situado en el rincón del despacho.

— Averigua todo lo que puedas de él. Si sigue negándose a hablar, acaba con él de una forma espantosa.

Él asiente. Se produce un momento de silencio entre nosotros.

Por el rabillo del ojo, noto que Dante no deja de mirarme.

— ¿Qué piensas hacer ahora que has vuelto?

Levanto las cejas. — ¿Hay algo que debería estar haciendo?

Su garganta se mueve mientras traga saliva. — La echas de menos, ¿cierto?

Se me revuelve el estómago al oír hablar de «ella».

*Ella.*

He temido a diario oír esa palabra durante los últimos siete años, y odio aún más la mención de su nombre.

La primera vez que conocí a Elena Marconi, mi mundo se detuvo. Una emoción tan extraña me invadió y floreció en mi corazón. Pensaba que era la elegida. Estúpidamente creí que era la única luz que brillaba en la oscuridad del túnel.

Pero no lo era.

La noche que se fue, me llamó «monstruo». Aún recuerdo aquella noche. Sus ojos color avellana brillaban bajo la luz de la luna que entraba por la pared de cristal de mi suite, con una expresión sombría.

Elena siempre había sido una esfera de luz cálida, brillante y veraniega. Su energía era tan contagiosa que se me pegó. En cuanto vi las lágrimas en sus ojos aquella noche, supe que algo andaba mal.

Y así fue.

Me dijo que me dejaba, me suplicó que no la buscara como si yo fuera un parásito del que se moría por deshacerse.

Y luego me dejó.

Sin explicaciones. Sin segundas oportunidades. Simplemente se levantó y se fue.

Siento odio por ella. Y también desprecio. No quiero volver a oír hablar de ella.

— No quiero hablar de ella. — Mi voz se tensa.

He intentado no pensar en ella, pero es la única persona a la que nunca he podido olvidar.

¿Cómo es posible odiar tanto a una persona sin llegar a odiarla por completo? Incluso después de

destrozar mi corazón, es como si aún me tuviera entre sus bonitos dedos.

— ¿Estás seguro, hombre? — me pregunta, todavía mirándome fijamente, como si pudiera ver a través de mi máscara inexpresiva.

Me pregunto si puede percibir que, incluso ahora, mi corazón aún palpita por Elena y mi miembro anhela tenerla a su alrededor.

Dante me conoce mejor que yo mismo, y a veces me asusta.

— Miente todo lo que quieras, hermano. Pero no puedes acallar tus sentimientos solo porque no quieras sentirlos.

Le dirijo una mirada sombría, pero no cede.

— Puedo encontrarla si quieres.

La oferta es tentadora, pero su insistencia hace que apriete los puños. Mi nudillera tiene costras secas de sangre alrededor y necesito una maldita camisa.

— Habla de ella una vez más y será la última — le advierto, levantándome de mi asiento. — Además, soy tu jefe, no tu hermano.

Tomo mi chaqueta y me dirijo a la puerta.

La voz de Dante me sigue fuera del despacho. — ¿Adónde vas?

— Tengo planes para cenar con mi hermano — respondo por encima del hombro.

Me da igual si Dante ha oído mi respuesta o no. Aún no he visto a mis hermanos desde que aterricé en Nueva York anoche.

Esta mañana temprano, Vincent me ha enviado un mensaje invitándome a cenar en la mansión Romano, la casa de nuestros padres. No he estado allí desde que me fui hace siete años, y aunque me aterra la idea de tener una cena supuestamente feliz en el mismo lugar donde nuestros padres encontraron su fin, aunque tampoco puedo rechazar a mi hermano.

Pero primero, necesito cambiarme, quitarme esta camisa empapada de sangre.

***

Hay un silencio sepulcral cuando atravieso el portón blanco de la mansión Romano. Los únicos sonidos que me acompañan son el piar ocasional de los pájaros, el susurro de mis neumáticos sobre la carretera asfaltada y el movimiento de los arces rojos que bordean el camino.

El silencio me produce escalofríos, como si fuera un niño de doce años abandonado en un cementerio a medianoche.

Ha sido así desde que asesinaron a mis padres aquí hace diez años. Nunca olvidaré la mirada vacía de sus ojos cuando los encontré aquella noche. El hedor de su sangre fresca y caliente aún me persigue.

Es un recordatorio constante de por qué elegí volver a Nueva York, y por qué decidí gobernar esta ciudad. Debo encontrar a su asesino, y debo cobrar sangre con sangre. Muerte con muerte. Mi necesidad de venganza es un himno que resuena en mi cabeza antes de irme a dormir cada noche.

Detengo el coche delante de una fuente de agua, al otro lado del pórtico escalonado que conduce al interior de la mansión, mis faros parpadean sobre un viejo sauce situado frente a la entrada antes de que se apague.

Salgo del coche y entro en la mansión.

Encuentro a mis hermanos, a ambos, sentados en el salón.

— *Fratello* — dice Vincent, nuestras miradas se cruzan.

Se levanta de uno de los sofás color crema y camina hacia mí con una sonrisa en los ojos.

— Bienvenido a casa — me dice.

Abre los brazos para abrazarme.

Vincent es el más joven de los tres. Con solo veintiocho años, ha conseguido ganarse una reputación como Director Ejecutivo de una empresa automovilística. Quizá sea porque es el más joven y no tuvo que enfrentarse a la presión de convertirse en el heredero perfecto, pero a diferencia de Marcus y de mí, no está muy involucrado en la mafia.

En todo caso, detesta a la mafia y opta por no involucrarse.

A menudo nos enfrentados, dadas las diferencias en nuestras personalidades y creencias, pero

eso no cambia el hecho de que seamos lo más importante el uno para el otro.

— *La ringrazio* — respondo, aceptando su abrazo.

Mis hermanos son la única familia que tengo, y por mucho que odie las muestras de afecto, no me importa demostrárselos.

Marcus es el segundo en levantarse.

— Bienvenido a casa, *fratello.* — Nos damos la mano. — Me alegro de que hayas vuelto.

— *Grazie — le* digo.

Miro mi reloj Pattek Philippe, deseando salir de aquí lo antes posible. La casa aún apesta a sangre y a muerte. Uno pensaría que los años de estar en la mafia y derramar sangre ahogarían la pesadilla de tener que limpiar los cadáveres de mis padres. Pero nunca lo hizo.

— ¿Cenamos? Tengo que estar en otro sitio esta noche.

Los tres nos sentamos a la mesa del comedor antes de que Marcus empiece a informarme de los progresos de nuestro nuevo club.

— ¿Te has enterado de la desaparición del cargamento? — le pregunto cuando termina.

Marcus es el del medio y, como tal, lo han preparado para ir siempre detrás de mí. A diferencia de Vincent y de mí, es más práctico y sensato. Mi hermano del medio no recurre a la violencia a menos que sea absolutamente necesario, razón por la que lo puse a cargo de la gestión de nuestros negocios.

Espera a que los camareros terminen antes de responder. — Sí, me enteré.

Los tres nos tomamos de la mano y rezamos una oración, como solíamos hacer cuando nuestra madre aún vivía.

— Recibí información de Dante. Un topo llamado Oliver nos delató a la policía.

— Lo sé.

Corto mi filete. Medio cocido, como me gusta.

— ¿Y no hiciste nada?

Marcus niega con la cabeza. — No estaba del todo seguro.

Mis cubiertos tintinean al golpear el plato de cerámica. — Los de la Bratva nos están pisando los

talones, Marcus. Se están acercando a nosotros. No puedes permitirte no estar del todo seguro.

— Tampoco podemos permitirnos atacar a ciegas. — Aparta su plato, pero no de un modo que haga parecer que quiera atacarme o algo así. — Un error es todo lo que necesitan para aniquilarnos. Solo atacaremos cuando estemos realmente preparados.

Bebo un sorbo de agua del vaso que tengo delante. — Es un poco tarde para eso. Dante ya lo descubrió. Le ha dado una paliza. Para quienquiera que trabaje; el cabrón debe ser más aterrador que yo.

— ¿O tiene su lealtad? Los rusos son bastante obstinados, ¿sabes? Son leales hasta la muerte.

Suelto un suspiro, la rabia de mi encuentro con Oliver esta tarde empieza a subir de nuevo.

— ¿Quién crees que es el responsable de este ataque?

— No estoy seguro, pero tengo razones para sospechar que es David Peterson.

Algo en mí se estremece.

— David Peterson — repito.

David Peterson, más conocido en la mafia como Federico Romano; nuestro tío. O debería decir, el hermano menor de nuestro padre, que de alguna manera llegó a la conclusión de que lo habían engañado para que no gobernara la Cosa Nostra por ser el hijo menor.

Es un gran político que se hace pasar por inversor de negocios. Tras la muerte de nuestro padre, levantó el infierno intentando convertirse en el nuevo Capo de la Cosa Nostra.

Estuve a punto de matarlo. Muy cerca. Pero terminé perdonándole la vida porque Vincent no quería más derramamiento de sangre en la familia, así que lo desterré. Una decisión que aún lamento.

Peter siempre ha sido un incordio para la familia y, con tantas cosas que tengo entre manos, no necesito que un tío imbécil ande merodeando y estropeando mis asuntos.  Miro a mi hermano pequeño al otro lado de la mesa. Está comiendo tranquilamente, sin importarle añadir nada a la discusión.

— ¿Podemos simplemente cenar? — pregunta, cuando finalmente se digna a hablar. — Pensé que de eso se trataba. De cenar juntos por primera vez en años.

— Los hombres no solo se limitan a cenar y a ponerse al día. — Tomo el cuchillo y el tenedor y apuñalo mi filete. — Hablamos de negocios en la cena.

— El blanqueo de dinero, el narcotráfico y cualquier mierda que ustedes hagan no son negocios — replica.

Su tono es airado y antipático. Ha estado así ante la mención de la mafia desde que murieron nuestros padres.

— Eso es dinero manchado de sangre.

— Bueno, muchacho, ese dinero manchado de sangre paga tu caro estilo de vida. — Corto mi filete y me llevo un trozo a la boca. — Será mejor que te calles, a menos que quieras aprender a trabajar y ganarte tu propio dinero.

Vincent abre la boca para una réplica, pero no tiene oportunidad cuando Marcus habla.

— Ya basta, muchachos. — Marcus dirige toda su atención hacia mí. — ¿Qué hacemos ahora?

— Protegeremos nuestro territorio, y también le enviaremos una advertencia a Peter. ¿Tienes alguna idea de cómo puedo encontrarlo? — No es que pueda invitarlo a cenar, ya que lo exilié de la familia.

Ahora es más o menos un extraño, y si tengo que reunirme con él, tengo que hacerlo con clase.

Marcus se queda pensando un rato. — Hay rumores de que ha firmado un contrato millonario con una empresa de productos para el cuidado del bebé. En las mismas veinticuatro horas, compró acciones en una de las mayores compañías aéreas y hoteleras del país.

Estoy perdido. — ¿En qué me beneficia eso?

— Buena pregunta. — Marcus se reclina en su silla. — El hotel y la compañía aérea pertenecen a Kirill Vadim.

Mi interés aumenta. Kirill Vadim apareció como uno de los mayores accionistas de Romano Enterprises tras la muerte de mi padre. Resultó que había estado comprando acciones de nuestra empresa en secreto, mientras vigilaba todos nuestros envíos. Me las arreglé para quedarme con las acciones y echarlo, pero hay algo en ese hombre que me eriza la piel como si estuviera cubierto de mil hormigas.

Estoy seguro de que todo esto está relacionado de alguna manera. Hay un punto en alguna parte que aún no he conectado, y aunque reunirme con Peter no será de mucha ayuda, puedo manipular su mente egoísta hasta conseguir una pista.

— Necesito reunirme con David Peterson.

— Aún mejor, Kirill Vadim tiene una gala de negocios dentro de dos días. — Hace una pausa. — Y como era de esperar, solo está abierta a élites de alto perfil.

Una sonrisa se dibuja en mis labios. — Eso es. — Me levanto de la mesa apresuradamente.

Marcus me mira, claramente confundido de que los abandone en mitad de la cena.

— ¿Te vas?

— Me temo que sí.

— Apenas has probado bocado — dice Vincent.

Es muy hablador cuando no tiene que ver con negocios o con la mafia. Tengo que enseñarle pronto al chico una lección sobre cómo convertirse en un hombre hecho.

Me pongo la chaqueta de un tirón. No es una gran excusa, pero es motivo suficiente para que abandone la mansión Romano. Este lugar me da escalofríos, como si los fantasmas de mi padre y de mi madre estuvieran acechando en cada esquina.

Hace diez años, Peterson me dijo que mi miedo proviene de la oscuridad que me persigue, pero estaba equivocado. Mi miedo reside en el hecho de que el fantasma de mi padre, si es que existe algo así, se revuelve en su tumba con necesidad de venganza.

Mis hermanos no conocen mis planes de cazar a cada uno de los asesinos de nuestros padres. Nadie sabe quiénes son, pero el día que los enterramos prometí encontrar a quienquiera que los haya asesinado y arrancarle el corazón.

Aún no he cumplido esa promesa, y tengo la sensación de que no descansaré hasta conseguirlo.

— Lo siento, pero tengo que prepararme para una fiesta. — Salgo hacia mi coche, enciendo el motor y me pongo en marcha.

Algo me dice que el asesino de mis padres estará en la misma habitación que yo dentro de dos días. Por si sirve de algo, espero que me mire a los ojos y vea mi nueva obsesión por cazarlo.

Ha hecho su parte, y ahora, vengo a cazarlo.

# Capítulo IV

# Elena

Dominic Romano está a solo tres metros de mí.

*Dios mío.*

Intento respirar, pero es como si el aire se negara a llenar mis pulmones. Mis manos están sudorosas, mis piernas tambaleantes y amenazando con ceder por el shock de ver a Dominic aquí. Algo no está bien, él no debería estar aquí.

Se me seca la garganta como si estuviera en medio del Sahara. Hay voces en mi cabeza que me dicen que corra antes de que me vea, pero mis piernas están flácidas y pegadas al suelo.

Son muchos los pensamientos que pasan por mi mente agobiada, pero eso no me impide darme cuenta de que sigue siendo tan guapo como hace siete años.

Se mantiene bien erguido con su esmoquin a medida, exudando sofisticación. Sus ojos oscuros brillan en las suntuosas lámparas de araña de la sala mientras mira en mi dirección.

Se me revuelve el estómago por una mezcla de expectación y ansiedad. Solo cuando aparta la mirada me doy cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Probablemente no me ha visto, ¿cierto?

Si lo hubiera hecho, no habría mirado hacia otro lado. Sigo sin poder quitarle los ojos de encima cuando un grupo de gente se le acerca de la misma forma que una persona se acercaría a un famoso. No es que me extrañe, Dominic llama la atención sin hacer ningún esfuerzo.

Cuando está en una habitación, absorbe el aire, dominando cada cosa y persona que hay en ella.

Me recorre una oleada de sentimientos encontrados. Es como si me alegrara de volver a verlo, pero no puedo alegrarme de verdad porque también tengo miedo.

Hace dos noches, el Sr. Peterson me envió una invitación para asistir a una gala de negocios organizada por un amigo suyo. Intenté rechazarla, pero me resultó imposible cuando insistió, afirmando que era la oportunidad perfecta para establecer conexiones que durarían toda la vida.

Sin embargo, no mintió. Toda la sala está repleta de hombres y mujeres que parecen dormir

sobre sábanas tejidas con billetes de dólares. Supongo que la mayoría son políticos o magnates de los negocios.

Incluso el vestíbulo es una sinfonía de elegancia y lujo. Está adornado con relucientes lámparas de araña que proyectan un suave resplandor sobre las élites reunidas.

Hace seis años, cuando fundé mi empresa, me habría sentido intimidada al mezclarme con una multitud como ésta. Pero los años que llevo asistiendo a eventos como éste me han ayudado a acostumbrarme a este tipo de reuniones.

Soy nueva rica, así que me llevó mucho tiempo adquirir confianza. A veces, sigo sintiendo que no pertenezco a este grupo.

Esta noche, sin embargo, no son los cientos de aristócratas que me rodean los que hacen que se me hunda el corazón en el estómago, sino el hombre que está parado en el centro de la sala, prestando toda su atención a la gente que le rodea.

Ni siquiera se percata de que estoy aquí.

Aprieto los puños, y las rodillas casi me fallan por permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio. Quiero darme la vuelta y marcharme antes de que me vea, pero temo que un movimiento mío llame su atención.

*Dios mío. Mi instinto de supervivencia es prácticamente nulo.*

— ¡Srta. Marconi!

Casi me sobresalto al oír la voz del Sr. Peterson. Cuando me doy la vuelta para mirarlo, tiene en la mano dos copas de vino dorado espumoso. Trago saliva, con la garganta deseosa de alcohol.

Me ofrece una de las copas. — Esta noche se ve espectacular.

Un rubor se extiende por mis mejillas. — Pues, muchas gracias. Usted tampoco se ve mal.

La comisura de sus ojos se arruga mientras una sonrisa se dibuja en su rostro.

— No hay mucho que un viejo pueda hacer para verse bien.

El Sr. Peterson solo tiene cincuenta y nueve años, lo que no me parece una edad avanzada, pero no se lo digo.

En vez de eso, le digo. — Gracias por invitarme a esta encantadora velada.

Hace un gesto despectivo con la mano. — Por favor, no diga eso. Debería darle las gracias por aceptar mi petición. Mis disculpas por llegar tan tarde.

— No fue ninguna molestia, Sr. Peterson. — El rabillo de mi ojo se desvía hacia donde está Dominic.

Temo que se dé cuenta de mi presencia si permanezco aquí demasiado tiempo, pero no puedo empujar al Sr. Peterson a un lado y salir corriendo.

— Si no le importa, hay alguien que me gustaría que conociera.

Bebo un sorbo de vino. No quema tanto como necesito, pero puedo arreglármelas con él.

— Por supuesto, por mí no hay problema.

Me pone la mano en la parte baja de la espalda y me conduce hasta un grupo de hombres mayores. Uno de ellos tiene canas y una gran barriga. A medida que nos acercamos, me doy cuenta de que los demás hombres lo respetan. Me resulta familiar su cara, pero mi mente está demasiado perturbada para intentar recordar dónde lo he visto antes.

— Sr. Vadim — le dice el Sr. Peterson al hombre cuando llegamos hasta él, y todas las miradas del grupo se dirigen hacia nosotros. — Creo que ya le he hablado de la Srta. Marconi —dice— mi nueva socia.

Entonces el Sr. Peterson se voltea hacia mí. — Este es mi buen amigo, Kirill Vadim, supongo que habrá oído hablar de él.

Por supuesto que sí. Kirill Vadim, además de ser el presidente jubilado del mayor banco de Nueva York, posee varias empresas multimillonarias en toda Europa, una de las cuales es Vadim Air.

Mis ojos se desorbitan, la excitación chisporrotea en mi pecho.

— Dios mío. — Intento moderar mi excitación, pero es difícil cuando estoy frente a una persona de semejante grandeza. — Encantada de conocerlo, Sr. Vadim.

El Sr. Vadim extiende la mano. — El placer es mío. He oído hablar mucho de usted, Srta. Marconi, y debo decir que estoy impresionado por lo lejos que ha llegado.

Le doy la mano. — Gracias. Aún no he llegado tan lejos como me gustaría. Usted es una

inspiración para alguien como yo. ¿Estaría dispuesto a compartir algunos de sus secretos conmigo?

Su gran barriga hace vibrar su traje mientras se ríe. — Estaría más que encantado de ser su mentor. — Alarga la mano hacia atrás y uno de sus guardaespaldas desliza una tarjeta entre sus dedos. — Puede ponerse en contacto conmigo siempre que lo necesite.

Jadeo mientras tomo la tarjeta.

Todavía me parece un sueño haber llamado la atención de alguien como el Sr. Vadim. Es una oportunidad que rara vez se presenta, y voy a aprovechar al máximo su influencia en beneficio de mi empresa.

Tener como mentor al hombre de negocios más exitoso de Nueva York no es una oportunidad que se presente todos los días, y agradezco no haber rechazado la invitación del Sr. Peterson.

— Seguro que lo haré.

— Casi lo olvido. Felicidades por su nuevo contrato. Estaré atento para ver hasta dónde puede llegar.

Enrosco los dedos de los pies en los zapatos, sin saber qué responder.

Una sonrisa nerviosa se dibuja en mis labios. — Espero llegar muy lejos con sus consejos.

— Es muy inteligente. Estoy seguro de que llegará lejos.

Está a punto de decir algo cuando un guardaespaldas entra de quién sabe dónde y le susurra algo al oído.

Cuando el guardaespaldas se aleja, el Sr. Vadim esboza una sonrisa que no se refleja en sus ojos.

— Lo siento, pero debo atender un asunto. Si me disculpa.

— Por supuesto.

— Espero tener una charla con usted uno de estos días — añade antes de alejarse.

David Peterson se une a él y yo me quedo sola.

Se me hiela la sangre cuando miro hacia el lugar donde Dominic estaba parado y veo que ahora está vacío. *¿Adónde habrá ido?* Mi pulso se debilita, mis entrañas se tensan de lo nerviosa que estoy.

Mi teléfono vibra en mi bolso y, cuando lo saco, el número de mi hijo parpadea en la pantalla.

*Tengo que contestar.*

Salgo de la habitación y encuentro un pórtico tranquilo. Cuando salgo, no sé si tiemblo de lo nerviosa que estoy o por la suave brisa que hace que se me enfríen las manos.

— Hola, mamá. — Lucas suena emocionado cuando contesto. — ¿Cómo estás?

De alguna manera, hablar con Lucas hace que todas mis preocupaciones desaparezcan y una sonrisa se dibuja en mi rostro. Juro que mi hijo es un ángel enviado del cielo para salvarme de mí misma.

— Hola, Lucas. Mamá está muy bien. ¿Y tú cómo estás?

— Estoy bien. Mami, tía Moira no me deja ver a las ardillas.

No me siento segura dejando a Lucas con una niñera por la noche, así que cuando Moira se ofreció a cuidarlo mientras yo asistía a la fiesta, acepté encantada. Aunque no es la primera vez, ella cuida de Lucas ocasionalmente cuando estoy de viaje de negocios o demasiado ocupada con el trabajo.

Son como mejores amigos y, aunque no son parientes de sangre, Moira quiere a Lucas como una tía querría a un sobrino. Tengo muchas razones para estar agradecida de que sea mi mejor amiga.

— ¿Qué quiere ver la tía?

Me doy cuenta cómo pone los ojos en blanco. — La Sirenita. Eso es para chicas.

Una carcajada estalla en mi pecho. Moira es una gran admiradora de Halle Bailey, y está literalmente obsesionada con «La Sirenita» desde que se estrenó la película el mes pasado.

— ¿Puedes hacer algo por mamá?

— Claro. Lo que sea por ti, mamá.

— ¿Puedes dejar que la tía Moira vea lo que quiera? — le pregunto, haciendo un mohín como si pudiera verme. — Le está haciendo un favor a mamá vigilándote esta noche. Deberíamos ser buenos con ella, ¿no crees?

Se queda callado un momento. — Solo se lo permitiré porque tú me lo pides.

— ¿Me estás acusando con tu mamá? — La voz de Moira se oye desde lejos. — Eres un bebé.

— No soy un bebé —protesta Lucas— soy un niño grande.

La voz de Moira es más cercana y clara ahora.

Suelta una carcajada. — Sí, claro que lo eres. Solo los bebés reportan a sus tías con sus mamás.

— ¡No soy un bebé!

— Uh, oh. Alguien se está enfadando de verdad — se burla Moira. — Los niños grandes no se enfadan cuando discuten.

— No estoy enfadado.

— Entonces déjame hablar con tu mamá.

Me imagino a Lucas dándole el teléfono para demostrarle que es un niño grande.

— Hola, nena — dice Moira. — ¿Te estás divirtiendo en la fiesta?

Exhalo ruidosamente, deseando poder dar la noticia por teléfono. Pero no puedo. Tengo una fiesta a la que volver.

— Es todo menos divertido. ¿Cómo te va con Lucas?

— Por suerte, no está siendo demasiado travieso. Diviértete y no te preocupes por nosotros, ¿de acuerdo?

— De acuerdo. Gracias.

— Diviértete, mamá. Te quiero — grita Lucas de fondo.

Me río. — Diviértete con la tía Moira. Mamá también te quiere. — Le doy un beso al teléfono.

Mi sonrisa no se borra durante un rato después de colgar, y mi pecho ahora pesa menos, como si acabaran de quitarme un peso de encima.

Hablar con Lucas y Moira me levanta el ánimo siempre.

— ¡Qué alegría volver a verte!

El acento italiano me hiela la sangre.

*No puede ser él. Debo estar equivocada.*

Cuando me doy la vuelta, unos ojos marrones oscuros se clavan en los míos con tanta intensidad que el corazón me da un vuelco.

— Dominic — murmuro, con mi voz apenas en un susurro.

Chispas de tensión envuelven el aire, haciendo que el mundo se detenga a nuestro alrededor.

Su mirada me devora por completo.

— Elena — dice mi nombre, su voz con un sonido grave y aterciopelado que me produce escalofríos. — Te ves increíble esta noche.

# Capítulo V

# Dominic

Regreso a la noche en que nos conocimos.

Su rostro resplandece bajo la luz de la luna. Sus ojos brillan de una forma que me cautiva y me embriaga por completo. Lleva un vestido color zafiro sin tirantes que brilla como un diamante cuando está directamente bajo el resplandor de la luz del sol.

Es preciosa.

Las agudas palpitaciones de mi pecho y el latido de mi hombría dan fe de ello. No puedo apartar los ojos de ella, ni por un momento. Es demasiado irresistible para mí, y ni siquiera lo intento.

Cuando la vi entrar en la sala de gala hace dos horas, estuve a punto de perder todo mi autocontrol. La había visto mirarme, y fue una lucha no mirarla como miraría la puesta de sol.

Esta mujer que tengo delante, mirándome con sus brillantes ojos color avellana, es hermosa. Le odio, pero la he echado tanto de menos. Y me odio por ello.

Me abandonó sin pensárselo dos veces. No hay razón para que mi corazón palpite tanto cerca de ella. Sin embargo, no puedo controlar mis propias emociones.

Sus ojos brillan mientras lloran. No sé si está disgustada por verme o si está contenta. No me importa lo que sea. Tengo toda la intención de molestarla esta noche.

— Te ves increíble — repito, por si no me ha oído la primera vez.

Noto que le tiemblan los labios y se le mueve la garganta al tragar con fuerza.

— Gracias. — Aparta la mirada y observa algo en el cielo. — No esperaba verte aquí.

— Yo tampoco.

Después de cenar con Marcus hace dos noches, había decidido venir a esta gala por una sola razón, y era para ver a David Peterson. Para darle una lección de por qué no debería meter la nariz donde no lo llaman.

Pero cuando vi que se llevaba a Elena con una sonrisa socarrona dibujada en su rostro, supe que era una advertencia. Debería haber sabido que no dejaría pasar un ataque sutil y que lo hallaría.

No estoy seguro de la razón por la que la invitó aquí, pero supongo que tiene algo que ver con el hecho de que me haya advertido que mantuviera las distancias.

*Hombre estúpido.*

Debe pensar que aún siento algo por Elena. Un sentimiento enjaulado en algún lugar de mi corazón. Si supiera la verdad, que mi corazón solo late para vengarme por la muerte de mis padres y para dominar esta ciudad.

— Discúlpame. Tengo un negocio inconcluso. — Intenta alejarse a toda prisa, pero se detiene cuando la tomo del brazo.

— ¿No es de mala educación alejarse? Es como si siguieras enamorada de mí; pero te esforzaras en negarlo.

Ella lanza un grito ahogado. — No estoy enamorada de ti. Solo me siento incómoda cerca tuyo.

Sí, claro. Eso es lo que quiero, que se sienta incómoda cerca mío. Se merece ese castigo por haberme desechado de la forma en que lo hizo.

— ¿También te sentías incómoda conmigo hace siete años? — Mi pregunta espesa el aire como si fuera niebla.

Su expresión cambia, un destello de dolor oscurece sus rasgos. — Dominic, mejor olvidémonos de esto.

— Yo decido lo que vamos a hacer. — La ira hierve a fuego lento en lo más profundo de mi estómago. — Tú ya decidiste cuándo terminaste nuestra relación. No puedes hacerlo ahora.

— ¿Qué quieres? — su voz tiembla.

Es temblorosa, nublada por las emociones que lucha por contener.

— A ti.

Sus cejas se levantan. — ¿Qué quieres decir?

— Pronto lo sabrás.

La atmósfera se espesa a nuestro alrededor y el mundo se desvanece. A pesar del aire tenso y el dolor que se desliza por mi corazón como alambre de púas, hay una parte de mí que se muere por abrazarla.

La poca luz que me queda en el alma anhela a Elena, necesita su amor. Y la electricidad que recorre mi hombría no ayuda. Quiero romperle el vestido y hacer que mire la ciudad mientras me la cojo por detrás.

*Dios mío.*

Mis emociones y deseos sexuales entran en conflicto con el intenso odio grabado en mi corazón.

Dios, esta mujer me vuelve loco.

— O tal vez no — balbucea. — Dudo que volvamos a vernos. No habría venido si hubiera sabido que estarías aquí.

*Interesante.*

Sigue siendo tan sabihonda como la recordaba. Me sorprende ver que no ha cambiado nada.

— Confía en mí, lo haremos. — Yo tampoco pensaba encontrármela, pero ahora que lo he hecho, me resulta imposible no buscarla.

Me apoyo en la pared, con la curiosidad sacando lo mejor de mí.

No es que me importe, pero me pregunto qué tan cercana es a David Peterson. No sabe mucho acerca de la mafia o cualquier persona dentro de ella, así que lo más probable es que ella no sepa la verdadera identidad de David.

O la mía.

— He oído que has firmado un contrato de negocios con David Peterson.

— Métete en tus asuntos —responde tajante— parece que lo has olvidado, pero dejaste de ser mi pareja hace siete años. Ahora somos extraños.

Una risita retumba en mi pecho. — ¿Extraños? — Es un insulto que la única mujer que ha estado grabada en mi mente durante siete años me considere un extraño. — ¿Debería refrescarte la memoria sobre lo que pasó aquella noche? Tú me dejaste, y no al revés.

Se queda callada un momento. — ¿No quieres saber por qué me fui?

Claro que quiero.

Me muero por saber la razón por la que se fue como lo hizo. Pero mi ego se interpone. — Eso ya es pasado.

— Y nuestra relación también. No sigamos con esto, por favor.

Es duro oírla decirme palabras tan ásperas. Me desgarran, me hacen una herida tan profunda que el dolor es casi físico.

— ¿Tanto me odias?

— No te odio —susurra— solo que no puedo estar cerca de ti. No es tan fácil para mí, Dominic.

Solo unos centímetros nos separan. Doy un paso adelante, aspirando el aroma de su inocencia mezclado con una fragancia de lavanda. Es tan familiar y seductor, que quiero enterrar mi nariz en su cuello y respirarla.

Se tensa cuando nuestros cuerpos se tocan durante un breve segundo. Respira entrecortadamente y se niega a mirarme.

Le inclino la barbilla para que me mire. — No fue fácil cuando elegiste irte sin darme una razón.

— Tenía una razón, Dominic. Decidí no decírtelo porque me mentiste — me dice con ronquera.

Sus ojos se dirigen hacia los míos y me doy cuenta de que está jadeando. Su largo cabello rubio ceniza ondea con la brisa como un satén caro y cubre la suave piel de oliva de sus hombros.

*Dios, ¿qué voy a hacer con esta mujer?*

Mis ojos se clavan en los suyos hasta que sus mejillas se tiñen de carmesí. Me doy cuenta de que está nerviosa a mi lado, y me dan ganas de molestarla aún más, pero la tristeza que veo en sus ojos me quiebra.

No es divertido si está sufriendo.

Le acomodo el cabello por detrás de la oreja y ella jadea cuando mi piel entra en contacto con la suya.

— Te he echado de menos.

Pone su mano sobre la mía. — Dominic...

Lo que quería decir se interrumpe cuando una pareja sale de pronto al pórtico. Elena se aleja de mí, volviendo a su caparazón anterior.

— Creo que deberíamos terminarlo por hoy.

Miro a la pareja. Sonríen, la felicidad invade sus rostros. Me enfurece verlos tan felices, como

cuando estaba con Elena hace años atrás.

— Bien. — Me ajusto la chaqueta.

No me voy por la pareja, la conversación aún no ha terminado. Pero tengo otras cosas que atender, así que la dejo libre por esta vez.

— Nos vemos.

Me doy la vuelta para marcharme, pero me detengo junto a la puerta que da al salón de gala.

— Una cosa más — digo mientras giro la cabeza para mirarla. — Aléjate de David Peterson. No es quien crees que es.

Sus ojos se clavan en los míos, como si buscara algo.

— Tú tampoco.

Sus palabras me golpean las entrañas cuando vuelvo a entrar en el vestíbulo.

*Tú tampoco. Tengo* curiosidad por saber qué quiso decir con esas palabras, y creo que será la excusa perfecta para volver a verla. No es que necesite una excusa. Todo en esta ciudad será poco a poco de mi propiedad, y ella no es la excepción.

Mis ojos se cruzan con los de David Peterson y me acerco a él con pasos firmes.

— Vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí? — me saluda.

Sus ojos brillan con malicia mientras me mira fijamente a través de sus pestañas grises.

— Hola, tío. — Alargo la palabra para que sepa que no le estoy llamando así como acto de respeto.

*Hace un sonido despectivo*. — Es bueno ver que sigues igual de arrogante.

— Lo mismo se puede decir de ti. — Tomo un vaso de vino de una bandeja que pasa. — Excepto que la arrogancia no te queda bien. Eres mejor lloriqueando y conspirando contra tu propia familia.

Resopla. — No te considero de la familia, ni a ti ni a tus hermanos.

Me aprieto el pecho, fingiendo dolor. — Estás hiriendo mis sentimientos, tío. ¿No crees que estás siendo un poco duro?

Se dirige a mí, furioso. — Escucha, muchacho. Dejamos de ser familia cuando me humillaste y

me echaste de la familia. Te prometí que te quitaría todo lo que tienes, y pienso cumplir esa promesa.

— Necesitarás tener las piernas pegadas al torso para cumplir esa promesa. — Cierro el espacio entre nosotros. — Odiaría tener que arrancarte las extremidades para lograr que te comportes.

La ira me calienta las venas como un horno, pero consigo mantener la calma. Mi tío siempre ha sido un hablador, un arrogante más allá de sus verdaderas fuerzas. Hace que cada nervio de mi interior se crispe violentamente.

Lleva demasiado tiempo suplicando su muerte, y aunque estaré más que feliz de concederle su deseo, aún lo necesito cerca. Es la última persona que vio a mis padres antes de que murieran, el único que sabe realmente lo que pasó aquella noche.

Han pasado diez años, y aún así se niega a hablar de ello. Mi paciencia es un vaso rebosante, y tengo la intención de sacarle la verdad pronto. Pero, primero, necesito que saque su trasero de mi maldito negocio.

Su risita me obliga a volver al presente. — Eres pura palabrería y nada de acción, muchacho. Si quisieras matarme, ya lo habrías hecho.

Tiro de su corbata y lo acerco a mí. — No te confundas, viejo. Te mantengo con vida solo porque quiero.

Su mirada refleja malicia, pero no se atreve a decir otra palabra.

Le doy una palmadita en la mejilla. — Ya sé que fuiste el chivato de la policía. ¿Esperas convertirte en el próximo Capo si me vendes a tus amiguitos?

— No te he vendido. Me presento para un cargo en el gobierno y, como sabes, tengo que desempeñar mi papel como buen ciudadano.

— Una lástima. — Me trago el vino de un trago. — Porque los muertos no se presentan a las elecciones. Inténtalo una vez más y será lo último que hagas.

Siento su mirada quemarme la espalda mientras desaparezco entre la multitud.

Atravieso la habitación y, como si nada, me encuentro cara a cara con el hombre que más temo.

Kirill Vadim.

Aunque se esconde detrás de la política y de los negocios, lo veo tal y como es. Un viejo traicionero con sed de sangre. Es el jefe de la Bratva, y tengo razones para creer que su rivalidad con mi padre jugó un rol importante en la razón por la que mis padres fueron asesinados de una manera tan espantosa.

Los hombres como Kirill y yo nunca nos hemos llevado muy bien. Sus crímenes van desde el tráfico de drogas hasta la trata de personas. ¿Por qué hacer negocios sucios? ¿Quién necesita la sangre de mujeres y niños inocentes en sus manos?

Aunque se pavonea como el símbolo de la caridad, su dinero apesta a sangre inocente. Como el metal al imán, mi tío no puede resistirse a estar en su círculo. Debe haberle prometido el trono de la Cosa Nostra a cambio de su lealtad.

Pero conozco a Kirill demasiado bien. No dudará en matar a mi tío y apoderarse de nuestro negocio en cuanto mis hermanos y yo nos quitemos de en medio. Solo un tonto confiaría en él, y esa palabra es la que mejor describe a mi tío.

Es curioso hasta qué punto la codicia puede destruir el sentido común de un hombre.

— Pero si es La Muerte en persona — dice, con la habitual máscara amable que muestra al resto del mundo.

Dios, quiero darle un puñetazo en la cara.

A diferencia de mi tío, no tengo paciencia para contenerme y voy directo al grano.

— Devuélveme mi cargamento y deja a mi tío fuera de tus planes.

Primero sonríe y luego se echa a reír. — ¿Te preocupa que le haga daño a tu mujer?

Se ríe de nuevo. — Yo no juego sucio.

Me burlo. — Es un comentario gracioso viniendo de un saco de mierda como tú, Kirill.

Me acerco más a él. — Métete con ella y tendrás que responder ante mí.

Se queda callado un momento, con una expresión amarga como la leche cuajada. Veo que no se toma mi insulto a la ligera.

— Te das cuenta de que puedo matarte justo donde estás, ¿verdad?

Sonrío. — Te reto.

Mis guardaespaldas están apostados alrededor de este edificio. Una palabra mía y esta pequeña gala que ha montado terminará en un derramamiento de sangre y con el cadáver mutilado de Kirill. Sabe que ese será el resultado y no se arriesgará.

— Bien. — Kirill intenta ocultarlo, pero veo el pánico en sus ojos. — No te metas conmigo, y yo no me meteré contigo.

— Estás malinterpretando algo, Kirill. No es una negociación. Es una advertencia. — Me inclino lo suficiente para que absorba cada palabra que digo. — Si te metes con Elena, me aseguraré de hacer que tus últimos días en la tierra sean una miseria.

# Capítulo VI

# Elena

— ¿Dominic Romano estuvo en la fiesta anoche?

A Moira casi se le salen los ojos de las órbitas de lo atónita que ha quedado, y creo que no se ha dado cuenta, pero tiene la mandíbula desencajada.

— Sí, estuvo — respondo, agarrando un trozo de pizza de la caja que está sobre la isla de la cocina.

Lucas está de viaje escolar y Moira decidió quedarse a dormir en mi casa. Nos daba pereza cocinar, así que pedimos comida a domicilio.

Nada mejor que pizza y alitas de pollo un viernes por la noche mientras chismorreas con tu mejor amiga.

Mi mente estaba tan aturdida después de ver a Dominic la noche anterior que acabé bebiendo demasiado vino y terminé algo borracha. No me preguntes en qué estaba pensando porque, en realidad, no creo que lo estuviera haciendo.

Estaba nerviosa, con pánico y ansiedad.

Si alguna vez pensé que había superado lo que sentía por él, anoche fue la confirmación de que, de hecho, lo sigo queriendo tanto como hace siete años. Cada célula de mi interior se encendió cuando estuve a su lado, e incluso ahora se me erizan todos los pelos del cuerpo.

— ¿Supo lo de Lucas?

Se me oprime el pecho. — No se enteró. — Al oír su voz, había temido que hubiera estado espiando mi llamada, pero, por suerte, no fue así o no le importó lo suficiente como para hablar de ello.

Moira suspira, aliviada. — Menos mal. Habría sido un desastre. — Se acerca a la nevera y toma una botella de agua. — ¿De qué hablaron?

Me encojo de hombros. — De nada, la verdad.

Vuelvo a pensar en él acercándose y colocándome el cabello detrás de la oreja. Una descarga

eléctrica me recorre la columna vertebral y viaja por el resto de mi cuerpo.

Una sola caricia suya ha derrumbado todos los muros que había construido. Si aquella pareja no se hubiera retirado... Bueno, si no lo hubieran hecho, ¿quién sabe qué habría pasado?

Podría haber hecho algo estúpido como abrazarlo o besarlo.

Moira me mira con suspicacia. — No pasó nada entre ustedes dos, ¿verdad?

Sacudo rápidamente la cabeza. — Por supuesto que no. ¿Por quién me tomas? — El calor se extiende por mis mejillas ante la idea de que algo ocurra.

*Maldita sea.*

¿En qué estoy pensando al tener este tipo de fantasías con Dominic? Debería alejarlo, y no soñar despierta con él.

— Te tomo por alguien que perdió su virginidad con un desconocido en Italia — dice, dedicándome una sonrisa pícara. — ¿Quién dice que no puede ocurrir una segunda vez?

— Las posibilidades de que ocurra una segunda vez son nulas, a menos que pueda volverme virgen milagrosamente después de haber dado a luz a un ser humano.

Ella sonríe. — Echo de menos los días en que podíamos ser libres y salvajes. Ahora lo único que hacemos es trabajar y turnarnos de niñeras.

Suspiro. — Dímelo a mí.

Moira tira la botella vacía a la papelera y se sube a un taburete a mi lado. — ¿Qué piensas hacer ahora? Tengo la inquietante sensación de que Dominic te buscará.

— Seguiré rechazándolo hasta que se rinda — digo con la boca llena de pizza.

Me preocupa que Dominic sea el tipo de persona que nunca se rinde cuando se propone algo, pero contengo la respiración, rezando para que se dé por vencido y no insista.

Mi corazón se estremece al pensar que tendré que apartarlo, cuando lo único que quiero es tenerlo cerca.

He hecho las paces con el hecho de que no puedo estar con él por mucho que lo quiera, pero eso no apaga la punzada en mi corazón cada vez que tengo que acallar mis sentimientos por él.

— Buena suerte con eso, nena. No creo que Dominic te deje en paz. — Se tapa la boca con una

mano para ahogar un pequeño grito. — ¿Y si quiere que vuelvan?

Sacudo la cabeza. Moira afirma que hay miles de mujeres en todo el mundo que desean la atención de Dominic. Creo que ella también está un poco enamorada de él.

— No me fui porque él no me quería, Moira. Me fui porque tenía que proteger a Lucas.

— Lo entiendo, nena. Créeme, lo entiendo. Pero siento pena por ti. — Su tono se suaviza. — Odio que tengas que negar tus sentimientos cuando está claro que sigues enamorada de él.

— ¿Es muy obvio? — pregunto.

Tengo el pecho acalambrado de lo rápido que me late el corazón, pero intento que no me afecte.

— Muy obvio — dice Moira.

Me señala las mejillas. — Te sonrojaste y además parece que sueñas con él. Hasta un ciego sabría que estás enamorada de él.

El calor me abrasa aún más las mejillas y meto otro trozo de pizza en la boca.

— Entonces… — dice Moira, rompiendo el silencio que se ha prolongado durante un momento. — ¿Vas a salir con alguien pronto?

Toso por la intensidad de su pregunta. Corre a la nevera y toma una lata de refresco para mí.

— Dios. Moira, vas a matarme — chillo, mientras la bebida forma un charco frío en mi estómago. — Estoy demasiado ocupada para tener citas ahora.

— Sabes que nunca superarás a Dominic si no le das una oportunidad a otro hombre. — Ella mira hacia la puerta como si hubiera alguien allí. — Tú misma lo dijiste, Lucas necesita un padre. Deberías buscarle uno si no estás dispuesta a dejar que conozca a Dominic.

Lo pienso brevemente, luego suspiro porque no se me ocurre un sustituto mejor que Dominic.

— Hay miles de madres solteras en el mundo, Lucas estará bien teniendo solo a uno de sus padres.

Sé que estoy siendo egoísta, pero encuentro consuelo en el hecho de que no estoy alejando a Lucas simplemente para herir a Dominic. Es más complicado que eso.

Los recuerdos de Dominic cortando el dedo de un hombre hace siete años se filtran en mi mente. Es un recuerdo oscuro, sangriento y espantoso.

Es una pesadilla a la que no puedo exponer a Lucas, no importa lo desgarrador que sea para mí tener que mantener la verdad lejos de Dominic.

— Puede que lo sea. — Ella se inclina y susurra. — ¿Pero estarás bien siendo célibe toda tu vida? Aunque recurras a juguetes sexuales, nada sienta mejor que las manos de un hombre, ya sabes... o de una mujer.

Sonríe cuando jadeo. — Chica asquerosa. ¿Tener sexo con una mujer es tu último fetiche? — Envidio lo sexualmente abierta que es Moira, pero si soy sincera, a veces también me sorprende.

Una vez, cuando estábamos en la universidad, organizó un trío de harén inverso y casi lo lleva a cabo. Una de las novias del chico se presentó en el hotel y lo arruinó todo.

Moira no tenía ni idea de que él estaba saliendo con alguien, y acabó enfurruñada por ello durante semanas.

*Eran tiempos muy duros.*

Pone los ojos en blanco y resopla. — No. Me gustan demasiado los pitos para eso. Solo lo sugerí porque no creo que dejes que un hombre que no sea Dominic se meta contigo.

— Me gustan los pitos... — Me interrumpo y me tapo la boca con una mano, sofocando las palabras que salieron de mis labios sin permiso. — ¡Mierda! ¿Qué acabo de decir?

Los ojos de Moira brillan con picardía.

Me dedica una sonrisa socarrona mientras repite. — Me gustan los pitos... — Apoya las manos bajo la mandíbula, como si estuviera pensando. — Déjame adivinar; ibas a decir que te gustan demasiado los pitos como para acostarte con una mujer.

Oh, Dios. Tengo la sensación de que me va a atormentar para siempre con esto.

— No hagas eso, Moira. Ya estoy bastante avergonzada — digo, dirigiendo la mirada a una olla que tengo en la encimera.

— Me burlaré de ti, pero no esta noche. — Arrastra la caja de pizza hacia sí y toma un trozo. — He oído un rumor. No sé si hay algo de verdad en ello, pero pensé que deberías saberlo. — Le da un mordisco a su pizza. — Se trata del Sr. Peterson.

— ¿El Sr. Peterson? — Me apoyo en la isla de la cocina, interesada. — ¿De qué se trata el

rumor?

— Un blog anónimo publicó un artículo afirmando que el Sr. Peterson no es el inversor ni la persona humanitaria que todos creemos. — Hace una pausa para beber un trago de mi lata de refresco sin terminar. — Dicen que está metido en todo tipo de negocios turbios, como tráfico de drogas, contrabando de mercancías y cosas por el estilo.

Arrugo las cejas. — ¿No es eso lo que hace la mafia?

Ella inclina la cabeza asintiendo. — Sí. Algo así. Aunque no lo creo, no parece el tipo de persona que vaya a involucrarse en algo así. Creo que es un simple caso de propaganda política. Está compitiendo por un cargo político, y es muy reconocido por sus servicios humanitarios y todo eso. No es nada extraño que el partido opositor se aproveche de su imagen pública.

— Hmm. — Una cosa que he aprendido de mi relación con Dominic es que nunca debes confiar demasiado en nadie. — No puedes estar muy segura.

Ella dice. — ¿A quién le importa si gana dinero ilegalmente? Nuestra empresa se beneficia de sus inversiones.

Miro a mi amiga y sacudo la cabeza. — Con eso me das más razones para entender por qué elegiste ser abogada.

Arruga la nariz. — ¿Por qué?

— El Sr. Peterson es nuestro último inversor. Un pequeño escándalo vinculado a su nombre afectará nuestras acciones, y a su vez afectará a cuánto te paga la empresa.

Se endereza y me mira boquiabierta, como si acabara de anunciar la segunda venida del mesías.

— En ese caso, espero que esté tan limpio como un pito recién afeitado. — Se ríe de su propio chiste. — Necesito un coche nuevo y un bolso de diseñador.

— Tus necesidades son infinitas — murmuro con una sonrisa. — Me pregunto qué harás con todas esas cosas de diseñador que te has comprado.

— Los miraré cada mañana y sonreiré para mis adentros. No tienes idea de cuánta felicidad da el lujo.

Levanto una ceja. — Por supuesto que la tengo. Prueba a tener un hijo, y te sorprenderá cuánta

felicidad conlleva ser madre.

Rechaza mi sugerencia como si le estuviera pidiendo que atracara un banco.

— No, gracias. Estoy mejor siendo la tía rica y divertida. Cuidar niños es lo máximo que puedo hacer.

— Mmm, eso dices — replico con una sonrisa.

Terminamos de comer y nos vamos a la sala. Moira enciende la televisión y, justo cuando estoy a punto de desplomarme en uno de los cojines, mi teléfono suena junto a la consola de la tele.

— Mensajes nocturnos — se burla Moira. — Eso es sospechoso.

Me acerco a la consola. — Cállate, mujer. Podría ser Lucas.

— O no — argumenta ella. — Lucas se duerme antes de que el sol se deslice por el horizonte. Es imposible que te esté enviando un mensaje casi a medianoche.

— Tienes razón. — Mis ojos se dilatan mientras miro el mensaje en mi pantalla, y mi estómago da un vuelco. — No es Lucas. — *Es Dominic.*

Me tiemblan los labios al leer el texto por segunda vez.

**Me alegro de que hayas llegado bien a casa. Fue un placer verte anoche.**

Moira se levanta de la silla y corre hacia mí. — ¿Quién es? Me arrebata el teléfono y se tapa la boca con una mano mientras lee el contenido del mensaje. — Dios mío. — Dirige su mirada hacia mí. — ¿Intercambiaste números con él?

Sacudo la cabeza.

Las conexiones de Dominic llegan muy lejos. Puede tener lo que quiera con solo chasquear los dedos. No me sorprende que de alguna manera haya conseguido mi número. No, solo me sorprende que le importara lo suficiente como para intentar localizarme.

— ¿Entonces cómo lo consiguió? — mueve la cabeza hacia la ventana. — ¿Y si está afuera?

Se me contrae el pecho. *¿Y si está afuera?* Casi tropiezo con la alfombra monocromática del centro de la sala mientras me apresuro hacia la ventana y aparto las cortinas.

Las farolas iluminan la solitaria calle y un suave viento agita los árboles. No hay rastro de Dominic por ninguna parte. Aun así, mi corazón retumba con fuerza en mis oídos, como si estuviera al acecho en un rincón, observándome y olfateando mi secreto desde lejos.

¿Y si descubre lo de Lucas?

# Capítulo VII

# Dominic

Estoy a punto de sacar mi pistola y disparar a la parpadeante luz de neón, pero es la música de fondo a todo volumen lo que hace que me estalle el dolor de cabeza.

Dante está sentado frente a mí, sorbiendo su alcohol y mirando a una puta con ojos lujuriosos. Tiene una sonrisa oscura en la cara y sus manos se mueven como si estuvieran impacientes por agarrarle el trasero.

*Simplemente no lo soporto.*

No por su insana obsesión de despertarse con una nueva mujer a su lado cada noche. Mi aversión hacia él proviene del hecho que me recuerda al hombre que solía ser antes de conocer a Elena.

Cuando ella se fue de la fiesta, hice que Dante la siguiera a casa para asegurarme de que estuviera a salvo. No me gusta que esté relacionada con hombres como David Peterson y Kirill Vadim. Y más aún, detesto que forme parte de un estúpido plan que tienen para acabar conmigo.

Quiero mantenerla alejada, pero es demasiado testaruda para intentar alejarla de ellos a menos que le diga la razón, cosa que no puedo, ya que solo la pondría en un peligro mayor.

Mi mejor alternativa para protegerla es tener a algunos de mis hombres vigilándola.

Me viene a la mente su imagen con ese vestido color zafiro y hace que mi miembro palpite. ¿Cómo puede ser tan jodidamente sexy sin tan siquiera intentarlo?

Juro que esa mujer será mi muerte. Han pasado siete años y tengo tantas ganas de ponerla sobre mi regazo y azotarle el trasero, y a la vez, quiero rodear con mis dedos su delgado cuello.

Esa mujer es como veneno para mí, ardiendo por mis venas sin antídoto.

*Mierda.* Me aflojo la corbata, me sirvo una raya de whisky y me lo bebo de un trago.

— ¿Por qué nos citaste precisamente aquí? — pregunto mientras golpeo el vaso vacío contra la mesa.

Dante me sonríe. — ¿No echas de menos salir de fiesta aquí, jefe? Este solía ser tu sitio favorito.

Me reclino en el asiento, irritado. — Tengo un maldito trastorno de estrés postraumático por los

clubes nocturnos — escupo.

Me recuerda demasiado a la noche en que Elena me dejó.

— Ve al grano.

— Tranquilo, hombre. — Dante mira a Marcus, que está sentado a su lado, y luego a mi primo Lorenzo.

Cuando ve que nadie comparte su emoción, su expresión se vuelve seria.

— Bien. Bien. Ha llegado un mensaje de uno de los hombres que vigilan a la Bratva de Nueva York.

— ¿Y? — pregunta Marcus.

— La familia no tiene ni idea de cuándo o cómo desapareció nuestro cargamento — explica Dante. — No creo que ese cabrón de Kirill Vadim tenga algo que ver con ello.

— Si no son ellos, ¿entonces quién? — pregunta Lorenzo.

Marcus parece quedarse pensando un rato. — ¿Crees que los Valentes tengan algo que ver con esto, hermano?

Me paso el dedo por la barba. Los Valentes dirigen la mafia de la Camorra, y están tan locos como los de la Bratva.

Nosotros, la Cosa Nostra, nunca nos hemos llevado bien con esos cabrones porque nuestros códigos de conducta son completamente diferentes. Esos enfermos no tienen ningún problema con el tráfico de personas, y eso siempre ha sido un gran problema para mí.

No se puede negar que todos somos los mismos bastardos retorcidos, pero a diferencia de la Camorra, la Cosa Nostra tiene límites. Tenemos ciertas reglas que respetamos.

Es muy sencillo. Cógete tantas putas como tu pito necesite, haz cualquier negocio ilegal que te haga ganar algunos dólares, pero no hagas daño a mujeres y a niños.

Nuestra rivalidad se remonta a décadas atrás, cuando estalló una guerra entre nuestras familias. Habíamos ganado y expulsado a los Valentes de la ciudad para proteger los territorios y a las víctimas de su brutalidad sin sentido. Años después de la guerra, el jefe de la Camorra, Victor Valentes, pidió una tregua. Mi padre les permitió volver a Nueva York cuando acordaron no

cruzar nunca nuestros territorios, lo que creo que fue su mayor error.

A pesar de la tensión que ha persistido entre la Cosa Nostra y la Camorra, han permanecido con un perfil bastante bajo. No tengo motivos para sospechar de ellos, pero tampoco me extrañaría que hicieran un movimiento así.

— Reúnete con Víctor Valentes mañana —le digo a Marcus— hazle saber que no me quedaré quieto si intenta una mierda conmigo.

— No estamos muy seguros de que estén detrás de esto, jefe — dice Lorenzo.

Su cabello castaño y rizado le cuelga a un lado de la cara. Es un tipo enorme, con una cabeza tan grande como su barriga, pero maneja una pistola calibre 45 mejor que la mayoría de los hombres que he visto. Lamentablemente, su cerebro no es tan útil como sus habilidades con las armas.

Me paso la lengua por los labios. — No necesitamos estar seguros, Lorenzo. Les daremos una advertencia, no vamos a matarlos.

Se queja y frota su pistola metida en el cinturón. — No me importaría dejar algunas balas. Algo para que se acuerden.

— No lo harás. — No me importa derramar sangre mientras no sea de gente inocente, pero ya tenemos una guerra inminente con los rusos, se volverá en nuestra contra si empezamos una pelea con la Camorra ahora. — Haz lo que te digo.

— *Sí*, hermano — responde Marcus.

Dante termina su bebida y se levanta. — Bien. La reunión ha terminado, ahora toca fiesta.

Lorenzo se levante con él, su enorme cuerpo proyecta una sombra sobre mí.

— Esa puta de ahí te ha echado el ojo desde que llegamos — dice mirando a una de las strippers que está puliendo el caño frente a nosotros. — Te desea, hombre. Mira ese trasero.

Ambos se ríen como locos mientras yo me estremezco en mi asiento. *Estos cabrones.*

— Esta noche beberé mi whisky de su coño, hermano. — Dante palmea el hombro de Lorenzo. — Búscate una zorra o mastúrbate pensando en mí cogiéndome su coño. Lo que sea que funcione para ti.

Lorenzo gruñe. — Que te jodan, hombre.

— Voy a joder muy pronto. — Dante se mete la camisa blanca en los pantalones, y se da la vuelta para salir rápidamente.

— Siéntate, maldición — le ordeno cuando está a punto de irse.

Odio ser el aguafiestas, pero aún tengo cosas que discutir con ellos.

Tanto Dante como Lorenzo me miran confundidos, pero no protestan.

— ¿Sí, jefe? — Contestan los dos al unísono mientras se sientan.

— Dante, averigua lo que puedas sobre los negocios en los que Peterson ha invertido. Deben tener algo en común.

— *Sí*, jefe — responde Dante.

— Y tú. — Arrastro mi mirada hacia Lorenzo. — Vigila a Elena. Asegúrate de que esté a salvo en todo momento.

Asiente con la cabeza. — Sí, jefe.

Cruzo las piernas y extiendo los brazos en el sillón. — ¡Ahora fuera! Los dos.

Se miran y se alejan antes de que pueda cambiar de opinión.

Me burlo cuando Dante se acerca a la puta del caño y le rodea la cintura con las manos. Ella le sonríe y él se inclina para susurrarle algo al oído. Pronto desaparecen entre la multitud de gente que baila en medio del salón.

Tengo cuarenta años, solo un año más que Dante, pero me recuerda tanto a Marcus y a mí cuando éramos mucho más jóvenes. De fiesta y cogiendo con quien queríamos.

Cuando me convertí en el Capo, mis intereses pasaron de meter mi hombría en cualquier coño a masturbarme en sus bocas y enviarlas lejos con un montón de dinero. La muerte de mi padre fue demasiado repentina y caótica, y tuve que dar un paso al frente para mantener el orden y el negocio de la familia antes de estar preparado para ello.

Había estado viviendo bien de esa manera hasta que conocí a Elena, ahora ni siquiera puedo masturbarme sin pensar que es ella de rodillas, chupándomela hasta dejarme seco.

Hablando de Elena... agarro mi teléfono de la mesa y miro mis mensajes. Después de la fiesta, una de sus empleadas me había dado su número. Su nombre era Grace. No hizo falta hacer

mucho, solo una sonrisa mía y ella se había derretido por completo.

*Elena necesita mejores empleados.*

Le envié un mensaje después de conseguir su número y sé que lo ha visto, pero no contestó. No me gusta jugar a perseguirla, pero su determinación de mantenerse alejada de mí me hace querer molestarla aún más.

Se lo merece después de cómo me apartó hace siete años. Imagino todas las formas en que podría castigarla, pero la que más me atrae es tenerla desnuda y con los ojos vendados, sin saber qué parte de su cuerpo torturaré a continuación.

*Dios, creo que necesito más alcohol.*

No me doy cuenta de que estoy sonriendo hasta que veo mi reflejo en el vaso que sostengo.

— Dante me dijo que viste a esa mujer en la gala.

Desvío la mirada hacia Marcus. Me mira como si se me hubiera salido un tornillo de la cabeza. Juraría que es más que un tornillo.

— ¿Y?

— ¿Y? — Se inclina hacia delante. — ¿Qué vas a hacer?

Me encojo de hombros y me sirvo más alcohol. — ¿Qué voy a hacer? Ella ya es historia.

Me dedica una sonrisa ladeada. — Dada la forma en que le estabas sonriendo a tu teléfono hace un momento, no creo que ella sea historia, hermano. Para que lo sepas, me enteré por Dante que está saliendo con alguien.

Aprieto la mandíbula. Creo que el vaso se romperá si lo sigo agarrando con tanta fuerza, así que lo golpeo contra la mesa.

— Me importa una mierda.

— A mí me parece que pronto te importará. — La sonrisa en su cara es malvada.

Marcus es lo opuesto a mí. Pone la cabeza a trabajar más que los puños o la pistola, pero cuando elige ser malvado, hasta el diablo toma asiento para aprender de él.

— Vio a un niño a través de la ventana. Aunque no está seguro de que el niño sea suyo, podría ser de su mejor amiga. Moira estaba en la casa con él.

Se me forma un nudo en la garganta que casi me corta la respiración. Marcus está intentando que reaccione. Marcus me conoce mejor de lo que yo me conozco a mí mismo, y puede ver a través de las tonterías que digo. Sabe que odio a Elena, y también sabe que, por debajo de mi odio, mis sentimientos por ella aún no han muerto.

Detesto que me lea como un libro abierto.

— Estás haciendo esto a propósito, ¿verdad?

Una sonrisa se dibuja en sus labios, pero se desvanece cuando la preocupación hace que su ceño se arrugue.

— Te conozco de toda la vida, hermano —dice— algo te está preocupando, y tengo la sensación de que tiene que ver con esa mujer.

Saco un paquete de cigarrillos del bolsillo y enciendo uno, aspirando el humo.

— Tengo dos problemas, Marcus. Y la mujer no es uno de ellos. — No es del todo mentira, porque Elena es el antídoto contra la furia que me quema a cada segundo desde que volví a Nueva York.

Es como veneno para mi sistema, pero he aprendido que incluso el veneno puede salvar vidas. Hay problemas mayores que mi odio hacia ella, y pensar en ella es la única forma de mantenerme cuerdo.

Se pasa un dedo por los gemelos. — ¿Qué pasa entonces?

— Necesito encontrar al asesino de nuestros padres. — La ira recorre las paredes de mi estómago mientras lo digo, imágenes de la noche en que murieron mis padres se agolpan en mi cerebro. — Y necesito tomar el control de esta ciudad. Ya hemos holgazaneado bastante y los de la Bratva están haciendo un desastre de esta ciudad.

Los ojos de Marcus brillan enrojecidos con la luz de neón y su yugular se abulta, pero todo termina tan rápido como empezó. Mi hermano es un experto en mantener sus emociones bajo control.

No se había mostrado enfadado ni triste tras la muerte de nuestros padres. Incluso ahora, se guarda esas emociones, pero sé más que nadie que tiene tanta sed de venganza como yo. Él era

muy unido a nuestra madre.

— ¿Sigues pensando que Peterson tuvo algo que ver con sus muertes?

Me inclino hacia la mesa y tiro el cigarrillo al cenicero. — Tiene motivos, no me extrañaría.

— A mí tampoco, pero no debemos dejar a los demás fuera de la ecuación. Tanto Peterson como los de la Bratva tienen motivos suficientes, pero no son nuestros únicos rivales.

Tiene razón. Los de la mafia irlandesa son nuestros mayores aliados, pero eso no significa que no puedan cambiar de bando si eso los beneficia. Luego está la Camorra, nuestros enemigos mortales.

— En cuanto a lo de gobernar la ciudad, ¿qué tal si organizo algunas reuniones? — pregunta, ladeando la cabeza. — Carlos Diego está en la ciudad por un tiempo. ¿Qué tal si nos reunimos con él mañana a primera hora de la tarde?

Carlos Diego es el primogénito de José Diego, un narcotraficante mexicano. Dirige una de las mayores organizaciones de tráfico de drogas y contrabando de Nueva York. Su influencia se extiende por todo el país. Aunque me encantaría no meterme en asuntos turbios, una alianza con él es algo que necesito.

Asiento con la cabeza. — Perfecto.

Una silueta oculta en las sombras llama nuestra atención. Cuando emerge a la luz, aparece una mujer esbelta, de cabello largo y oscuro y piernas largas. Lleva un vestido rojo y unos tacones que veo que superan los veinte centímetros.

Suspiro. — ¿Aún no has superado esta mierda? — Se llama Caterina, y bueno... es la puta de Marcus.

Trabaja en el club como stripper, y él la escogió como suya hace ocho años.

Una sonrisa arrogante se dibuja en sus labios. — No soy un santo como tú, hermano. A estas alturas, te convertirás en mártir después de muerto.

Caterina me sonríe, se acerca a Marcus y le separa las piernas. Me dan arcadas cuando se sienta sobre él y le aprieta el trasero.

— Quita esto de mi vista — digo con un gruñido.

La risa de Marcus se mezcla con la música que suena en los altavoces. Sujeta a Caterina por la cintura, la empuja y se levanta.

— Entonces vamos a solucionarlo, ¿vale? ¿Qué tal si nos encontramos en casa de Elena mañana por la mañana?

— ¿Para qué?

— ¿No quieres recuperar lo que es tuyo? — balbucea, y luego sigue a Caterina fuera del club como un niño pequeño tras un Blow Pop.

Sus palabras perduran mucho tiempo después de que se vaya, y estoy de acuerdo con él. Necesito recuperar lo que es mío.

***

Marcus y yo aparcamos frente a la casa de Elena a la mañana siguiente. A Marcus se le ocurrió que primero deberíamos confirmar si el niño es suyo y si tiene a alguien más en su vida, de ese modo, podré planear mi siguiente paso.

Aunque no vi un anillo en su dedo en la gala, tampoco me importa si está encadenada a un tipo feo. Iba a reclamarla de todos modos, y luego decidiré qué hacer con ella.

¿Cuál es la mejor manera de castigarla por lo de hace siete años?

El piar de los pájaros, junto con la luz del sol matutino, se filtra por la ventanilla tintada de mi todoterreno. Mi paciencia se agota y estoy a segundos de salir del coche y entrar en la maldita casa para averiguar lo que quiero.

La paciencia no es mi fuerte, y me molesta especialmente tener que acechar desde una esquina porque Marcus decidió que lo hiciéramos. Le habría roto la mandíbula cuando lo sugirió si no fuera mi hermano.

— Tranquilo, hermano. Romperás el volante.

Un vistazo a mis manos demuestra que estoy agarrando el volante con mucha fuerza, luego desvío la mirada hacia mi hermano.

— Sabes que ya podríamos haber salido de aquí. Tengo un negocio que atender.

— Yo también — replica.

No aparta los ojos de la entrada. — Solo hice esto para que dejaras de ser tan gruñón, y sin embargo sigues aquí.

Abro la boca para decir algo, pero me detengo cuando la puerta de cristal que da a la casa se abre de un empujón y sale corriendo un niño. Desde donde está aparcado el coche, puedo decir que tiene por lo menos seis años y que su cabello es tan oscuro como el mío.

*Parece que a Elena le gustan los de su tipo.*

Agarrando su mochila, se da la vuelta y le sonríe a alguien a quien aún no puedo ver. Cuando la puerta se abre por segunda vez, Elena la atraviesa y una descarga estática me recorre la espalda.

Lleva puesto unos pantalones negros de cooper y una blusa con cuello de tortuga a rayas blancas y negras. Una chaqueta beige a juego con los zapatos le cubre la mano que sostiene un bolso negro.

Lleva el cabello recogido en un moño. Es la personificación de la elegancia y la sofisticación. Y es tan jodidamente hermosa que brilla bajo la luz del sol matutino.

Ella le tiende la mano al niño y él se la toma. Se dirigen a su coche, suben y se marchan. Giro la llave del coche y el motor se pone en marcha.

— Nunca te había visto tan decidido — comenta Marcus. — Realmente debes amar a esta mujer.

— No la amo — le digo.

El corazón me da un vuelco cada vez que la veo, y el estómago se me retuerce de un modo que no me gusta, pero creo que es solo una oleada de nostalgia. Alguna vez me había sentido tan atraído por ella y ahora... ¡Mierda! Me estoy volviendo loco.

No hay ninguna razón lógica por la cual la esté acosando tan temprano en la mañana. No soy el tipo de persona que haría algo tan vergonzoso, pero aquí estoy. Lo peor es que podría maniobrar el coche en la otra dirección y seguir con mi día, pero estoy decidido a ver esto hasta el final.

— Sí, claro que no. — Su tono es sarcástico mientras lo dice. — Me pregunto por qué estamos fuera tan temprano persiguiendo a una mujer que ni siquiera te gusta.

Giro la cabeza hacia él. — Una palabra más tuya y perderás un diente.

Mi hermano sonríe como cuando éramos adolescentes. — Recibiría una bala por ti, hermano, pero hoy no estoy de humor para perder un diente — dice.

Suspiro y el coche queda casi en silencio, salvo por el latido de mi corazón en mis oídos.

Poco después, me detengo detrás del coche de Elena. Estamos aparcados delante de una escuela. El chico se baja y saluda a Elena mientras se aleja.

Me acerco justo cuando ella se aleja y me desabrocho el cinturón rápidamente.

— ¿Adónde vas?

Miro a mi hermano y luego al pequeño, que sigue mirando el coche de Elena mientras se aleja.

— Necesito confirmar si ella es realmente su madre y si está viendo a alguien. Ahora vuelvo.

Mis pensamientos son erráticos y soy incapaz de pensar con claridad mientras avanzo a zancadas hacia el chico. Cuando voltea hacia mí y sus ojos se cruzan con los míos, me detengo.

*Algo no está bien.*

No me había fijado desde lejos, pero aparte de tener el cabello tan oscuro y rizado como el mío, tiene los ojos azules y la mandíbula afilada como cualquier otro Romano en el mundo.

Tiene un parecido asombroso con mis hermanos y conmigo.

Su sonrisa se desvanece cuando estrecho la brecha que nos separa y me pongo en cuclillas frente a él.

— Hola, pequeñín.

— Me llamo Lucas. — Me mira de pies a cabeza. — ¿Quién eres tú?

— Soy amigo de tu mamá. Elena Marconi es tu mamá, ¿verdad?

Entorna los ojos hacia mí. — Mi mamá no tiene amigos, excepto la tía Moira. ¿Eres su novio?

Me resulta imposible contener la sonrisa. — Algo así.

Frunce el ceño. — ¿Entonces eres mi papá?

Me siento mal, pero sacudo la cabeza de todos modos. — ¿Dónde está tu papá?

Arruga las cejas y baja la mirada al suelo. — No tengo. Mamá dice que está lejos.

Algo dentro de mí se quiebra ante esa información. No puede ser una mera coincidencia que este

niño ande por ahí con una cara que se parece a la mía. Es el hijo de Elena y no tiene padre.

Solo puede significar una cosa...

Intento atar cabos y una campana empieza a tintinear en mi cabeza, pero queda una última pieza del rompecabezas. Sus manos son pequeñas en las mías cuando las tomo. — ¿Cuántos años tienes, pequeño?

— Tengo seis años. — Hace un mohín y empieza a patear algo en el pavimento. — Tía Moira dice que soy un bebé, pero no lo soy. Mamá tampoco cree que sea un bebé.

Mi estómago se retuerce violentamente.

— ¿Estás bien? Pareces enfermo. — Me escudriña la cara. — Puedo llamar al 911. Mi mamá me enseñó a llamar a la policía si estoy enfermo o en peligro.

Me fuerzo a sonreír. — No estoy enfermo, pequeño. Solo estoy un poco conmocionado.

— ¿Por qué?

Es una verdadera batalla no perderse en pensamientos en este momento. Este chico es igual que su madre. Los dos son parlanchines y son las personas más dulces e inteligentes que he conocido.

— Por nada, pequeño. Deberías entrar.

— No quiero dejarte solo afuera — argumenta. — Llamaré a mi madre, ella te llevará al médico.

— Se quita la mochila y empieza a sacar el móvil, pero se lo arrebato. — No lo hagas. Estoy bien.

Se encoge de hombros. Es un chico tan tierno.

— Si insistes. — Se pone la mochila y me quita el teléfono. — Lo siento, pero tengo que irme ya.

Me fuerzo a sonreír de nuevo y le doy una palmadita en la cabeza. — Anda.

Atraviesa corriendo la puerta roja y yo espero a que entre en el edificio naranja que se eleva sobre mí antes de ponerme en pie. Por alguna razón, me tiemblan las piernas, como si mis huesos se hubieran disuelto en goma.

*Tiene seis años.*

Eso significa que Elena lo tuvo solo unos meses después de que rompiéramos.

Eso significa... que *es mi hijo.*

# Capítulo VIII

# Elena

— Lo siento, señor, pero no puede entrar — grita mi asistente personal, Ava, desde el pasillo. — No puede...

La puerta de mi despacho se abre antes de que pueda terminar la frase y entra una figura vestida con un traje negro de Armani. Nuestras miradas se cruzan y retrocedo en mi asiento al ver la forma en que me mira, como si estuviera a punto de rodearme el cuello con los dedos.

*Por Dios. ¿Qué hace Dominic aquí y por qué me está mirando así?*

Ava entra corriendo detrás de él, jadeando mientras mira entre nosotros.

— Lo siento, Srta. Marconi. Le dije que no entrara, pero no me hizo caso. Llamaré a seguridad.

Tengo miedo y no sé si quiero tener una conversación con Dominic cuando veo que está furioso, pero algo me dice que no se irá hasta que arregle cualquier cuenta pendiente que tenga conmigo.

Mi corazón late con fuerza mientras le hago señas con la mano a Ava. — No será necesario, Ava. Ya puedes volver a tu lugar.

— ¿Está segura, Srta. Marconi? — Ella mira a Dominic con el ceño fruncido y luego su mirada se suaviza cuando me mira a mí.

Asiento con la cabeza porque no puedo articular palabra.

— Solo estoy a una llamada de distancia si me necesita — dice.

Le lanza a Dominic una última mirada venenosa antes de marcharse.

Mi pulso se dispara en cuanto cierra la puerta y mi estómago se revuelve nerviosamente.

— ¿Qué haces aquí? — le pregunto.

Me recorren escalofríos, pero eso no me impide fijarme en lo condenadamente guapo que está Dominic.

Su cabello rizado y oscuro resplandece con la luz del techo y la luz del sol que entra por la pared de cristal. Su traje no disimula muy bien sus anchos hombros y los músculos que tiene debajo.

Se mete las manos en los pantalones y se acerca a la ventana. Se queda mirando la ciudad

durante una eternidad antes empezar a hablar.

— ¿Por qué alejaste a mi hijo de mí?

Mis pulmones se vacían como un globo reventado.

— ¿Qué quieres decir? — pregunto, intentando que no se note que empiezo a sentir pánico, pero el temblor de mi voz me delata.

Dominic sabe lo de Lucas. No sé cómo ni por qué, pero el hecho de que pregunte significa que lo sabe. No debería intentar hacerme la tonta o mentirle, pero no puedo evitarlo.

*Necesito proteger a Lucas.*

Gira la cabeza en mi dirección.

— No intentes hacerte la lista conmigo, Elena. — En sus ojos se desata una tormenta, seguida de un gruñido en su voz.

— No sé de qué estás hablando — le digo, con mi voz apenas en un susurro.

Aparto la mirada de él. No puedo mirarlo directamente a los ojos mientras le miento.

La tensión en el aire es palpable, el silencio es más fuerte que cualquier palabra que cualquiera de nosotros pueda pronunciar.

*Bump...bump...bump.*

Mis latidos se cuadruplican cuando se acerca. Mis manos empiezan a temblar cuando la adrenalina corre por mis venas. Las tengo frías y sudorosas, así que las aprieto entre mis muslos para que no las vea.

Dominic coloca los puños sobre mi escritorio y se inclina hacia mí. — Mírame, Elena.

Cierro los ojos. *No puedo mirarlo.*

— Mírame — ruge.

Su tono es áspero, furioso e imperioso. Mis músculos se tensan cuando sus dedos agarran mi mandíbula e inclinan mi cara en su dirección.

— Abre los ojos.

*Oh, Dios mío.*

Mi cuesta respirar cuando abro los ojos y me obligo a mirarlo.

— Lucas es mi hijo. — No pregunta. — ¿Por qué lo mantuviste alejado de mí todos estos años, Elena?

Abro la boca para hablar, pero en lugar de palabras, se me derraman por la cara lágrimas que no sabía que estaba reteniendo.

— Deja de llorar, Elena. — Sus manos se cierran en puños y sus fosas nasales se dilatan. — No tienes derecho a llorar.

Resoplo para evitar que se me caigan las lágrimas, pero es imposible. Dominic tiene razón, es él quien ha tenido que vivir sin saber que tiene un hijo, pero me abruman todas las emociones que me había obligado a mantener ocultas durante siete años.

— No lo alejé de ti porque quisiera.

Sonríe sin gracia. — Tienes cinco minutos para explicarte.

Tomo un Kleenex de mi escritorio y me limpio las lágrimas con él. — No tuve elección, Dominic. No me dejaste elección.

Entrecierra los ojos, su expresión es dura como una piedra y sus ojos azules se clavan en los míos.

— ¿Por qué es culpa mía?

— La Muerte.

Parece que sus ojos se ensanchan por un momento, pero no estoy segura.

— Me enteré de que eras *La Muerte* la misma noche que descubrí que estaba embarazada. — Las lágrimas empiezan a pincharme los ojos de nuevo, difuminando su imagen. — Le cortaste el dedo a ese hombre, Dominic, y sonreíste mientras lo hacías.

Sus gruesas pestañas se agitan y su mandíbula se aprieta. — ¿Viste eso?

— Sí. — Me muerdo el labio, intentando ocultar mi horror ante el recuerdo. — Eres parte de la mafia. No, eres el jefe de la mafia — me corrijo. — Cuando te vi hacer eso, no me atreví a decírtelo. No podría criar a un niño con un monstruo como tú.

Una oleada de tristeza aparece en sus ojos. — ¿Crees que soy un monstruo?

— Matas y haces daño a la gente. ¿Entonces eres un ángel? — Suelto una carcajada, ignorando

el dolor que me atenaza el corazón. — Me ocultaste la verdad sobre quién eras. ¿Por qué es un problema que yo hiciera lo mismo?

— Porque es mi hijo, Elena. — Desliza los dedos por su cabello. — No importa si crees que soy un monstruo o no. Lucas es mi hijo y no tenías derecho a alejarlo de mí.

— También es mi hijo y tengo todo el derecho de mantenerlo a salvo, Dominic. — Golpea el escritorio con el puño y baja la cabeza.

Después de un rato levanta la cabeza para mirarme. — Siete años, Elena. Me he perdido siete años de la vida de mi hijo por tu culpa.

Se me hace un nudo en la garganta al oír su voz tan calmada. Nunca había visto a Dominic tan enfadado y al mismo tiempo tan triste. Una punzada de culpa me atraviesa y, por primera vez, me doy cuenta de lo egoísta que fui.

No importa si Dominic es una bestia de dos cuernos. Una vez lo amé y mi hijo merece un padre, sin embargo, los mantuve alejados el uno del otro durante tanto tiempo.

— Lo siento. Solo quería lo mejor para nuestro hijo — murmuro.

Lo miro a los ojos. — No sabía que la verdad te dolería tanto.

Dominic rodea el escritorio hasta situarse a un palmo de mí. Me recorre un escalofrío por la espalda debido a la repentina cercanía.

— ¿Por qué no me lo dijiste cuando descubriste quién era?

— Tenía miedo. — Se me seca la garganta y trago saliva. — Me mentiste. No tenía ni idea de cómo reaccionarías al descubrir que conocía tu verdadera identidad. Lo único que se me ocurrió en ese momento fue protegerme a mí y a nuestro bebé.

— No te mentí, Elena. — Se sienta en el borde del escritorio, tan cerca que su pierna roza la mía.

— Te oculté la verdad para protegerte.

— Pues hiciste un mal trabajo protegiéndome.

Dominic me observa en silencio sin protestar. El aire es denso a nuestro alrededor, pero su intensa mirada se hunde en la boca de mi estómago, calentándome por dentro. Dios, el efecto que este hombre tiene en mí.

Se supone que debo odiarlo por ser un cabrón, pero ni siquiera puedo apartar los ojos de él. Es una batalla entre mi cabeza y mi corazón, y no sé cuál ganará.

— Tienes hasta mañana por la mañana para hablarle a mi hijo de mí — dice rompiendo el silencio.

— ¿O qué? — exclamo mientras la sangre que fluye por mis venas silba en mis oídos.

Se inclina hacia delante y acerca su cara a la mía. Mi pecho se hincha cuando mi mirada se posa en su boca, en sus labios tan sensuales. Saco la lengua y me la paso por los labios.

Cuando vuelve a acercarse, mi instinto me hace girar la silla, pero él pone una mano en el reposabrazos y me acerca antes de que me atreva a apartarme.

— No estoy seguro de que quieras saber lo que pasará si no lo haces.

Habla muy en serio y sé que debería obedecerlo, pero de repente siento el impulso de hacer lo contrario de lo que me dice.

— No lo haré — me oigo murmurar. — Como sabes, no recibo muy bien las amenazas.

Un destello de sonrisa se dibuja en su rostro. — ¿Te lo tomarás en serio cuando te voltee sobre tu escritorio y te azote hasta que tu piel arda y se ponga roja?

Se me corta la respiración y un rubor abrasa mis mejillas. *Dios.*

— No deberías decirme esas cosas, Dominic. Ya no somos...

— ¿Amantes? — me ayuda a completar. — No necesitamos serlo, Elena. Me perteneces.

La ira hierve en mis entrañas. — No te pertenezco, Dominic. No lo fui hace siete años, y nunca lo seré. Te odio.

Me sonríe, sus ojos helados brillan con picardía. — ¿Cuánto me odias?

— Mucho. — Respiro.

— No tanto como yo. — Desliza su mano entre mis piernas y me arde hasta la parte superior de los muslos y allí empieza un latido. — Te odio por irte hace siete años — me susurra al oído, y su cálido aliento despierta cada célula de mi interior. — Te odio aún más por alejar a mi hijo de mí.

*Esto es demasiado.*

Su tacto es demasiado abrasador y, si lo dejo seguir, temo que me consuma. Pongo las manos en su pecho y siento sus músculos duros como una roca mientras intento apartarlo, pero es demasiado pesado y fuerte.

— No hagas esto, Dominic — le suplico. — Mejor hablemos de Lucas.

— ¿De qué hay que hablar?

— No será fácil para él cuando le diga que eres su padre. — *No puedo creer que esté diciendo esto.* — Tenemos que encontrar una manera de manejar la copaternidad. Por el bien de Lucas.

Se aparta de mí y sus ojos se suavizan al mencionar a Lucas.

Su expresión se vuelve más seria ahora. — ¿Qué es lo que quieres?

— Quiero que formes parte de su vida. — Me lanza una mirada de «eso es *un hecho*». — Pero tengo dos condiciones. Nunca debe estar expuesto a la mafia, y debes mantenerlo a salvo.

— Puedes estar segura de que no tengo intención de ponerlo en ninguna situación que pueda causarle daño — dice, con voz ronca. — Prometo mantener a nuestro hijo a salvo, *mio caro.*

Se me revuelve el estómago. *Mio caro. Hacía* tanto tiempo que no me llamaba así.

— Sé que lo harás. — Dominic siempre cumple su palabra.

Al principio no lo entendía, pero cobró sentido después de enterarme de que era el jefe de la mafia. Mi conocimiento acerca de la mafia es muy limitado, pero una cosa que sé con certeza es que nunca faltan a su palabra.

Se levanta, se mete las manos en el bolsillo y empieza a marcharse.

Cuando llega a la puerta, voltea para mirarme. — Dile a nuestro hijo que mañana me presentaré formalmente.

***

— ¿Es mi padre el hombre guapo que estuvo hoy en la escuela? — pregunta Lucas.

Salta a mi cama y se acurruca a mi lado.

— Era muy guapo, y creo que también es simpático.

Giro la cabeza para mirar a mi hijo. — ¿Qué hombre?

— No sé cómo se llama, pero dijo que es tu amigo. — Sonríe. — Era muy alto y tenía los ojos del mismo color que los míos.

Me quedo boquiabierta.

— ¿Dominic? — Me incorporo y empujo mi MacBook hacia un lado. — ¿Ya lo conoces?

Estaba tan sorprendida cuando Dominic vino a mi oficina exigiendo respuestas que no se me ocurrió preguntarle cómo supo de Lucas y si ya se conocían.

— ¿Qué te dijo?

Piensa un momento antes de encogerse de hombros. — Me dijo que ustedes eran amigos — repite, y luego se calla.

Se me revuelve el estómago. — ¿Y qué más?

Lucas frunce los labios. — No dijo nada más, mamá. ¿Se supone que debía decir algo más?

*Tienes hasta mañana por la mañana para hablarle de mí a mi hijo.*

*Dile a nuestro hijo que mañana me presentaré formalmente.*

Se me oprime el pecho porque sé que Dominic no estaba bromeando cuando dijo eso. Tengo que hablarle a Lucas de él antes de que lo haga Dominic, pero no se me ocurre cómo empezar. Lo único que sé es que tengo que hacerlo ahora.

Extiendo mi brazo alrededor del hombro de Lucas y lo acerco.

Cerrando los ojos, inspiro profundamente. — Hay algo que tengo que decirte, Lu. — Sus ojos azules parpadean a través de sus pestañas oscuras cuando abro los míos. — Es sobre tu padre.

Lucas frunce las cejas. — ¿Está muerto? Mi amigo de la escuela dice que mientes y que mi papá está muerto. Y que por eso no me dejas verlo.

Una sonrisa amarga dibuja mis labios y le alboroto el cabello. — No, cariño. Tu padre no está muerto. — Trago saliva para quitarme el nudo de la garganta, pero no sirve de mucho. — Está vivo y... es el hombre que has conocido hoy en la escuela.

Ladea la cabeza, me mira con los ojos entrecerrados y luego esboza una leve sonrisa. — Me estás tomando el pelo, mamá, ¿cierto?

— Claro que no.

Su sonrisa se amplía cuando ve que estoy hablando en serio. — ¿Ese hombre tan guapo es mi padre?

Asiento con la cabeza.

Lucas se levanta bruscamente y salta sobre la cama. — ¡Sí! — Empieza a bailar mientras canta. — ¡Tengo un papá! Y mi papá es genial.

Aún no se me ha calmado el malestar en el estómago, pero ver a Lucas tan feliz me hace sonreír. Cuando llegué a casa esta tarde, temía contarle lo de Dominic porque no estaba segura de cómo reaccionaría.

Claro que siempre ha querido tener un padre, pero aún es un niño y temía que no fuera capaz de procesar muy bien la información. Por suerte, Lucas es muy maduro para su edad, y es un hombrecito muy vivaz. Ha sido así desde que nació.

Vuelvo al presente cuando Lucas me rodea el cuello con la mano. — ¿Puede llevarme mañana a la escuela, mamá?

— Lucas, yo...

— *Por favor.* — Hace unos gestos y parpadea.

Es tan tierno.

No creo que pueda decirle que no. — De acuerdo. Lo llamaré para que te recoja mañana.

Me rodea el cuello con los brazos mientras me abraza. — Gracias, mamá. Eres la mejor.

Le froto la espalda. — Tú también eres el mejor, cariño. Te quiero.

— Yo también te quiero. — Se aparta, se tumba a mi lado y se cubre el cuerpo. — Ahora me voy a dormir. Tengo que levantarme temprano para no hacer esperar a papá.

— ¿Papá? — Qué rápido.

— No te pongas celosa, mamá — me dice en tono juguetón.

Me rodea la pierna con los brazos y, al cabo de unos minutos, empieza a roncar.

Le quito las manos con cuidado y me deslizo fuera de la cama. Agarro el móvil y me dirijo a la sala. Me tumbo en uno de los sofás y busco el número de Dominic.

Todavía no he respondido su último mensaje y no tengo intención de hacerlo. *Solo le envío mensajes por Lucas, nada más.*

No sé si es la única razón por la que le escribo esta noche. ¿Estaría en la sala de estar, dudando en enviarle un mensaje si Lucas no me hubiera rogado que permitiera que Dominic lo llevara a la escuela mañana?

Mis dedos se posan sobre la pantalla. Vuelvo a respirar hondo y empiezo a escribir. Cuando acabo, pulso el botón de *enviar* y tiro el teléfono al sofá.

*No puedo soportar esto.*

Los recuerdos de la oficina empiezan a invadir mi mente. Vuelvo al momento en que Dominic estaba sentado tan cerca de mí; que su cuerpo desprendía calor y punzaba el mío. Es tan cálido e intenso que siento como la estática me sube por los muslos y empieza a palpitar entre mis piernas.

Pongo la mano en el mismo sitio donde él me ha quemado la piel con su tacto. La piel se me eriza y me recorre los pechos hasta que se me endurecen los pezones bajo el camisón.

Han pasado siete años desde la última vez que me tocó, siete años desde que me susurró cosas sucias al oído. Pero sigue teniendo el mismo efecto en mi cuerpo que antes. Un simple toque suyo y me vuelvo loca con ganas de más.

¡Mierda!

Un deseo intenso me moja las bragas y el pulso entre mis piernas se hace cada vez más fuerte, hasta que me veo obligada a calmarlo por mí misma. Mis dedos se deslizan dentro de mis bragas y empiezan a rodear mi clítoris.

Abro más las piernas y echo la cabeza hacia atrás en el sofá mientras me froto el coño. Mis manos ya no son mías, son de Dominic. Me lo imagino mirándome con ojos depredadores mientras pasa su lengua entre mis piernas.

*Dios.*

El ardor es demasiado fuerte y mi necesidad demasiado profunda. Hundo un dedo dentro de mí y mi lenta respiración se transforma en un suave gemido.

*Silencio, Elena. Podrías despertar a Lucas.*

Me rozo los labios con los dientes al recordar lo cerca que habían estado sus labios de los míos y la fuerza con la que tragué saliva al pensar que me besaría.

Si me hubiera besado, su mano habría bajado hasta mi clavícula, luego se habría deslizado bajo mi camisa hasta que sus dedos rozaran mi duro pezón.

No me doy cuenta cuando llevo la mano a mis pechos y empiezo a acariciarme el pezón. Un fuego salvaje estalla por todo mi cuerpo. Mis caricias no son tan intensas como las de Dominic. No.

A Dominic le encantaba cogerme como a mí me gustaba que me cogieran. Salvaje, duro y dominante. Sus manos eran demasiado ásperas para acariciar suavemente mis pezones sensibles. Las sensaciones que me provocaba solían ser una mezcla de dolor y placer, aunque el placer siempre superaba al dolor.

Imagino la oscura sonrisa que se dibujaría en su rostro si viera que me masturbo pensando en él. Imagino que me voltearía y me azotaría por ser tan mala antes de apretarme el trasero con su erección.

Gimo por lo sucios que son mis pensamientos y por los movimientos de mis dedos, que ahora rodean mi clítoris con más fuerza. Necesito más presión, así que meto otro dedo en mi coño y empiezo a deslizarlo. Lo quiero más fuerte y cada vez más rápido. Echo de menos sus caricias despiadadas y brutales.

*Lo echo de menos.*

Mis embestidas aumentan el ritmo y una corriente eléctrica recorre mi cuerpo. Mi otra mano empieza a apretarme el pezón con más fuerza.

Mi orgasmo crece como un huracán, y basta una última imagen de la sonrisa perversa de Dominic mientras me observa correrme y me hace estallar. Mis ojos se ponen en blanco y todo mi cuerpo se estremece.

Un rayo de satisfacción me recorre la espalda y me tapo la boca con una mano para suavizar mi grito.

*Mierda.*

La vergüenza tiñe mis mejillas de rosa después de bajar del subidón en el que había estado hace unos segundos. Sigo jadeando, y mis dedos siguen enterrados dentro de mí, pero me avergüenza el hecho de haberme corrido pensando en Dominic, cuando afirmo odiarlo.

Mi cuerpo se sacude cuando saco los dedos. Están empapados con mis jugos y pongo en juego mi autodisciplina al pensar en lo que sentiría al tenerlo deslizándose dentro de mí.

*Dios, Elena. Contrólate, mujer.*

Mi teléfono suena junto a mí y lo tomo. Mi estómago da un vuelco cuando miro el mensaje que le envié a Dominic. Tenía la intención de escribir: «*Ven a recogerlo mañana por la mañana*».

En lugar de eso, había enviado: «*Ven a cogerme mañana por la mañana*».

Mis pulmones se paralizan y mi pulso se acelera mientras pulso la respuesta de Dominic. «*¿Cómo lo quieres, mio cara? Yo lo prefiero duro*».

# Capítulo IX

# Dominic

— Recuerda no conducir como un psicópata — dice Elena.

Su tono es hostil, pero no paso por alto el rojo escarlata que resplandece en sus mejillas.

Aún sigue enfadada y avergonzada por lo de anoche. Para ser sincero, mi hombría había palpitado en respuesta a su mensaje, y me la imaginé masturbándose mientras me enviaba un texto como ese.

Después de enviarle la respuesta, me dejó claro que había sido un error. No me estaba pidiendo que la cogiera, quería que llevara a Lucas a la escuela esta mañana. Pero yo estaba dispuesto a hacer ambas cosas sin problemas.

— ¿Entonces soy libre de cogerte como un psicópata? — me burlo.

Me gusta lo hermosa que se ve cuando intenta contener la ira, y me gusta aún más la tonalidad rosa de sus mejillas. Intenta convencerse de que no es así, pero es obvio que consigo afectarla de un modo que detesta.

Bien. Ella se merece todo ese castigo.

Desplaza su mirada detrás de mí. Cuando ve que Lucas está dentro de mi Porsche y no puede oírnos, desliza sus ojos de nuevo hacia mí.

— Te dije que no lo decía en serio.

Sonrío. Me gusta que se ponga nerviosa.

— No parecía un error, *mio cara.* — Me meto las manos en los bolsillos y doy un paso adelante.

— Dime, ¿cometes errores así con otros hombres?

— No. — Se cruza de brazos.

— Respuesta correcta. Si hay un solo hombre al que se le haya ocurrido tocar lo que es mío, no lo dejaría pasar. — *Lo digo en serio.*

Su pecho se agita rápidamente. — No soy tuya, Dominic. La única razón por la que estamos juntos es por Lucas.

— Parece que tienes la costumbre de inventar excusas usando su nombre. No es un buen hábito, si me lo preguntas.

Aparta su mirada de la mía.

Ella traga saliva. — Lucas llegará tarde a la escuela.

— De acuerdo. — Otra excusa usando el nombre de nuestro hijo. — Hasta luego.

Elena aprenderá tarde o temprano que simplemente no puede escapar de mí.

— No nos veremos a menos que sea necesario.

Se tensa cuando acorto la distancia que nos separa.

Percibo el aroma a fresas y vainilla cuando me inclino y le beso la frente. — No eres tú quien lo decide, *mio cara.* Que tengas un día tan hermoso como tú.

Siento que su mirada me quema la espalda cuando me dirijo al coche y subo. No aparta la mirada hasta que arranco el motor y me alejo de la entrada.

Los primeros cinco minutos de viaje transcurren en silencio. Miro a Lucas por el retrovisor y veo que me está mirando.

Nunca pensé que llegaría el día en que diría esto, pero nunca había estado cerca de un niño, y mucho menos de uno que es mío. No me importan las primeras impresiones ni cualquier otra cosa que les importe a los demás, pero por alguna razón quiero impresionar a este niño.

— Hola, amiguito.

— Hola — dice en voz baja.

No nos dirigimos la palabra durante otro minuto y luego pregunta. — ¿No te parece de mala educación que sepas mi nombre cuando yo no sé el tuyo?

Sonrío. — Me llamo Dominic.

Arruga las cejas. — Tengo un amigo en la escuela y también se llama Dominic. Aunque no es tan guapo como tú. — Intenta avanzar un poco, pero suelta un gemido frustrado cuando el cinturón de seguridad no se lo permite. — ¿Cómo debo llamarte?

— Dominic. Papá. Como tú quieras, pequeño.

— Te llamaré papá. — Se ríe alegremente. — Ahora yo también tengo un papá. — Patea el

respaldo de mi asiento. — ¿Papá?

Trato de contener la sonrisa que intenta abrirse paso, pero no lo consigo. Es fácil llevar una máscara inexpresiva con cualquier otra persona, pero no con este niño. Su presencia me llega al corazón de una manera tan tierna. Me recuerda los tiempos en que era un niño, sin el peso de la Cosa Nostra sobre mis hombros.

— Sí, pequeño.

Sus risitas llenan el coche. — ¿Papi?

Dios, este niño me hace palpitar el corazón. Supongo que esto es lo que se siente cuando uno se convierte en padre.

— Sí, hijo. — El calor se extiende por mi pecho.

Todavía parece como un sueño que tenga un hijo.

— Me siento bien llamándote papá.

Maniobro el coche hacia la concurrida carretera.

— ¿Añorabas tanto tener uno?

Asiente con la cabeza. — Todos mis amigos tienen papás. Y yo soy el único que no tenía uno. No tuve con quién jugar al fútbol la semana pasada.

Se me contrae el pecho, sabiendo que mi hijo debió haberse sentido tan solo sin mí.

— Ahora tienes a alguien con quien jugar al fútbol. — Quiero animarlo. — ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

Vuelve a sonreír y sus ojos azules brillan de felicidad. — Me encanta jugar a los videojuegos, visitar el zoológico y hacer cosas que hagan feliz a mamá.

La última es la que más me interesa. — ¿Qué cosas hacen feliz a tu madre?

Parece ensimismado durante un segundo.

— Noches de pizza con la tía Moira. Noches de palomitas y Bob Esponja conmigo... — se queda pensativo. — Pero creo que será más feliz si tiene un novio.

Paro el coche delante de la verja roja de su escuela. Salgo del coche y lo ayudo a levantarse.

— Mami será más feliz a partir de ahora.

Lucas levanta las cejas. — ¿Te gusta mi mamá?

— Mmmm. — Me pongo en cuclillas y le doy una palmadita en el hombro. — Sí, me gusta tu madre.

— ¿Eso significa que la harás feliz?

Asiento con la cabeza. — Lo haré. — Aún no estoy seguro de cómo, pero Elena dio a luz a nuestro hijo y lo crió sola.

No puedo ni empezar a imaginar lo duro que debió haber sido para ella, y aunque me acerqué a ella con intenciones que no eran tan nobles, no creo que pueda hacerle más daño del que ya le he hecho.

Saca el dedo meñique. — ¿Lo prometes?

No soy de hacer promesas, pero de todos modos enlazo mi dedo meñique con el suyo.

— Lo prometo. — *Lo que sea por mi hijo.*

Me sonríe y me abraza. Es tan pequeño y tierno. Estoy decidido a proteger a este pequeño ser humano con todas mis fuerzas.

Cuando me separo de él, le aliso el cabello. — Llegarás tarde si no entras ahora, amiguito.

— ¿Me recogerás más tarde?

— Si tu madre me lo permite — le digo.

Me estoy encariñando con este pequeño, y la idea de separarme de él; aunque sea un minuto me hace arder el pecho.

— Lo hará si la convences. — Me guiña un ojo y se pone en marcha. — Adiós, papá.

Lo saludo con la mano. — Adiós, campeón. — Espero a que entre para volver al coche.

Cuando mi motor ruge, el siguiente destino en mi mente es la oficina de Elena.

Tardo solo una hora en entrar en su despacho. Me lanza una mirada que indica que no me quiere aquí, pero la ignoro y me acomodo en la silla frente a su escritorio.

— ¿Qué haces aquí?

Me reclino en el asiento y me detengo un momento para contemplar lo jodidamente hermosa que es. Lleva el cabello rubio ceniza recogido en una apretada coleta y sus ojos color avellana se

dilatan cada vez que me mira.

— Tenemos asuntos pendientes — digo, pasándome una mano por el cabello.

Ella lanza un suspiro exasperado. — Si es por lo de anoche, te aseguro que no fue más que un error, ¿entiendes?

No le creo, pero esa no es la razón por la que estoy aquí.

— Gracias, Elena.

Su mandíbula se afloja como si no pudiera creer que le acabo de dar las gracias.

— Eres...

— Me has oído bien. — Me aclaro la garganta. — No debió haber sido fácil para ti cuidar de Lucas sola. Debería haber estado ahí para ti, pero no estuve. Así que, gracias por encargarte de todo tú sola.

Abre la boca para hablar, pero la vuelve a cerrar. — No sé qué decir, Dominic. Esto fue inesperado, y ser tan amable no va contigo.

Hago una pausa. — No necesitas decir nada. Solo necesitaba decírtelo, al menos una vez.

Me dirige una mirada. Y por primera vez, desde que volví a verla, sus ojos no están apagados y sombríos. Tampoco están llenos de años de resentimiento.

Son cálidos, como las recordaba antes de volver a Nueva York.

— Gracias. Ahora ya puedes volver a ser el mismo de siempre.

Contengo una sonrisa. — ¿Y cómo soy en realidad?

Sus hombros suben y bajan. — El que siempre es un imbécil. Arrogante y sabelotodo.

No sé cuándo fue la última vez que una risita escapó de mi garganta, pero ahora lo hace. — Y yo pensaba que aprendería a ser mejor hombre por ti.

Ella pone los ojos en blanco. — Sigue soñando, cabrón. Solo aprende a ser un buen padre para Lucas, es todo lo que te pido.

— ¿Y quién será bueno contigo?

Ella inhala profundamente. — Tengo a Lucas. Él será un buen hijo conmigo.

— Yo también puedo ser bueno contigo — le digo.

No me importa lo que diga o lo que piense. Quiero ser bueno con ella, porque es la madre de mi hijo y la única mujer a la que he amado.

Su mirada es intensa, y su silencio más fuerte que las palabras.

— ¿Por qué no quieres que sea bueno contigo? — pregunto.

Enderezo la espalda de la silla y me apoyo en su escritorio de caoba.

— ¿Estás enamorada de alguien más?

Sus ojos se posan en un bolígrafo plateado que tiene sobre su escritorio.

Lo toma y empieza a juguetear con él. — No es eso, Dominic.

— ¿Y entonces? — Mi estómago se retuerce de expectación.

No sé cuál será su respuesta, pero ya me sabe amarga. Si está enamorada de otro hombre, entonces tendrá que dejarlo ir.

— He oído demasiadas cosas sobre la mafia — dice, con la voz marcada por la preocupación. — Eso me asusta y tú eres el jefe de una de esas familias. No estoy segura de estar hecha para tu mundo y para los peligros que vienen con él...

Hace una pausa para respirar. — Tampoco quiero que nuestro hijo se relacione con hombres de ese mundo. Todos son unos asesinos, criminales y todo lo que odio.

— Hey. — Tomo su mano y la sostengo entre las mías. — ¿Me odias?

Levanta los ojos para encontrarse con los míos. — No, Dominic. No te odio. Incluso después de siete años, sigo sin poder odiarte.

El aire que nos rodea es tangible mientras froto su mano. He echado de menos tocar su piel suave y sedosa.

— No todos somos unos desgraciados sin corazón, ¿sabes? Bueno, yo sí, pero no todos son como yo. No puedes juzgarnos hasta que no conozcas nuestro mundo.

Retira su mano de la mía. — ¿Y si no quiero conocer nada de tu mundo? ¿Y si soy tan cobarde y no tengo el valor suficiente para hacerlo?

— Entonces no te obligaré. Solo quiero formar parte de tu vida y la de Lucas.

Ella enrolla sus labios inferiores entre sus dientes. — Dominic.... — Se detiene cuando suena mi

teléfono.

*Quienquiera que sea, más vale que rece para que el motivo de su llamada sea realmente algo serio.*

El número de Marcus parpadea en mi pantalla cuando saco el teléfono de mi bolsillo.

— Hermano — dice en cuanto contesto.

Marcus suele ser tranquilo, pero noto un pánico apenas perceptible en su voz.

— ¿Qué sucede?

— Algo no está bien, tienes que venir al almacén. — Cuelga la llamada antes de que pueda hacer más preguntas, aunque tampoco las habría hecho.

La preocupación empaña el rostro de Elena. — ¿Hay algún problema?

Me pongo en pie y me aliso la camisa. — Dile a Lucas que siento no poder recogerlo hoy. Y que le llamaré esta noche.

Mi teléfono suena justo cuando salgo del despacho de Elena. Recibo una foto de un número no registrado. Cuando la pulso, mis ojos se abren de par en par.

Hay una mujer en la foto, aún no estoy seguro de quién es, pero se me revuelve el estómago al ver el charco de sangre que le rodea.

Unos ojos ciegos me miran fijamente cuando amplío la imagen de su cara y veo que tiene una incisión evidente en el cuello por la que la sangre había brotado como el agua de una fuente.

Es entonces cuando la reconozco. Es Caterina, y ha sido asesinada.

# Capítulo X

# Dominic

— Anoche desapareció otro cargamento — dice Marcus, haciendo girar su cuchillo dorado entre los dedos.

No menciona a Caterina, pero sé que está tan furioso como yo por su muerte.

Para Marcus, Caterina no era más que una puta, pero también era una mujer, y una que no tenía nada que ver con la mafia. Quien la mató debió hacerlo para enviar un mensaje.

— Alguien quiere jodernos, jefe. Tengo la sensación de que son esos malditos bastardos de la Bratva — dice Dante, con los puños apretados.

Dante jura que los de la Bratva tienen algo que ver con el atentado, y yo también sospecho que tienen algo que ver. Aún así, tampoco puedo fiarme de la Camorra.

En nuestro mundo, la confianza es el billete más barato a la tumba.

La música se filtra en la oficina a través del pequeño hueco de la puerta de mi despacho desde la pista de baile del club principal. Aunque no suele importarme, necesito silencio para poner en orden mis pensamientos.

Giro la cabeza hacia Marcus. — ¿Cuándo llega Victor Valentes?

Marcus mira su reloj. — Debería haber llegado hace cinco minutos.

Marcus exigió una reunión con Valentes cuando volvimos del puerto hace una hora. La ira me quema las venas, haciéndome estremecer por dentro por el hecho de que el bastardo ruso se atreva a hacerme esperar.

Me estremezco por las ganas que tengo de matar, y que Dios me ayude a no empezar otra guerra esta noche.

La puerta se abre y entra uno de mis guardaespaldas. — Victor Valentes está aquí, jefe.

Le hago una señal para que lo deje pasar.

El guardaespaldas se marcha y cierra la puerta tras de sí. Menos de un minuto después, Victor entra al despacho. No sé qué odio más, si el olor a alcohol y marihuana que destila o al cabrón

que lo acompaña.

Victor me sonríe mientras toma asiento frente a mi mesa y su hijo se sienta a su lado.

— Nunca pensé que llegaría el día en que Dominic Romano solicitaría mi presencia — dice con una risita asquerosa.

Victor tiene sesenta años. Es un hombre alto y delgado, calvo y con una cara que me dan ganas de escupir. Sus ojos oscuros hacen juego con el órgano oscuro de su pecho al que llama corazón.

— Debes sentirte el hombre más afortunado del mundo — le digo, observando cada uno de sus movimientos como un halcón. — No todos los días puedes sentarte ante la grandeza.

Vuelve a reírse y aprieto los puños.

Quiero arrancarle la garganta. — ¿A qué debo esta invitación?

— No es una invitación si tenemos en cuenta que podría matarte justo donde estás sentado. — Miro a mi hermano que está furioso en silencio. — Estoy seguro de que estas al tanto de las noticias.

Arquea las cejas. — ¿Qué noticias?

*El maldito sabiondo se hace el tonto conmigo.* — Mi cargamento ha desaparecido, y una chica de mi club fue encontrada muerta en el bosque.

Victor se toca la barba, haciendo un sonido de «*hmm*» mientras escucha y espera a que termine.

— No sé nada sobre tu cargamento que ha desaparecido, Dominic.

— ¿No sabes? — pregunta Marcus, con las venas crispadas, pero se las arregla para mantener la calma.

Su capacidad para actuar correctamente bajo presión es una de las razones por las que ha sido capaz de triplicar nuestra riqueza. Y haber nacido con un buen cerebro es la segunda razón.

— Sí, hijo. No lo sé.

— No soy tu maldito hijo — ruge Marcus. — Y será mejor que nos digas la verdad.

Una sonrisa socarrona deforma el rostro de Victor. — ¿Estás enfadado porque tu cargamento ha desaparecido o porque han matado a tu puta?

Los ojos de Marcus se oscurecen. — Cuidado con lo que dices, Victor.

— Oh, lo siento. — Victor finge compasión. — Supéralo, hijo. Solo era una puta, estoy seguro de que tendrás otra el viernes. Si es un coño más dulce lo que quieres, entonces puedo conseguirte a alguien.

Mis puños se crispan. *Ya he tenido suficiente.* Además, odio la manera en que Victor está tratando de irritar a Marcus.

— Ya fue suficiente de tu parte, Victor.

— Perdona mis modales, Dominic. Me parece que tu hermano no recibió el entrenamiento básico para convertirse en un hombre hecho. Está enfurruñado por un pedazo de coño muerto.

— Maldito viejo — sisea Dante. — Quisiera matarte ahora mismo.

El hijo de Victor, Matteo, se pone en pie. — Cuidado con lo que dices, imbécil.

Dante le dedica una sonrisa atrevida. — ¿O qué? Correrás detrás del cretino de tu padre para esconderte, ¿eh?

— Te arrancaré la boca por hablarle a mi padre en ese tono.

Agarro el cuchillo de Marcus y se lo lanzo a Matteo. — Bien.

Matteo aparta la mirada de Dante y la dirige hacia mí.

Me mira a mí y al cuchillo con confusión.

— Intenta ver si puedes arrancarle la boca. — Apuesto a que ni siquiera daría tres pasos antes de que su cadáver se estrelle en el suelo como un estúpido saco de patatas.

Matteo no se mueve ni un milímetro. Tampoco recoge el cuchillo.

— ¿No puedes? — Suspiro, con una nueva oleada de furia hirviendo en mi estómago. — Ya me lo imaginaba. Patea el cuchillo hacia mí, muchacho.

Matteo se encoje ante la mirada decepcionada de su padre. Patea el cuchillo en mi dirección.

— Bien. Ahora sienta tu maldito trasero.

El comportamiento de Matteo es tan tormentoso como un nubarrón, pero no se atreve a ir en contra de mis órdenes. Suelta lo que supongo que es un gruñido furioso antes de arrimar el trasero a la silla como un buen cachorro. El chico a duras penas es un hombre.

— No voy a volver a repetirlo, Victor, así que escúchame bien. — La amargura me quema la

garganta, abriéndose camino desde mi estómago. — Te arrepentirás si alguna vez descubro que me has mentido esta noche.

La ira brilla en los ojos de Victor. No se ha tomado muy bien mi advertencia, no tiene por qué hacerlo. Lo que importa es que se adhiera a ella porque estoy diciendo muy en serio cada maldita palabra que acabo de decir.

— Por supuesto. No me atrevería a ir contra ti. Recuerdo la guerra de hace quince años, y todo lo que perdí. No quiero ni imaginármelo por segunda vez.

— Todos hemos perdido algo o a alguien — dice Marcus. — Asegurémonos de que no vuelva a ocurrir. Una cosa más, no debes tomar partido si se produce una guerra entre la Cosa Nostra y la Bratva.

— No lo haré.

— Bien. — Me dirijo al minibar que está en el rincón de mi despacho, tomo un vaso y una nueva botella de whisky, y me sirvo una raya de bebida. — Esta reunión ha terminado.

Victor empieza a marcharse; pero llama mi atención cuando se detiene junto a la puerta. — ¿Has vuelto para quedarte, Dominic?

No volteo para mirarlo. — He vuelto para poner las cosas en su sitio. — *Es decir, yo en mi trono, y todos los demás por debajo.*

La puerta se abre y luego se cierra. La habitación permanece en silencio, la tensión persiste en el aire.

— ¿Qué piensas, hermano? — pregunta Marcus, rompiendo el silencio.

*Creo que estamos metidos en un buen lío.*

Pero no digo eso. Marcus ya sabe que los peores enemigos son los que no puedes ver.

— A partir de ahora, no podemos confiar en nadie. — Llevo la bebida a mi escritorio. — Dile a Vincent que vuelva a casa. A partir de este momento, debemos estar en guardia.

— Sí, hermano. — Marcus se levanta y se acerca a mi escritorio.

Toma mi vaso, se bebe el whisky de un trago y deja el vaso vacío sobre la mesa.

— ¿Qué piensas hacer con tu hijo?

— ¿Hijo? — Dante entrecierra los ojos, suplicando una explicación. — ¿Qué hijo?

— Tiene un hijo con esa mujer. Elena. — Marcus sonríe y palmea a Dante en el hombro. — No lo tomes a mal, compañero. Yo descubrí que era tío ayer.

Dante tarda un momento en procesar lo que acaba de oír. — ¿Entonces yo también soy tío?

— Ya te gustaría. El niño es mi sobrino. Mío y de Vincent. — Mira a Dante de pies a cabeza. — Solo eres un tipo que trabaja para su padre.

Dante se aprieta el pecho en tono burlón. — Eso duele, hombre. Pensé que éramos familia.

— Ni de broma — le dice Marcus antes de volver a centrar su atención en mí. — Dime qué quieres que haga, hermano.

Solo se puede hacer una cosa. — Reforzar la seguridad alrededor de mi hijo y de su madre. Asegúrate de vigilar a todas las personas que los rodean. Y, por favor, vigílalos tú mismo.

Marcus asiente. — Cruzaría el océano por ti, hermano. Mantener a salvo a tu familia no es nada. Confía en mí.

— Confío en ti. — Volteo hacia Dante. — Averigua en qué club está desperdiciando su vida Vincent y arrástralo a casa. Rómpele las piernas si es necesario, pero lo necesito vivo.

Dante se levanta y se acaricia la camisa. — Confía en que lo haré. — Sé que lo hará.

A Dante le disgusta aún más el estilo de vida de Vincent que a mí.

Marcus y Dante me saludan con la cabeza y se van. La música sube de volumen cuando abren la puerta y se reduce a un susurro cuando se cierra tras ellos.

Una vez a solas, mis manos vuelven a cerrarse en puños y dejo que aflore mi ira.

Se avecina una guerra, y viene hacia nosotros con toda su fuerza. Puedo sentirla, saborearla y olerla a medida que se acerca. El hedor de la sangre, el vulgar sabor de la muerte y la ominosa sensación de almas que se alejan de sus cuerpos.

Han pasado quince años desde la última guerra, y yo había jurado mantener a todos a salvo después de perder a mis padres.

Los hombros se me ponen rígidos cuando me doy cuenta. Tengo mucho más que perder si hay una guerra. Acabo de encontrar a mi hijo y a Elena, y necesito mantenerlos a salvo.

A pesar de que Caterina no era la debilidad de Marcus, fueron por ella. Con toda certeza también irán por Elena y Lucas si los descubren. Ellos son mi mayor debilidad ahora, y mis enemigos aprovecharían cualquier oportunidad para usarlos como cebo para atraerme.

Pueden intentarlo, pero no lo conseguirán porque estoy decidido a mantenerlos a salvo. Y no me importa si tengo que arriesgar mi vida para hacerlo.

***

— Estás bromeando, ¿verdad?

Elena deja de sonreír cuando ve lo serio que estoy. Después de mi encuentro con Victor anoche, había pensado en un plan mejor para mantenerla a salvo a ella y a Lucas.

*Tienen que mudarse conmigo.*

Después de llevar a Lucas a la escuela esta mañana, volví a casa de Elena para ponerla al corriente de lo que estaba sucediendo. Por supuesto, no le conté lo del asesinato de Caterina. Elena no tiene ni idea de quién es Caterina, y solo se asustaría si le dijera que han asesinado a alguien.

— Dominic, sabes que eso no es posible, ¿verdad? — Ella sacude la cabeza. — No podemos mudarnos contigo.

— No te estaba preguntando si puedes. Te estoy diciendo que lo hagas.

— No. — Se pasa los dedos por el cabello. — Lucas y yo no tenemos nada que ver con la mafia o lo que sea que esté sucediendo contigo. ¿Por qué tenemos que sufrir por ello también?

Ella no lo entiende, y yo me estoy volviendo loco intentando que lo comprenda.

Una cosa que me encanta de Elena es su terquedad, pero no estoy seguro de cómo me siento con ese rasgo suyo ahora mismo.

— No lo entiendes, Elena. Lucas es mi hijo y tú eres su madre. Esa es razón suficiente para que alguien quiera hacerles daño.

— Pero eso nadie lo sabe — dice Elena.

— Claro. Nadie lo sabe aparte de mis hermanos y yo, pero algunas cosas no permanecen ocultas mucho tiempo, sobre todo cuando los interesados son unos malditos desalmados que no se detienen ante nada para aprovecharse de mi vulnerabilidad.

Se apoya en la isla de la cocina. — No lo sé, Dominic. No puedo vivir el resto de mi vida con miedo. Además, quiero que Lucas tenga una vida normal como cualquier otro niño.

— Lucas no es cualquier otro niño, *mio cara.* Tú tienes uno de los negocios más grandes de Nueva York, y yo soy multimillonario. Nunca estuvo destinado a ser un niño normal.

— Quizá tengas razón —admite ella, exhalando un suspiro— pero al ser nuestro hijo su vida ya es bastante dura y esto solo lo empeorará. Lo siento, pero no puedo mudarme contigo.

Aprieto el borde del mueble mientras un gruñido retumba en mi pecho. Estoy exasperado y la rabia fluye por mi torrente sanguíneo. Estoy a punto de levantarla y llevarla al coche. O encerrarla en una habitación hasta que recupere la cordura.

En lugar de eso, intento respirar hondo, recordándome a mí mismo que debo mantener la calma. Elena no tiene ni idea de lo letal que es el mundo de la mafia; ni de lo perversos que pueden llegar a ser mis rivales.

*Ten paciencia, Dominic. Cálmate.*

— Bien. — Miro por la ventana y luego cada rincón de la cocina para ver dónde puedo instalar cámaras ocultas. — Si no quieres hacerlo a mi manera, entonces lo haremos a tu manera.

Cambia su peso a la otra pierna. — ¿A mi manera?

— Tendrás guardaespaldas a tu alrededor cada minuto del día — le explico.

No era mi intención que mi voz sonara tan ronca como lo hace, pero estoy demasiado preocupado como para que me importe.

— Eso también se aplica a Lucas.

— ¿Guardaespaldas?

Se burla y me mira como si me hubiera vuelto loco. Puede que sí.

— De ninguna manera.

— Sí, así será.

— ¡No! — Se aleja hacia la sala de estar, su ira la impulsa hacia adelante. — Esto no funcionará, Dominic.

La sigo. — Mi palabra es definitiva. No discutiremos más sobre esto. Ah, y solo tienes tres días para aceptar mudarte conmigo.

Se cruza de brazos y da golpecitos con el pie, enfadada. — ¿O qué?

— O te llevaré conmigo, quieras o no.

— ¡No puedes hacer eso! — me reprocha. — No tienes derecho a decirme lo que debo o no debo hacer. No soy una subordinada tuya a la que puedes dar órdenes, Dominic.

*Dios, esta mujer*. — No, no lo eres. Pero tu seguridad me importa más que nada, *mio cara*, por eso estoy haciendo esto. — Doy un paso adelante y le acaricio las mejillas. — Hey. — Sus ojos color avellana brillan con lágrimas cuando los levanto para que me miren.

Tiene miedo, y no la culpo por eso. Me culpo a mí mismo. No debería haberla metido en este lío hace siete años, pero ya no hay vuelta atrás. No cuando mis enemigos me están pisando los talones.

— Escucha, *mio cara*. Todo va a salir bien. — La acerco para que apoye la cabeza en mi pecho y le rodeo la cintura con el brazo. — Voy a mantenerlos a salvo a Lucas y a ti, aunque sea lo último que haga, maldición. Todo lo que quiero es una oportunidad para demostrártelo.

Resopla mientras se aparta. — Lo pensaré, pero no te prometo nada. — Sus ojos se desvían detrás de mí. — ¿Puedo al menos tener algo de privacidad de los guardaespaldas que están afuera? No me gusta que me vigilen las veinticuatro horas del día.

Miro a mi alrededor y compruebo si hay alguna posibilidad de que alguien se cuele por las ventanas. Me alivia comprobar que hay rejas verticales en todas las ventanas.

— Con una condición.

Ladea la cabeza y levanta las cejas. — Me estás tomando el pelo.

— No lo estoy haciendo. — Odio el fastidio que se dibuja en su rostro, pero lo ignoro. — Llevaré a Lucas a la escuela todas las mañanas, y mi hermano pasará la noche aquí hasta que estés lista para mudarte.

— Pensé que podía decidir si me mudaba o no.

— Puedes, pero tus opciones siguen siendo las mismas. — Le paso un dedo por la cara.

Su piel es sedosa y fría, quiero envolverla en mis brazos hasta que se duerma esta noche, pero me temo que no puedo.

He quedado con Peterson dentro de una hora. — Te mudarás conmigo.

No me lo esperaba, pero cuando se ríe, llena el aire y me arranca una sonrisa.

— Supongo que es bueno que no hayas cambiado nada.

— Tú tampoco has cambiado mucho.

Me toca el hombro. — La elección sigue siendo mía. Te lo haré saber cuándo me haya decidido, a menos que planees sacarme de aquí como a una muñeca.

*Lo haré si es necesario.*

Pero no se lo digo. En lugar de eso, me inclino y le planto un ligero beso en la frente.

— Te llamaré más tarde. — Cuando retrocedo, veo que tiene los ojos cerrados mientras absorbe mi beso.

Estoy a punto de irme cuando me agarra del brazo. — No dejes que te maten, Dominic.

Le sonrío. — No soy un hombre fácil de matar, *mio cara.*

En cuanto salgo de la casa y me meto en el todoterreno, llamo a Marcus.

Atiende el teléfono en cuanto entra la llamada. — Hola, hermano.

— Hola. — Me paso el dedo por la barba. — ¿Dónde estás?

— En la mansión Romano — responde. — Vincent acaba de llegar a casa. ¿Quieres que haga algo por ti?

— Necesito más seguridad alrededor de la casa de Elena.

— Ya hay suficiente seguridad allí.

*Suficiente.* Odio esa palabra. Le ordenaría a cada uno de mis hombres que se quedaran alrededor de su casa si fuera necesario.

— Solo haz lo que te digo. Y trae tu trasero aquí antes de la medianoche, pasarás la noche aquí.

— ¿Qué?

— Ya me oíste. — Cuelgo antes de que pueda expresar la evidente protesta notoria en su voz.

No le gustará la idea de dormir lejos de casa, pero no me importa si le gusta o no. Es la única persona a la que le confiaría mi vida, y la de Elena.

Estoy acostumbrado a controlar y manipular todo y a todos lo que me rodean, y eso es lo que me motiva esta noche. Me alimenta la necesidad de proteger lo que es mío, y que Dios me ayude si alguien se atreve a tocar un mechón de cabello de cualquiera de sus cabezas.

No me importa si el cabrón se mete en el agujero más oscuro y profundo del planeta, quemaría el resto del mundo para encontrarlo.

# Capítulo XI

# Elena

— Es tan sexy — susurra Moira, acercando su silla hacia mí con los ojos clavados en el hombre sentado en uno de los sofás de la sala de estar. — ¿Quién es?

Miro a Marcus. Tiene los mismos ojos azules penetrantes, el mismo cabello negro como el ónice y la misma mandíbula afilada que Dominic, pero mientras que Dominic absorbe la energía que le rodea y la transforma en un aura oscura, la presencia de Marcus solo hace que me inquiete de sobremanera.

Tienen las mismas caras desprovistas de emoción, pero no me derrito ante la intensidad de la mirada de Marcus. Lleva una camisa negra y unos pantalones de vestir negros que estoy segura de que son de una de las tiendas de diseñador más caras, pero a diferencia de Dominic, no está obsesionado con meterse dentro de una chaqueta de traje.

Me muerdo una sonrisa porque creo que Dominic tiene una obsesión con los trajes. Me lo imagino enloqueciendo si decidiera esconder todas sus chaquetas de traje.

Aunque nunca he visto joyas en Dominic, aparte del anillo de oro que rodea el dedo índice de su mano derecha, Marcus lleva llamativos anillos de diamantes y granates en los dedos. También lleva un brazalete de acero inoxidable con un león y un escudo grabados, igual que en el anillo de Dominic.

— Es el tío de Lucas — murmuro.

Los ojos de Marcus se cruzan con los míos y rápidamente miro hacia otro lado.

Sin embargo, Moira mantiene la mirada clavada en él. Se está relamiendo y salivando ante un hombre que ni siquiera se inmutaría antes de matar a una persona. Mis hombros se hunden porque tampoco soy mejor que ella.

Estoy a punto de volverme loca cada vez que estoy cerca de Dominic. Se ha burlado tanto de mí por haberle enviado ese mensaje la otra noche, aunque no es que me importe. El problema, sin embargo, es que me duele el cuerpo de tanto deseo cada vez que estoy cerca de él y solo quiero

que me arranque la ropa y me coja bien duro.

Sé que no debería tener ese tipo de pensamientos con él, pero no puedo evitarlo. El calor me recorre la espalda solo de pensar en él.

— No me dijiste que Dominic tenía un hermano tan guapo. — Se abanica con la mano como si la habitación no estuviera helada.

Si no lo está, quizás los escalofríos que me recorren la espalda se deban a las dos horas que llevo pensando en la oferta de Dominic.

No, no es una oferta. Más bien es una orden.

Siseo y aprieto los puños. *Debe pensar que soy uno de sus muchachos.*

Dado lo mucho que Moira odia a los brutos, me sorprende que esté babeando por Marcus como pan recién horneado. Cuando llegó hace una hora, Marcus se había negado a dejarla entrar sin registrar minuciosamente su bolso. Incluso le pidió que se quitara los zapatos, el sujetador y cualquier otra prenda en la que pudiera haber un arma escondida.

Mis súplicas para que la dejara entrar eran como verter agua sobre roca, nada de eso logró convencerlo.

Mientras sus manos la registraban, Moira le había dicho. — Mucho cuidado donde tocas. No querrás que me haga una idea equivocada.

La respuesta de Marcus solo fueron cuatro palabras que consiguieron silenciar a Moira durante treinta minutos luego de haberlas pronunciado.

— No eres mi tipo.

Solté una risita porque habían sido muy graciosos. No me gusta la ficción, pero había sonado como si fueran enemigos que pronto serían amantes. Pensándolo bien, dudo que eso llegue a ocurrir. Marcus no me parece el tipo de hombre que se enamoraría jamás.

— Eso es, quizás; porque es la primera vez que lo conozco. — Había oído hablar de Marcus y Vincent cuando salí con Dominic hace siete años, pero es la primera vez que conozco a Marcus en persona.

Tampoco conozco a Vincent, pero imagino que es igual a sus hermanos.

Ella me agarra del brazo y me lo aprieta. — Preséntanos.

— No.

— Por favor. — Pega su cara a la mía.

Le pongo un dedo en la frente y le alejo la cara. — No. ¿No has visto lo frío que ha sido contigo antes? También es parte de la mafia, y no creo que quieras involucrarte en algo así.

— ¿Involucrarme en qué? ¿En tener hombres guapos protegiéndome las veinticuatro horas del día? — Se ríe. — Nena, no me importaría si eso es lo que se necesita para meterlo en mi cama.

Sacudo la cabeza. Ya debería estar acostumbrada, pero todavía me sorprendo cada vez que Moira dice alguna de sus locuras.

— Conejita calenturienta.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe. — ¿Quién no querría estar cerca de un tipo así? Ahora veo qué es lo que ves en Dominic.

Entrecierro los ojos hacia ella. — ¿Qué es lo que veo en Dominic? ¿Y no estabas enamorada de él también?

— ¿Abdominales firmes y una espalda en la que me muero por clavar las uñas mientras me coge? — Me da un codazo con el hombro y me guiña un ojo. — Sí, me gustaba Dominic, pero solo por un tiempo. Dominic es tuyo, y su hermano está mucho más guapo.

*Dominic es tuyo.*

*Dominic es mío.*

Las mariposas adquieren alas en mi estómago y juraría que están aleteando dentro de mí. Me muerdo una sonrisa tímida, pero no puedo evitar que las palabras de Moira resuenen en mi cabeza.

No sé si quiero que Dominic sea mío, pero la idea de que lo sea es tentadora.

Casi me caigo del asiento cuando Moira me pasa la mano frente a la cara.

— ¿Hay alguien en casa, Elena?

Jadeo y trato de fingir que no estaba ensimismada. — Estaba... escuchando.

— ¿Ah, sí? — Moira apoya los codos en la mesa y se inclina hacia mí. — ¿Y qué piensas de lo

que dije?

— Yo... — Hago girar los labios entre los dientes. — Lo siento. No estaba escuchando.

— Déjame adivinar. Estabas pensando en Dominic, ¿verdad?

Cielos. Odio que me lea como si fuera un libro abierto.

— Estaba, pero no es lo que piensas. Te lo prometo.

Su cara se transforma en una sonrisa traviesa. — ¿Qué crees que estoy pensando?

Me río cuando mueve las cejas para burlarse de mí.

— Bueno, es lo que estás pensando. — Inhalo y exhalo profundamente. — Dominic me pidió que me mudara con él.

A Moira se le salen los ojos de las órbitas. — ¿Qué? — Mira a Marcus, que ahora está ocupado mostrándole algo a Lucas en su teléfono.

*Ojalá no sea nada de la mafia.*

— ¿Y eso cuándo fue?

— Ayer. — Me paso los dedos por el cabello. — Aunque no te emociones demasiado, no es porque me esté pidiendo que me case con él ni nada de eso.

— ¿Entonces por qué?

— Por todo el asunto de la rivalidad. No conozco los detalles, pero cree que es más seguro para Lucas y para mí si nos mudamos con él.

Parpadea rápidamente y arruga la cara. — ¿Y qué le dijiste?

Me encojo de hombros. — ¿Qué otra cosa? No puedo mudarme con él.

No le digo que la razón por la que no quiero es porque acabaría enamorándome de Dominic otra vez. Tampoco le digo que tengo una extraña obsesión por desobedecer a Dominic. Ya era así cuando éramos novios.

Mis mejillas se calientan cuando los recuerdos de hace siete años pasan por mi mente. He echado de menos la forma en que Dominic me castigaba cuando no me portaba bien. Me volví adicta a sus castigos, y las adicciones no son fáciles de superar.

*¿Qué me pasa? Me he convertido en una mujer muy caliente de la noche a la mañana.*

Moira me escucha con los ojos muy abiertos.

— Elena. — Es cautelosa cuando pronuncia mi nombre y me pone el dorso de la palma de la mano en la frente. — ¿Estás enferma?

Mis cejas se levantan. — No lo estoy. ¿Por qué preguntas?

— Porque creo que lo estás. — Alarga el cuello hacia Marcus y Lucas, y luego de vuelta hacia mí. — Sé que aún no has superado lo de Dominic y que intentas luchar contra lo que sientes por él, pero ¿no crees que estás siendo una estúpida al anteponer tu ego ante tu seguridad y la de Lucas?

Bajo la mirada hacia la parte superior de la mesa del comedor avergonzada. Moira tiene razón. Admito que estoy siendo una estúpida al anteponer todo lo demás a nuestra seguridad. También admito que temo volver a enamorarme de Dominic... si es que ya no lo estoy.

Me toma la mano y pone la suya sobre la mía. — Sé a lo que le temes y créeme, es preferible eso, a que Lucas salga lastimado. Nunca te lo perdonarás si eso ocurre.

— Tienes razón. — Hago una pausa y resoplo. — Lucas es lo más importante. — *Y yo debería intentar ignorar mis sentimientos por Dominic.*

Sonríe y me da una palmadita en la mano. — Bien. Ahora ven y preséntame al tío guapo de allí.

— ¡No puede ser!

— ¡Sí! — Se levanta y me arrastra de la silla hasta la sala.

Lucas sonríe cuando nos acercamos y contrasta con el ceño fruncido de Marcus.

Moira me empuja al sofá de enfrente y se sienta a mi lado, sonriendo como una colegiala que acaba de ver a su amor.

Como no la presento de inmediato, me da un codazo con el hombro.

— ¡Vamos! — susurra.

Suspiro y pongo los ojos en blanco. — Bien — le susurro. — Moira, este es Marcus, el tío de Lucas. — Hago un gesto hacia Lucas. — Marcus, esta es mi mejor amiga, Moira.

Moira le tiende la mano a Marcus para estrechársela. — Encantada de conocerte, Marcus.

Marcus le mira la mano y luego arrastra sus gélidos ojos hasta su cara. — No le doy la mano a

las mujeres.

Moira resopla y retira la mano. — No eres uno de esos bastardos misóginos, ¿o sí?

— No toco a las mujeres a menos que las esté protegiendo o cogiendo. — Dice con una expresión muy seria en la cara.

Aunque no espero que Marcus sonría, su voz es ronca mientras lo dice, así que definitivamente no es una broma.

Moira y yo compartimos una mirada y ambas nos sonrojamos. Tardo un momento en mirar a Lucas y recordar que está en la sala.

— Dios Santo. Cielos. Nada de lenguaje explícito ni palabrotas cerca de Lucas.

Lucas se ríe. — No pasa nada, mamá. Ya no soy un niño.

Ensancho los ojos ante mi hijo. — No. Tú eres un niño y no deberías estar escuchando conversaciones de adultos. Es hora de irse a la cama. Mañana tienes escuela.

Frunce el ceño. — Mamá...

— Vete. ¡Ahora!

Se levanta, hace un mohín y se dirige a regañadientes a su habitación.

Arrastro mi atención hacia Moira y Marcus. — Deben tener cuidado con Lucas. Los niños de hoy en día aprenden cosas malas muy rápido.

Moira me dedica una sonrisa ladeada. — Eres tan buena madre.

Marcus estira la mano sobre el brazo del sofá. — Yo tenía su edad cuando tuve mi primera relación sexual y solo unos años más cuando maté por primera vez.

Se me cae la mandíbula y me recorre la incredulidad. — Me estás tomando el pelo.

— Pregúntale a Dominic. Estoy seguro de que te quedarás atónita cuando descubras que con él también fue así.

— ¿Por qué alguien se acostaría con un...? — me interrumpo.

No creo tener fuerzas para soportar una conversación así. Moira, por su parte, parece tan intrigada por la conversación que se inclina hacia delante y apoya los codos en las piernas.

— ¿Qué edad tenías cuando mataste por primera vez?

— Once.

Ella jadea. — ¿Mataste a un hombre a los once años? ¿Qué se siente al matar a un hombre por primera vez?

Los ojos de Marcus se oscurecen como si estuviera muerto por dentro. — Sientes miedo. Te tiemblan las manos y te tiemblan las piernas porque acabas de quitar una vida. Eso es lo que sentiría una persona normal en su primer asesinato.

No sé por qué pregunto. — ¿Y tú cómo te sentiste?

— Feliz.

Me estremezco y retrocedo, él se da cuenta y sonríe satisfecho. — Nuestro mundo no es igual que el resto del mundo. El asesinato es un pecado terrible para gente como tú, pero para nosotros es una cuestión de orgullo. Todos los chicos quieren convertirse en hombres hechos y matar es la única forma de conseguirlo. Algunos lo logran mucho antes y se convierten en el orgullo de su padre.

— ¿Y aquellos que no pueden? — pregunta Moira.

— Son débiles y no son bienvenidos en nuestro mundo.

— ¿Y Dominic? — Me oigo preguntar, sin saber por qué me preocupa. — ¿Qué edad tenía cuando mató a alguien por primera vez?

— Tenía nueve años. Mi hermano es bueno con las armas. Mejor que cualquiera que conozca. — Me nota algo inquieta y sus labios se curvan hacia un lado. — ¿Tienes miedo? Quieres a mi hermano, pero te preocupa que no sea el caballero con el que siempre soñaste.

— No lo quiero.

Se burla. — ¿Conoces la primera regla para seguir vivo en la mafia? — Responde cuando niego con la cabeza. — Leer el lenguaje corporal. Tendrás mejor suerte engañándote a ti misma que a mí.

Rompo el contacto visual e inhalo profundamente. — Tengo que ver cómo está Lucas. — Siento los ojos de Marcus clavados en mí mientras salgo disparada de la sala y corro escaleras arriba.

Lucas está dormido cuando llego a su habitación y enciendo la luz. Ronca suavemente, con una

pierna metida en la manta de Bob Esponja y la otra colgando de la cama. Le vuelvo a meter la pierna debajo de la manta y la cama se hunde bajo mi peso mientras me siento en el borde y observo a mi hijo anonadada.

Cuesta creer que un hombre como Dominic y yo hayamos creado a un niño como Lucas. Es ingenioso, inteligente y amable. Se remueve mientras duerme y unos mechones de cabello oscuro caen en cascada sobre su frente. Le retiro el cabello y le paso un dedo por la piel, con el pecho hinchado de orgullo.

— ¿Qué te parece si vivimos con tu papá, Lucas? ¿Te gustaría? — le susurro.

Lucas vuelve a agitarse y envuelve mi mano con la suya. Tenía cinco años la última vez que compartí la cama con él. Echo de menos aquellos días en los que solo era un bebé. Es triste lo rápido que crecen.

Antes era un bebé que lloraba para que le prestara atención, luego se convirtió en un niño pequeño que me seguía a todas partes y, de repente, es un hombrecito que prefiere pasar el rato con sus amigos que conmigo.

Me tumbo a su lado, observándolo maravillada y absorta en mis pensamientos, hasta quedarme dormida.

Es casi medianoche cuando me despierto y salgo a hurtadillas de la habitación para no despertar a Lucas. Marcus está sentado solo en la sala cuando bajo por un vaso de agua.

— ¿Dónde está Moira?

— Estoy aquí para protegerte a ti y a Lucas, no a ella.

Arrugo las cejas. Es un imbécil.

— ¿Siempre tienes que ser tan grosero? Puedes decir simplemente que se ha ido a dormir.

— No me digas lo que tengo que decir.

— No, no lo hago, pero no siempre tienes que sonar como si estuvieras a punto de matar a alguien.

Su mandíbula se tensa y aprieta los dientes. — Quizá si hicieras lo correcto y te mudaras con mi hermano, no tendría que estar aquí cuidándote.

La ira se apodera de mí como un torbellino. — Yo no pedí que estuvieras aquí. No necesito que me cuiden. Puede que lo hayas olvidado, pero, en primer lugar, tú y tu hermano son la única razón por la que estoy metida en este lío.

Marcus cierra el puño y lo golpea contra el sofá que tiene al lado. En un segundo, está frente a mí y doy un paso atrás, con el corazón latiéndome con fuerza mientras un sudor frío me cubre el cuerpo.

— Conozco a Dominic de toda la vida, Elena. Puede que pienses que es un monstruo, pero ese monstruo nos protegió a Vincent y a mí toda la vida.

El pánico me revuelve el estómago, pero no me echo atrás. — ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

— Todo — gruñe en voz baja, lo que me produce escalofríos. — Dominic nunca miente. Si te está protegiendo es porque le importas. Nunca le he visto preocuparse tanto por nadie y estoy jodidamente enfadado porque lo tomas por estúpido.

— No. — Me atrevo a dar un paso adelante. — No dejaré que me hables así en mi propia casa. Tu hermano me utilizó, me ocultó la verdad sobre la mafia. Si hay alguien que tomó por estúpido al otro, es él.

— ¿Habría cambiado algo si te hubiera dicho la verdad hace siete años?

Como no contesto, sonríe. — Ya me lo imaginaba. Probablemente no te lo dijo porque sabía que eras una cobarde. — Da un paso atrás y vuelve al sofá.

Le miro fijamente durante minutos y mi rabia se mezcla con la realidad dándome una patada en el estómago porque sé que Marcus tiene razón. Soy una maldita cobarde y habría huido de él en el momento en que lo conocí de haber sabido la verdad.

Voy corriendo a mi habitación, cierro la puerta y me tumbo en la cama. Me quedo mirando al techo la mayor parte de la noche, consumida por mis propios pensamientos y el peso de la decisión que debo tomar.

Pero antes de dormirme, ya mi decisión está tomada.

Me mudo con Dominic.

# Capítulo XII

# Elena

Mi mandíbula se mantiene abierta y se niega a cerrarse mientras contemplo la gran magnitud de la mansión de Dominic. La sala de estar es elegante y lujosa. La decoración no es muy colorida, pero de buen gusto y costosa.

Del techo cuelgan arañas de cristal que proyectan un resplandor dorado sobre la sala y producen un reflejo prismático en los suelos de granito blanco.

Costosas obras de arte adornan las altas paredes y lujosos muebles de terciopelo ocupan la mayor parte del salón. Su casa es impresionante e intimidante al mismo tiempo.

— ¡Vaya! — Lucas jadea mientras mira a su alrededor.

Dominic le sonríe, sus ojos azules brillan con diversión. — ¿Te gusta?

Lucas corre hacia uno de los sofás de color blanco y empieza a saltar sobre él. — ¡Es perfecto!

— Bien, ahora veamos si a tu madre también le gusta. — Dominic me mira y yo giro la cabeza para poder encontrarme con su mirada. — ¿Qué te parece?

Estoy tentada a actuar con indiferencia, pero es imposible negar lo lujosa que es la casa de Dominic. Soy rica, pero no tanto como Dominic.

— Es hermosa.

Después de tomar una decisión anoche, llamé a Dominic a primera hora de la mañana para decirle que Lucas y yo nos mudaríamos con él. Había subestimado lo feliz que se pondría, porque en menos de una hora había enviado coches, guardaespaldas y criadas para ayudarnos a empaquetar lo esencial.

Una sonrisa se dibuja en sus labios y me deja sin aliento. — ¿Qué te gustaría hacer primero? Puedo hacer que te preparen una comida si quieres, o puedo enseñarte la casa.

— Um. — Me lo pienso. — Tengo que deshacer mi equipaje, así que creo que es mejor que me muestres mi habitación en primer lugar.

— ¿Qué es lo que trajiste?

— *Lo esencial,* tal y como me ordenaste. — Me paso la mano por el pecho y sacudo la cabeza. — Eres un hombre increíble.

— Lo soy. Las criadas desharán tu equipaje. — Se mete una mano en el bolsillo de los pantalones para apoyarse en la puerta.

Es superguapo y, si ya no fuera multimillonario, no le habría costado encontrar trabajo en una agencia de modelos.

— Avísame si necesitas algo y lo pondré a tu disposición. Probablemente no viniste con mucha ropa, así que creo que deberías ir de compras primero.

— Dominic, yo también tengo dinero. Puedo permitirme lo que sea que necesite para mí y para Lucas.

Mira a Lucas, que está ocupado comprobando lo perfecta que es la televisión para los videojuegos, y luego posa su intensa mirada en mí.

— Eres millonaria, Elena. Pero yo soy multimillonario. No somos iguales. Los voy a mantener a ti y a mi hijo mientras estén bajo mi techo.

Me pican los labios por una respuesta, pero es difícil pensar en una cuando tengo la mente tan aturdida. Me distrae lo guapo que es.

— Bien. Entonces, enséñame el lugar.

Estamos a punto de salir de la sala cuando Lucas me llama por mi nombre y atrae la atención de ambos.

— Mamá, ¿podemos desayunar? — Se frota el estómago y frunce un poco el ceño. — Tengo hambre. — Pasaron tantas cosas mientras hacíamos nuestro equipaje que había olvidado que no desayunamos.

Vuelvo a centrar mi atención en Dominic. — ¿Tienes un cocinero?

Él asiente. Por supuesto, sería imposible que tuviera una docena de empleados correteando por la mansión y ningún cocinero.

— ¿Puedes hacer que uno de ellos prepare algo de comer para Lucas?

— ¿Y tú?

Miro mi reloj de muñeca. Es casi mediodía y no es fin de semana. En un día normal, a estas horas estaría en mi despacho revisando y firmando montones de documentos.

— Me temo que tendré que irme a la oficina en cuanto acabemos la gira.

— No, mamá. No puedes irte — dice Lucas.

Ahora frunce un poco más el ceño. — ¿No podemos desayunar juntos? ¿Papá, tú y yo?

— Lucas, mamá necesita...

Pone esa cara de cachorro triste que aprendió de Calamardo. — ¿Por favor?

Resoplo y cedo a regañadientes. — Bien.

— ¡Sí! — Salta, celebrando su victoria.

Dominic mira a su hijo con evidente diversión. — Es un pequeño genio, ¿cierto?

— Ehh. Es un pequeño manipulador, como tú. Supongo que los genes nunca mienten. — Paso rozando a Dominic. — ¿Dónde está tu cocina?

— Sigue todo recto y gira a la derecha.

Las empleadas se quedan heladas cuando entramos en la cocina, y el jefe de cocina, un hombre de mediana edad, le sonríe a Dominic y lo saluda, luego dirige su mirada en mi dirección. — Usted debe de ser la Srta. Marconi.

— Sí, soy yo.

— Encantado de conocerla, soy Mark Spencer — dice. — Dígame qué quiere comer y a qué hora. Es mi trabajo asegurarme de que sus papilas gustativas estén bien atendidas.

Le sonrío.

Es un hombre muy agradable. — Gracias.

Cruzo las manos y empiezo a mirar a mi alrededor. La cocina de Dominic es lo que sería mi sueño si fuera un chef. Es lo suficientemente grande como para convertirse en una vivienda por sí sola. Hay electrodomésticos de última generación escondidos en cada esquina. Las encimeras de granito son de un blanco inmaculado, al igual que los armarios hechos a medida. Brillan con la luz del techo.

Los ojos de Dominic me recorren el rostro. — ¿Te gusta la cocina?

— Es increíble. Sigues siendo un perfeccionista.

— Siempre lo he sido. Y siempre lo seré — dice con arrogancia.

Odio a los hombres arrogantes, pero tengo que reprimir una sonrisa cuando Dominic se jacta de sí mismo. Su arrogancia lo hace aún más atractivo.

— ¿Qué te gustaría comer?

— Bueno... — Volteo hacia el chef. — ¿Qué tienes?

— De todo — responde.

Me río entre dientes. — De todo.

Asiente con la cabeza.

— ¿Qué tal comida china? — bromeo.

No es como si tuviera un restaurante, ¿cómo va a tener de todo?

— Tardaré un poco más en prepararlo. ¿Quiere algo de picar mientras espera?

— No — murmuro defendiéndome.

No entendió mi sarcasmo. — Estaba bromeando. Comeremos tostadas francesas, con salchichas y judías al horno. Yo tomaré una taza de café y Lucas una chocolatada caliente.

El chef sonríe. — El desayuno estará listo en veinte minutos. ¿Dónde quiere que se los sirvan?

— Comeremos en la mesa del comedor.

No me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración hasta que Dominic y yo salimos de la cocina. Yo tengo una cocinera y una limpiadora tres veces por semana. Casi siempre se van antes de que yo vuelva del trabajo, así que es muy raro tener a alguien que lo haga todo. Es extraño que la gente me sirva.

Lo más cerca que he estado de esto es en el trabajo, pero es por trabajo, así que es diferente.

Dominic entorna los ojos hacia mí. — ¿Estás bien?

Cierro la mano en un puño y me golpeo el pecho. — Estoy bien. Solo estoy algo ansiosa. Todo esto es nuevo para mí.

Me agarra la muñeca antes de que pueda volver a golpearme el pecho y me cubre el puño con la mano.

— Oye —dice con una voz que apenas es un susurro— si te hace sentir más cómoda, puedo ordenarles que se mantengan fuera de tu vista. Mejor aún, puedo hacer que se vayan todos si quieres. Solo tienes que decirlo y lo haré.

— Eso no será necesario. Me adaptaré a tener gente a mi alrededor. Yo soy la forastera aquí, no debería hacer que caminen sobre cáscaras de huevo a mi alrededor.

Dominic me acaricia las mejillas y me ruborizo por su tacto. — Yo te traje aquí, Elena. Este es tu hogar. No eres una forastera. Eres la madre de mi hijo.

Nos miramos a los ojos un momento y me arde donde tiene las manos sobre mis mejillas. Se me revuelve el estómago. Doy un grito ahogado y me alejo cuando lo único que quiero es sentir su contacto.

— ¿Podemos aplazar el resto de la gira por hoy? Necesito instalarme y refrescarme antes del desayuno, que en realidad ya debería ser el almuerzo.

Se hace un silencio incómodo y me pregunto si puede oír lo rápido que me late el corazón. Soy una completa idiota a su lado.

— Te acompaño a tu habitación. — Por fin rompe el silencio.

Me dirige hasta la escalera, que es grande e imponente. Las balaustradas son de madera tallada. Unos apliques adornan las paredes y una obscena lámpara de araña cuelga del altísimo techo, proyectando un cálido resplandor sobre la escalera.

— Este es el dormitorio principal — dice señalando una habitación a la derecha cuando llegamos al pasillo de arriba. — Es la mía. La habitación que le sigue es la de Lucas y las dos siguientes son las de mis hermanos.

— Quieres decir la de Marcus y...

— Vincent. El menor.

— Oh. — Me estremezco al recordar mi pelea con Marcus anoche.

Se había ido antes de que me despertara esta mañana, pero eso no me quita la sensación de que no le agrado.

— ¿Vienen muy a menudo?

— La mansión está bien vigilada, pero solo confío en Marcus para protegerte a ti y a Lucas. Vincent se quedará con nosotros hasta que se resuelva la rivalidad con los de la Bratva.

Se me fruncen las cejas. Me pierdo cada vez que habla de asuntos de la mafia.

— ¿Cuánto tiempo llevará eso?

Se encoge de hombros y no puedo evitar fijarme en lo anchos que son. ¡*Dios mío!*

— Tomará el tiempo que sea necesario. Mi prioridad es que Lucas y tú estén a salvo.

*¿Alguien podría reemplazar a Marcus? No me siento cómodo con él.*

Pero no expreso mis pensamientos. En lugar de eso, me muerdo las uñas acrílicas y miro fijamente el largo pasillo.

— Tu habitación está justo aquí. — Señala la habitación de enfrente. — También es una habitación principal.

Miro entre mi habitación y la suya. — Es... — No completo la frase.

Me muerdo los labios y lo miro como si estuviera muda.

Si Dominic se ha dado cuenta de la réplica que me estoy tragando, no lo demuestra.

— Date una ducha y baja a desayunar.

Asiento con la cabeza, abro la puerta de mi nuevo dormitorio y entro. Apoyo la espalda en la puerta y respiro profundamente antes de notar unos intensos ojos oscuros que me miran y me estremezco.

Ella también se estremece y frunce el ceño cuando ambas nos damos cuenta de que ninguna tiene la intención de hacer daño alguno.

Mi ritmo cardíaco desciende y mi pecho se agita mientras trago aire con avidez.

— Me has asustado.

La mujer que tengo delante no tiene menos de sesenta años. Lleva el cabello canoso recogido en un moño y un vestido blanco parecido al de la criada, pero no estoy segura.

Se persigna. Se pone los dedos índices en la frente, el pecho, el hombro derecho y el hombro izquierdo antes de mirarme fijamente.

— *Perché sei così nervoso?*

— Lo siento — murmuro. — No hablo italiano. — Ni siquiera estoy segura de que sea italiano lo que acaba de hablar, pero como Dominic es italiano, no espero que tenga tan cerca a alguien que no lo sea.

Me mira de pies a cabeza, luego suelta un suspiro exasperado, como si yo fuera una molestia para ella. — Es aquella muchacha de la que hablaba, ¿cierto?

Arrugo la nariz, confusa. — Soy Elena Marconi — murmuro.

Hay algo en la mirada de esta mujer que me acelera el corazón. — Soy...

— Sé quién es — me dice. — Soy Bianca, la ama de llaves principal. Hágame saber si necesita algo.

Me empuja y sale de la habitación. Mis ojos se quedan mirando la puerta después de que se haya marchado.

*¿Qué demonios ha sido eso?*

No soy una persona que permite que la gente pase por encima de ella, así que ¿por qué me quedé callada y dejé que me tratara como si fuera cualquier puta que Dominic trajo a casa? Es obvio que no le caigo bien por alguna razón, pero no necesita ser grosera conmigo.

Resoplo y me dirijo al vestidor, donde tengo la ropa perfectamente doblada. Elijo una camiseta roja de tirantes y unos shorts de mezclilla, me desnudo, tomo una toalla y entro al baño.

Cuando termino de ducharme, me pongo la ropa y salgo de la habitación. La puerta de Dominic se abre enseguida, como si me hubiera estado esperando. Lleva una camiseta negra que deja ver los músculos de sus brazos, y pantalones de chándal. El bulto de sus pantalones llama mi atención y no me molesto en apartar la mirada.

— No me mires el miembro así si no me lo vas a chupar.

Jadeo y la electricidad me sube por la espalda. — Realmente no tienes pelos en la lengua.

— Y tus pensamientos tampoco. — Se acerca y huele a aftershave y sándalo. — Júrame que no estabas pensando en envolverme el miembro con tus deditos, aunque creo que preferiría tu boca.

El calor me carcome las mejillas y rápidamente levanto la mirada hacia su rostro. Su cabello oscuro rizado y sus ojos azules brillan por la luz que entra en el pasillo.

*Dios. Es tan guapo.*

— Prefiero chupar un trozo de metal que poner mi boca sobre ti, Dominic.

Una sonrisa socarrona ensombrece su expresión, pero no insiste más. — ¿Lista para desayunar?

Asiento con la cabeza. No puedo hablar cuando mi corazón palpita y mi pecho se agita.

Lucas ya está comiendo cuando llegamos al comedor. Está inclinado sobre la amplia mesa y el sonido de los cubiertos al chocar con la porcelana fina resuena en la habitación mientras se llena la boca de comida. Es como si no hubiera comido en días.

Dominic se sienta junto a Lucas, ignorando el asiento vacío al final de la mesa, y yo me siento frente a él.

Lucas lo mira y sonríe. — Lo siento. Tenía demasiada hambre para esperar.

Dominic le devuelve la sonrisa y le palmea la cabeza. — Está bien, hijo. Haz lo que quieras. Es tu casa.

Lucas me mira y su sonrisa se ensancha. Rodea con las manos su taza de chocolate caliente y bebe de ella. Cuando la deja, tiene espuma alrededor de la boca.

Tomo un paño y me impulso para limpiarla, pero Dominic se me adelanta. Es tan tierno con Lucas. Admitiría que es un buen padre si no estuviera negando todo lo que le concierne.

Dominic y Lucas charlan mientras comemos. Una punzada de arrepentimiento me recorre mientras los observo. Es tan reconfortante verlos llevarse tan bien.

Por primera vez en años, empiezo a preguntarme si realmente hice lo mejor para Lucas al mantenerlo alejado de su padre.

He sido egoísta y he antepuesto mis propios intereses a los de Lucas. El peso del arrepentimiento no se aligera cuando terminamos de comer. Subo a mi habitación y llamo a Moira. Es la única persona que puede hacerme sentir mejor.

— Hola, nena — me dice al responder a mi llamada. — ¿Cómo te va por ahí?

— Bien — murmuro. — Nos hemos instalado y Lucas se está adaptando muy bien. Es como si hubiera estado aquí toda su vida.

— Si es así, ¿por qué suenas tan triste? — Hace una pausa. — Elena, ¿estás bien?

Resoplo y apoyo la espalda en la cabecera. — Estoy bien. Es solo que... Dominic está siendo un excelente padre con Lucas y me pregunto si hice lo correcto al privarle de un padre durante tanto tiempo.

Hay un breve silencio.

— Cariño, probablemente yo sea la persona menos indicada para juzgar tus acciones. Ni siquiera sé distinguir entre el bien y el mal, pero puedo decirte que no creo que eso tenga importancia.

— ¿Crees que me equivoqué?

— Eso no es lo que estoy diciendo —dice ella— lo que quiero decir es que tus intenciones son lo único que importan. Hiciste lo que hiciste para proteger a Lucas y eso es lo que hacen las madres. Protegen a sus bebés como pueden. Estoy segura de que Lucas lo entenderá cuando sea lo suficientemente mayor.

Dejo que las palabras de Moira se queden en mi cabeza el tiempo suficiente para reconfortarme un poco.

— Eres la mejor, Moira. Lo sabes, ¿verdad?

Imagino su sonrisa al otro lado del teléfono. — Sé que lo soy, por eso creo que deberías considerar aumentarme el sueldo...

Cuelgo antes de que termine la frase y me río para mis adentros. Mi mejor amiga está obsesionada con el dinero y los pitos.

Han pasado dos días y vivir en la mansión de Dominic realmente no se ha vuelto nada fácil. Bianca sigue siendo grosera y poco acogedora y cada vez es más difícil ignorar mi atracción por Dominic.

Desayunamos todas las mañanas con Lucas, y Dominic insiste en llevarlo a la escuela y dejarme en el trabajo. Marcus y Vincent no han venido en los últimos dos días y me pongo un poco ansiosa cuando pienso en que tengo que verlos...

Me pregunto si Vincent es tan gruñón como Marcus y Dominic. Parece que los Romano lo llevan en la sangre.

Lucas ya está en la cama cuando vuelvo del trabajo. Es casi medianoche y me he quedado hasta

tarde preparando unos papeles para el producto que mi empresa lanzará dentro de una semana.

Los empleados ya duermen y la casa está tan silenciosa como imagino que estaría un cementerio.

Me doy una ducha, me pongo uno de mis camisones y bajo a prepararme una cena rápida.

Me sirvo restos de pasta y me siento en un taburete junto a la encimera. La puerta se abre justo cuando estoy a punto de empezar a comer y entra Dominic.

Lleva un pijama blanco y el cabello revuelto. No tiene los ojos hinchados ni rojos, así que supongo que aún no estaba dormido.

Dejo caer el tenedor sobre el plato. — Hola.

— Hola — dice y se acerca a la nevera.

Toma una botella de agua y se la vacía en la garganta. Aprieta la botella vacía y la tira a la basura.

— Llegas tarde a casa.

— Tenía mucho trabajo. O me quedaba hasta tarde o no cumpliría con el plazo.

Me hace un gesto señalando mi pasta. — ¿Es la cena?

— Sí. Tenía intención de hacer salmón y crema de espinacas, pero estoy demasiado agotada, así que me conformé con esto.

Se rasca la mandíbula. — ¿Qué tal si te preparo algo de comer?

Pestañeo. — ¿Qué?

Hace años que Dominic no me prepara la cena. La nostalgia me golpea el pecho y los recuerdos de hace siete años inundan mi cabeza. Dominic es un buen cocinero. Uno arrogante, pero bueno.

Él prepara el mejor salmón que he probado en mi vida. No estoy segura del estado en el que se encuentren sus habilidades culinarias, pero si se parecen en algo a lo que solían ser, entonces ya sé cuál es la respuesta.

— Sí.

Sonríe y señala mi pasta. — Vamos a deshacernos de eso primero, ¿de acuerdo?

# Capítulo XIII

# Dominic

— Huele tan bien — dice Elena y se humedece los labios mientras le pongo delante el plato de salmón con crema de espinacas. — Es casi demasiado bonito para comerlo.

Elena fue la primera persona para la que cociné que no fuera uno de mis hermanos y, si no recuerdo mal, su reacción de ahora es la misma que la de antes.

Hace un pequeño baile, moviendo los hombros de un lado a otro, con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando corta el salmón y se lleva el trozo a la boca, inhala antes de comérselo.

— Hmmm — gime ella, cerrando los ojos y deleitándose con el sabor de su comida.

La miro fijamente. Es tan jodidamente hermosa. No lleva maquillaje. Lleva el cabello recogido en un moño desordenado y un camisón de seda que no oculta sus pezones. Se asoman a través de la tela, prácticamente suplicando mi atención.

Cuando Elena abre los ojos, se come otro trozo y vuelve a gemir. — Dios. Echaba de menos tu comida, Dominic.

Está a punto de tomar otro bocado cuando sus ojos se abren de par en par y me mira. Es obvio que ella no pretendía elogiar mis habilidades culinarias, pero de algún modo se le ha escapado.

Sus mejillas se tiñen de rojo y bebe un vaso de agua.

— ¿No tienes hambre? — pregunta en voz baja. — Podemos compartir.

— Me habría preparado un plato si tuviera hambre. — Verla comer me sacia más que comer.

Sigue comiendo y luego dice en voz baja. — ¿Tu hermano, Vincent? Pensaba que ya estaría aquí.

Lo estaría, si el cabrón no se hubiera ido a Los Ángeles.

— Estará aquí en unos días — le digo.

No le digo que mi hermano es un desgraciado pusilánime que prefiere huir a otra ciudad antes que estar aquí para sus hermanos en un momento así.

Tampoco le digo que Marcus no ha estado por aquí porque ha ido a buscar a Vincent.

— Marcus me dijo que te hiciste un hombre hecho a los nueve años. ¿Cómo fue?

Me apoyo en la isla de la cocina y la miro con perspicacia. La última vez que Elena mostró interés por mi vida privada fue cuando salimos juntos hace años. Me quedo pasmado porque no me lo preguntaría si no sintiera verdadera curiosidad.

— ¿Qué quieres saber? — le pregunto.

Se lo piensa un momento. — Bueno, me dijo que la mayoría de los chicos se alegran de convertirse en hombres hechos. Me dijo que él era uno de esos chicos. ¿Tú te pusiste contento?

Mi mente vuelve a ese momento hace veintiún años. Es un recuerdo que se me ha quedado grabado en la cabeza como pegamento.

— Yo tenía nueve años y Marcus cinco. Nuestros padres habían salido de fiesta y yo estaba dormido cuando oí llorar a Marcus.

Apoya el codo en la encimera y la cabeza en la mano. Toda su atención se centra en mí.

— Mi padre me enseñó a no salir nunca desarmado de mi habitación. Agarré la pistola que me había dado que tenía guardado debajo de la almohada y corrí a la habitación de Marcus, pero no estaba allí. Bajé corriendo las escaleras y vi a un hombre con una capa negra que intentaba sacarlo por la puerta trasera a pesar de los forcejeos de Marcus. Le apunté con mi pistola, apreté el gatillo y disparé.

Hago una pausa. — Para mi sorpresa, mi disparo impactó en el hombre. No sé qué es exactamente lo que quieres saber, princesa, pero salvé a mi hermano y lo volvería a hacer.

Algo cambia en su mirada y traga saliva. — Hiciste lo correcto — dice con suavidad. — No debería haberte juzgado antes de escuchar toda la historia.

Intento no sonreír. — No soy un caballero de brillante armadura, Elena. En todo caso, apretar el gatillo aquella noche despertó mi sed de sangre. Soy un bastardo de corazón frío, así que no esperes algo distinto. Así es como soy.

— Lo sé, pero también eres un buen padre.

Se me hiela la sangre porque es lo último que esperaba que me dijera.

No se retracta de su cumplido, sino que una cálida sonrisa se dibuja en su rostro.

— Te he visto con Lucas. He visto lo gentil y amable que eres con él. Creo que subestimas tu propia capacidad de ser bueno.

— No soy bueno.

— No, no lo eres. Al menos no de una manera convencional, pero no eres del todo malo.

Mis músculos se crispan. — Maldita sea, Elena. ¿Cómo se supone que voy a alejarme de ti cuando me haces flaquear de esa manera?

Se encoge de hombros. — No lo sé.

Termina su comida y pone el plato en el lavavajillas. Nos sirvo un vaso de vino tinto a cada uno y pongo música suave en aquel ambiente tranquilo.

— ¿Cómo te las arreglaste sola?

Gira la cabeza para mirarme. — ¿Qué?

— Eras tan joven y no tenías a nadie más. ¿Cómo criaste a Lucas sola?

Respira profundamente. — No lo sé. Tenía la determinación de no rendirme y tenía a Moira. No fue nada fácil, pero valió la pena.

Se me retuerce el estómago. — Lo siento.

Son dos palabras que he detestado toda mi vida. Dos palabras que creo que nunca le he dicho a nadie. Y las siento como polvo en la boca. Tomo un sorbo de vino para humedecerme la lengua.

— Debería haber estado allí contigo. Siento no haber estado.

A Elena se le llenan los ojos de lágrimas. Echa la cabeza hacia atrás y se seca las comisuras de los ojos con uno de sus delicados dedos antes de volver a mirarme.

— No fue tu culpa, Dominic. Yo tuve elección, pero a ti no te di ninguna.

No puedo evitar sentir una punzada de culpabilidad. Sus palabras resuenan en mi mente, un recordatorio constante del pasado, de los errores que ambos cometimos. Han pasado siete largos años desde la última vez que estuvimos juntos, y las heridas aún están frescas, aún duelen.

Lo que más me duele es que la odié todos esos años, y mientras yo me revolcaba en mi odio, ella vivía un infierno.

Me inclino hacia delante, apoyando los codos en la isla de la cocina, sin dejar de mirarla.

— Elena —le digo, con voz suave— sé que no tomaste esa decisión porque querías. Me imagino lo difícil que fue para ti. Debería haber sido sincero contigo desde el principio.

Sus ojos buscan los míos y se encuentra con mi mirada. — Dominic, incluso si hubieras sido sincero, no creo que hubiera hecho nada diferente. Hice lo que creí que era mejor en ese momento. No me arrepiento y tampoco te culpo. Quiero que superemos esto. Por el bien de Lucas.

Sus palabras se filtran a través de mis defensas, desgarrando la amargura que me ha carcomido todos estos años. Pero hay nostalgia en sus ojos cuando me mira.

Su respiración se entrecorta. Intenta reconstruir sus barreras contra mí. Intenta que no la vuelva a herir.

Yo hice lo mismo durante muchos años. Siete malditos años tratando de no encontrarla incluso cuando me moría por hacerlo. Ignoraba mis sentimientos por ella porque no quería que me destrozara el corazón por segunda vez.

Por eso, sé mejor que nadie que las defensas que intenta mantener son solo una solución temporal ante algo que no se puede negar. Tarde o temprano, arderá en un pozo de algo más profundo y salvaje que su obstinación.

Ella necesita de mi tacto y de mis caricias.

Recupera la compostura y se traga todo el vino.

— Voy a lavar esto para que podamos irnos a dormir. — Se escabulle hacia el fregadero, evitando el contacto visual.

Cuando termina de enjuagar las copas, las seca con un paño y las coloca en el armario.

Luego murmura. — Buenas noches — y empieza a salir de la cocina.

Me levanto y me acerco a ella con grandes zancadas, la sujeto por la muñeca y la hago girar.

Sus ojos se clavan en los míos y se estremece bajo mi tacto. Oigo su respiración. Su pecho se agita y sus pezones se endurecen. Es un espectáculo maravilloso.

— Dominic — susurra.

No dice nada más. La acerco y le rodeo la cintura con la mano. Es cálida, suave y delicada.

— Te he echado de menos, Elena — le susurro, colocándole un mechón de cabello rubio ceniza detrás de la oreja y rozándole ligeramente con el dedo.

— Realmente te he echado tanto de menos. — Me inclino e inhalo su aroma a vainilla y fresa.

Me apoya la palma de la mano en el pecho y su tacto me hace hervir la sangre, enviando fuego directo a lo más profundo de mi hombría.

— Dominic, yo también te he echado de menos — susurra, sus ojos buscan los míos y su respiración se acelera.

Me inclino hacia ella, incapaz de resistirme. — Nunca volveré a dejarte ir. Jamás. — Encuentro sus labios y la beso.

# Capítulo XIV

# Elena

Los labios de Dominic se apoyan en los míos y me quedo paralizada, sin saber si debo devolverle el beso o apartarlo. Cuando su lengua pide entrar, me pierdo. Me besa con una necesidad voraz, que cualquier contención que haya tenido se desvanece y le devuelvo el beso.

Su delicioso sabor me recuerda a cómo eran las cosas entre nosotros. Echo de menos sus besos ásperos y la forma en que exploraba mi cuerpo como si lo adorara.

Cuando aprieta sus caderas contra las mías y su erección me roza el bajo vientre, gimo en su boca y me recorre una oleada de electricidad.

*¡Dios!*

Mi corazón es como una bestia salvaje en mi pecho, latiendo violentamente y necesitando liberarse. Mi cuerpo arde por sus besos y un profundo anhelo va acumulándose en mi interior. Estoy consumida por el tacto y los besos de Dominic, y no me gustaría que fuera de otra manera.

Sus brazos me rodean la cintura y me levanta sobre la encimera. Me separa las piernas y se mete entre ellas. El bulto de sus pantalones se encuentra con el pulso que late entre mis piernas. Me empujo hacia delante, apretándome contra él.

Estoy segura de que me arrepentiré de esta decisión por la mañana, cuando mis hormonas se hayan estabilizado y no esté rebosante de deseo, pero ahora mismo no quiero pensar en las consecuencias.

Lo quiero, aunque solo sea por una noche.

*Solo esta noche.*

Se aparta un momento, me mira a los ojos y sus dedos acarician mis caderas. Sus ojos están llenos de lujuria. Es tan peligroso y oscuro que me atrae y le rodeo el cuello con los brazos.

— Vamos arriba — dice con una voz ronca que me provoca escalofríos.

Necesito más besos y caricias suyas.

No estoy segura de que sea una pregunta, pero asiento con la cabeza. — Lucas...

Él sonríe. — Está insonorizado. — Se inclina y me lame los labios. — No nos oirá.

Dominic vuelve a encontrar mis labios y los reclama. Le devuelvo el beso, disfrutando de sus deliciosos sabores.

Cada movimiento que hace es posesivo. Me recuerda a aquella época en la que yo era suya. Me reclama y me marca para que no olvide que, incluso después de tantos años separados, no pertenezco a nadie más que a él.

El sentido común está escondido en algún rincón lejano de mi mente, así que no me importa. Nada me gustaría más que volver a ser suya.

Cuando me levanta de la encimera, le rodeo con las piernas y subimos besándonos. Solo cuando me tumba en la cama me doy cuenta de que estamos en su habitación.

Su habitación es monocromática, como el resto de la casa. Una sábana blanca cubre la cama matrimonial y una cortina negra cubre el dosel. Sobre la cama con dosel, una lámpara de araña proyecta un resplandor rojo sangre por toda la habitación.

Hay una vela perfumada de lavanda encendida en la mesita junto a la cama y su fragancia inunda la habitación.

Dominic se arranca la camisa. Jadeo al ver los firmes músculos de su pecho y de sus hombros. Luego mis ojos se abren de par en par ante los tatuajes y cicatrices que cubren su piel.

Me pongo de rodillas y paso el dedo por las cicatrices. No estoy segura, pero las del lado derecho de su pecho son redondas, parecen heridas de bala, y hay tres más.

Tiene una cicatriz más larga en el estómago y en los abdominales, supongo que son de una puñalada.

— ¿Cómo te hiciste todo esto?

Desliza sus dedos por mi cabello y me agarra lo bastante fuerte como para causarme dolor.

— Así se consigue ser un hombre hecho.

Me inclino y beso cada una de sus cicatrices y un profundo gemido retumba en su pecho. Me rodea el cuello con los dedos, me echa hacia atrás y, con la mano libre, me parte el camisón por la mitad.

Una sonrisa peligrosamente malvada aparece cuando suspiro. — De todas formas no servía para nada.

Mis pezones se endurecen y se me eriza la piel cuando el aire acaricia mi cuerpo desnudo.

Sus ojos están llenos de deseo mientras roza mi pecho desnudo y me pasa un delicado dedo por el pezón.

Mi cuerpo se estremece violentamente en respuesta. Me empieza a arder el clítoris y siento un charco de humedad entre mis piernas mientras el deseo se instala en mi interior.

— Maldición, Elena — gruñe, acariciándome un pezón con el dedo.

No dice nada más. En lugar de eso, se inclina y me acaricia el pezón, retorciéndolo y acariciándolo con la lengua.

Gimo, mis ojos se desvían hacia su erección y mis manos tratan de alcanzarlo, pero me detengo al sentir el dolor que me recorre cuando me muerde el pezón. No es solo dolor, es una mezcla perfecta de dolor y placer.

— Dominic.

Retira su boca de mi pezón y sus manos me acarician la cara.

Luego aprieta ligeramente. — Tócame otra vez y habrá un castigo.

Me muerdo los labios. Quiero que me castigue. Me siento mareada con la respiración cada vez más superficial, anticipando las cosas que le hará a mi cuerpo esta noche.

Vuelvo a extender la mano hacia su erección. Me detiene la mano antes de que pueda acercarse. Sonríe, me suelta y se acerca al sillón que está al otro lado de la habitación. Se sienta.

— Arrástrate hacia mí — me ordena.

Como una buena chica, me bajo de la cama, me pongo a cuatro patas y empiezo a gatear.

— Buena chica — ronca, dándome palmaditas en la cabeza cuando llego hasta él.

Me sube a su regazo. Abre el cajón que está junto al sillón reclinable y rebusca por un momento. Cuando saca la mano, sostiene algo metálico y brillante.

— ¿Esposas?

Ignora mi pregunta, me hace girar y me tumba sobre su regazo. Con un movimiento suave, me

sujeta las manos a la espalda. Me lame el lóbulo de la oreja. Su cálido aliento provoca una chispa de placer en mi interior.

— Ese es el precio por desobedecerme, princesa.

Gimo cuando me golpea el trasero con la mano y se me llenan los ojos de lágrimas.

— Me perteneces, Elena. — *Azota.* — Debes obedecerme. — *Azota.* — ¿Entiendes?

Un asentimiento bastaría, pero sus acciones me excitan aún más. En lugar de ser una buena chica y hacer lo que él quiere, niego con la cabeza.

*¿Por qué me excitan sus azotes? Estoy loca.*

Cierro los ojos, esperando otra nalgada. En lugar de eso, me separa las piernas y sus dedos se deslizan por mi espalda, bajan por mi trasero y encuentran el latido de mi corazón entre las piernas.

Dejo caer la cabeza y gimo cuando me rodea delicadamente el clítoris con los dedos.

— *¡Mierda!* — jadeo.

Me arden las mejillas porque sé que está observando todas mis reacciones.

— Estás tan jodidamente mojada, Elena. — Su voz es tan profunda y áspera que me atraviesa, aumentando mi deseo. — Dime, Elena. ¿Cuánto tiempo llevas deseando esto?

Jadeo. — Yo... — Es difícil decir algo cuando estoy a punto de perder la cabeza.

Me presiona el clítoris aún más con el dedo. — No soy un hombre muy paciente, Elena. ¿Cuánto tiempo llevas deseando que te toque? ¿Cuánto hace que te vas a la cama deseando que juegue con tu precioso coño rosa?

Sus sucias palabras se abren paso por cada poro de mi cuerpo, despertando un profundo anhelo.

Mi coño palpita casi dolorosamente. — Por favor, Dominic... — Un fuerte golpe invade el aire y la mezcla de placer y dolor consigue estremecerme.

— Responde a mi pregunta. — Otra nalgada y sé que tengo que responderle.

— Desde el día que te dejé...

Desliza un dedo dentro de mí, lo enrosca hasta acariciar el punto palpitante de mi interior y no puedo decir nada más. Mis músculos se contraen mientras desliza el dedo dentro y fuera de mí.

— Por favor, ¿qué?

La sensación es intensa y abrumadora. Me agarro a sus piernas y mis dedos se hunden en su piel firme mientras mi orgasmo crece y me invade.

— Yo... — Me quedo sin palabras.

El placer me consume y no puedo articular palabra.

Grito y mi cuerpo sufre espasmos de placer. Dominic me lleva a la cama y no me doy cuenta de que está desnudo hasta que siento su erección apretándose contra mi abertura.

Está tan caliente y duro que ansío tenerlo dentro de mí.

Me besa el cuello y baja los labios hasta mi vientre, luego sube y reclama mis labios. Estoy desesperada, así que le devuelvo el beso con la misma intensidad con la que él me besa a mí.

Pero no me suelta los labios, sigue besándome, acariciándome con suavidad y lentitud mientras me esfuerzo en acogerlo.

— Estás tan jodidamente apretada, Elena — gime, mientras se separa de mí.

No sé si estoy tan apretada porque llevo una eternidad en el celibato o porque él es tan grande. Mis mejillas se sonrojan de vergüenza. Dominic me levanta las piernas, las apoya en sus hombros y me penetra con fuerza y profundamente.

Mis manos se posan en sus brazos y mis dedos se clavan en sus músculos tensos. Mis gemidos se mezclan con los suyos y la habitación se llena del sonido de la carne encontrándose con la carne.

— ¿Te gusta cómo te cojo?

Asiento con la cabeza. — Sí. Cógeme más fuerte.

Sonríe. — Te estoy cogiendo duro.

Sacudo la cabeza. — No es suficiente. Te quiero bien adentro.

Sus ojos se oscurecen y obedece, golpeándome con fuerza hasta que otro orgasmo me hace estallar, dejándome las piernas temblorosas y con los pulmones luchando por respirar.

Dominic se sacude y se corre con un potente gemido. Se vacía dentro de mí, se aparta y se desploma a mi lado. Los dos estamos jadeantes y sudorosos, y el aire huele a sexo.

Sus dedos se enredan con los míos.

— ¿Qué tal estuvo? — me pregunta.

Me sonrojo, aún respirando con dificultad. — Intenso.

Voltea a mirarme y me acaricia la mejilla. — Que bien, porque voy a cogerte de nuevo.

Se me contrae el estómago y el calor me recorre la espalda. — ¿Toda la noche?

Se sube encima de mí y me roba un beso. — Toda la noche.

***

A la mañana siguiente, me despierto cuando llaman a la puerta. Todavía tengo los ojos cargados de sueño cuando los abro y me los froto para quitarme el sueño. Entrecierro los ojos y recuerdo dónde estoy cuando los recuerdos de la noche anterior se agolpan en mi mente.

Mis mejillas se acaloran al recordar lo fuerte que me cogió. Me pregunto si la habitación está realmente insonorizada o si tendré que soportar las miradas críticas de los sirvientes, sobre todo de Bianca.

Me da un escalofrío.

*Prefiero morir.*

Una pequeña cantidad de luz solar penetra por el hueco entre las cortinas gris oscuro, se cuela en la habitación y proyecta un tenue resplandor.

Cuando intento moverme, algo me aprisiona y veo que es el brazo de Dominic. Mi espalda está pegada a su pecho y él sigue profundamente dormido. Intento apartarme de él, pero se remueve y tira de mí para acercarme.

*¡Mierda!*

— Dominic. — Lo llamo por su nombre en voz baja.

Odio tener que despertarlo, pero tengo que ver a Lucas.

— Dominic.

Se mueve detrás de mí y levanta el brazo. Me deslizo fuera de la cama, desnuda.

— No te estarás escabullendo, ¿verdad?

Me quedo inmóvil, con la cara ardiendo de vergüenza. Cuando me doy la vuelta, sus ojos azules se cruzan con los míos y me observa divertido.

— No, Dominic. No iba a hacerlo. Lucas me necesita.

Sus ojos se deslizan por mi cuerpo y me estremezco un poco. Un ligero cosquilleo se produce entre mis piernas. Dominic y yo hemos cogido toda la noche, pero mi cuerpo necesita más.

— Necesitarás algo que ponerte.

— Mi camisón... — Mis ojos se dirigen a mi camisón en el suelo.

Está rasgado por la mitad. *Cierto.*

Señala con la cabeza su vestidor. — Estoy seguro de que encontrarás algo ahí.

— Gracias — murmuro, y me apresuro hacia el vestidor.

El armario se extiende de un extremo a otro de la pared, con una alfombra monocromática de felpa bajo los pies y paredes adornadas con paneles de madera de caoba oscura.

Una gran colección de trajes negros de diseñador cuelga de las perchas, joyas brillantes, zapatos de diseñador y corbatas se alinean en la pared. Tomo una camisa blanca y me la pongo.

Oigo correr el agua en el baño cuando vuelvo a la habitación, así que no me molesto en decirle que me voy. Cuando abro la puerta, unos gélidos ojos azules me miran fijamente y doy un respingo.

Me oprimo el pecho. — ¡Mierda!

— ¿Dónde está mi hermano? — pregunta Marcus con un tono realmente antipático, entrecerrando los ojos hacia mí con suspicacia y mirando desde el cuello hasta el dobladillo de la camisa que llevo puesta.

Me ruborizo. Me pregunto qué estará pensando.

— Está dentro. — Señalo con el pulgar hacia el baño. — Por favor, apártate de la puerta. Ya me iba.

Marcus se aparta, haciéndome espacio para que pueda pasar.

— Gracias — murmuro.

Le rozo y me dirijo a mi habitación.

Después de ducharme, bajo a desayunar. La risa de Lucas resuena en toda la sala, llamando mi atención mientras bajo las escaleras y sigo el sonido.

Cuando entro en la sala de estar, está jugando con un videojuego y hay un hombre a su lado.

Me apoyo en la puerta y me cruzo de brazos. — Lucas.

Lucas gira la cabeza para mirarme y sonríe. El hombre que está a su lado hace lo mismo. Por su cabello oscuro y engominado, su mandíbula afilada y sus brillantes ojos azules, sé que es el menor de los hermanos Romano.

Tiene un parecido asombroso con Dominic y Marcus, solo que él es visiblemente más joven que ambos. Parece tener unos veinte años, o quizá treinta y tantos.

A diferencia de sus hermanos, no parece tener una apariencia sombría. No me inquieta su mirada ni me da la impresión de que quiera asesinarme.

Me sorprendo aún más cuando me dedica una sonrisa juvenil.

— Tú debes ser Elena.

— Sí, soy yo. — Me aparto de la puerta y camino hacia donde están sentados. — Tú debes ser Vincent.

— ¿El rebelde? Sí, ese soy yo.

Me siento en el sofá frente a ellos y le escudriño. — ¿Por qué eres el rebelde?

Vuelve a centrar su atención en el videojuego. — ¿Mi hermano no te lo ha dicho aún?

— ¿Decirme qué?

— Que te lo diga mi hermano. Realmente no me importa que te lo diga.

La pregunta sale de mi boca antes de que pueda detenerla. — ¿Ya eres un hombre hecho? — Dominic y Marcus lo son, no creo que haya forma de que Vincent haya escapado al destino Romano.

— Yo no. — Me mira de nuevo y sonríe. — ¿Estás decepcionada?

— ¿Por qué lo estaría? — En todo caso, siento alivio.

Significa que hay una posibilidad de que Lucas no tenga que formar parte de la mafia.

— ¿Hay alguna razón por la que hayas elegido no ser parte de la mafia?

Se encoge de hombros. — Derramamiento de sangre. Crueldad. Ninguna de esas palabras me describe. Prefiero ir de fiesta y coger.

— ¡Que lenguaje! No puedes usar ese tipo de palabras cuando estás con tu sobrino.

Una sonrisa arrogante se dibuja en sus labios. — Tranquila. No es que haya traído una puta a la casa para que se la coja o algo así.

Pongo los ojos en blanco. Puede que Vincent no forme parte de la mafia, pero está tan loco como sus hermanos.

— Nada de groserías y nada de coger o putear a su alrededor.

— Sí, capitana — bromea.

Suelto una carcajada. Tengo la sensación de que el menor de los hermanos Romano me caerá muy bien.

— ¿Ya desayunaron?

— Sí, mamá — responde Lucas. — Llamé a tu puerta para despertarte a desayunar, pero supongo que estabas profundamente dormida.

Me sonrojo y me muerdo los labios.

Mi estómago gruñe dolorosamente y me enderezo. — Mamá va a desayunar. Diviértete.

Dominic y Marcus están en el comedor y cuando entro ambos dejan de hablar como si estuvieran discutiendo algo que no quisieran que oyera.

Siento los ojos de Dominic sobre mí mientras rodeo la mesa y acerco una silla junto a la suya y al otro lado de Marcus.

— Buenos días.

Ambos me miran fijamente y ninguno responde a mi saludo.

— ¿De qué estaban hablando? — pregunto, tomando una tostada y untándola con Nutella.

— No es asunto tuyo — dice Marcus, con una voz tan ronca que suena maliciosa.

*¿Cuál es su problema?*

— ¿Tienes que ser un imbécil todo el maldito tiempo, Marcus? — pregunto, contemplando aquel trozo de exquisitez que se me hace la boca agua. — ¿Por qué me odias tanto?

Suspira y resopla. — Peterson no es quien tú crees que es.

— Marcus — le advierte Dominic.

— ¿Qué? Tiene curiosidad, es justo que sepa qué demonios está pasando.

Trago saliva, confundida. — ¿Qué quieres decir?

— Él es el hermano menor de nuestro padre. Su verdadero nombre es Federico Romano.

Se me cae la mandíbula.

Cuando consigo cerrar la boca de nuevo, resoplo. — Eso no es posible. Todo el mundo conoce a David Peterson. Es imposible que sea tu tío. — Miro a Dominic, esperando que me dé la razón, pero por su mirada me doy cuenta de que tampoco lo hará.

Dejo caer de nuevo mi tostada en el plato. Ya no tengo hambre.

— ¿Es realmente tu tío?

— Lamentablemente — responde Dominic.

— Y se acercó a ti por una razón — dice Marcus. — Te está usando como cebo para llegar a Dominic y ni siquiera lo sabes.

De repente siento la garganta seca y trago saliva. — ¿Por qué haría eso? Quiero decir, firmamos el contrato justo la semana en que Dominic volvió a Nueva York y entonces ni siquiera estábamos juntos.

— Lucas. — El puño de Dominic se cierra sobre la mesa, con sus ojos azules oscuros de rabia. — Debió haber averiguado lo de Lucas.

Sacudo la cabeza. Sigo sin entender de qué hablan.

— Pero es tu tío, ¿verdad? ¿Por qué querría hacerle daño a Lucas para llegar hasta ti?

Marcus suelta un suspiro exasperado. — Está con los de la Bratva, una familia rusa rival. Peterson quiere el trono de la Cosa Nostra. Siempre ha sido su objetivo, y tras la muerte de nuestros padres, Dominic lo exilió de la familia para que estuviéramos a salvo.

— ¿Entonces está buscando venganza?

— Sí. Y como los de la Bratva son nuestros rivales, los necesita para acabar con Dominic. En ese caso, entonces ambos grupos estarían aliados.

Me recuesto en mi asiento. — Wow. — Esto es mucho para poder asimilar.

Resulta que la mafia es aún más complicada de lo que pensaba. No se limita al tráfico de drogas o al contrabando. Es mucho más que eso y es incluso más oscura de lo que pensaba o imaginaba. Aunque me intriga la lealtad de Marcus hacia su hermano, me impacta descubrir que su tío se ha unido a los enemigos de la familia para traicionar a su propio sobrino.

Mierda.

— Esa es la razón por la que me aconsejaste que me alejara de él.

— Sí.

Me paso los dedos por el cabello. — Esto es una locura.

— Lo es — asiente Marcus. — Todo lo que tienes que hacer es mantener tu trasero alejado de los problemas mientras nosotros nos encargamos.

— ¿Cómo? ¿No crees que sería muy raro si de repente empiezo a evitar al Sr. Peterson? No creo que nos haga ningún bien si descubre que conozco su verdadera identidad.

Los ojos de Dominic se encuentran con los míos. — Elena tiene razón. Síguele el juego por ahora. No le des ninguna razón para que pueda sospechar de que sabes la verdad sobre él.

— ¿Y si intenta hacerme daño a mí o a Lucas?

— Esto no tiene nada que ver contigo, Elena. Haré lo que sea para mantenerlos a salvo a los dos, tal y como te lo prometí — me asegura Dominic.

Le lanzo una mirada fulminante. — Te equivocas, Dominic. Esto tiene todo que ver conmigo. Puede que yo no sea un Romano, pero mi hijo sí lo es y haré lo que sea para protegerlo.

# Capítulo XV

# Dominic

— Alexei fue visto en Nueva York esta mañana.

Me paso la mano por la barba con interés. — ¿Estás seguro de esto? — le pregunto a Dante.

— Estoy tan seguro de su regreso como de la puta que me voy a coger esta noche. — Sonríe arrogantemente. — ¿Crees que se deshará del maldito viejo por nosotros?

— No puedo estar tan seguro. Sé que somos unos malditos bastardos, pero derramar la sangre de su propio padre es otra cosa. — Lo pienso un segundo.

Alexei es el hijo que Kirill, de su primera esposa, una mujer a la que asesinó hace veinte años. Luego de que Alexei cometiera su primer asesinato a los catorce años, Kirill empezó a tener miedo de su propio hijo y, temiendo de que lo matara, envió a Alexei a Chicago en cuanto pudo.

— Si ha vuelto, es porque quiere ocupar el lugar de su padre — digo, con una oscura sonrisa acechando en mi rostro. — ¿Qué tal si hacemos un trato con él?

— ¿Qué trato?

— Lo ponemos en el trono de la Bratva y a cambio nos entrega a Kirill.

Dante resopla. — Esos bastardos rusos tienen el ego más grande que sus pelotas. Si Alexei volvió con la intención de matar a Kirill, no aceptará tu oferta.

Asiento con la cabeza. — Eso podría ser cierto. Aún así, nadie quiere ser el asesino de un familiar. — Y esa es la única maldita razón por la que Peterson sigue vivo.

Me importa un bledo lo que dirán si mato a mi tío, pero intentaré mantenerlo con vida hasta que tenga una buena razón para eliminarlo. Últimamente ha estado merodeando demasiado a Elena. Lo que él no se imagina es que está siendo acechado por la muerte.

— Posiblemente. Pero no vendrá a ti solo porque lo hayas invitado.

— No lo voy a invitar. — Saco el teléfono del bolsillo y llamo a Marcus.

Contesta al segundo timbrazo y pongo la llamada en altavoz. — El teléfono está en altavoz. Dante está aquí conmigo.

— Hola, hermano.

Ignoro su saludo y voy directo al grano. — Alexei está en la ciudad. Dante lo encontró merodeando por nuestro territorio. ¿Te has enterado?

— Me enteré hace unos minutos. ¿Y qué quieres hacer?

— Creo que debemos tener una pequeña charla con él. — Coloco el teléfono sobre mi escritorio y chasqueo los dedos. — Podríamos tener una reunión esta tarde.

Dante suelta una carcajada maníaca. — Me encanta la idea.

— Claro que sí — dice Marcus con voz ronca. — Tú eres el maldito loco que le mete ideas en la cabeza a mi hermano.

— Soy consigliere por una razón. Sino te agrada. Chúpame el pito gordo.

— Preferiría cortártelo. Te estaría haciendo un favor a ti y a esas putas. ¿Qué te parece?

— ¡Basta! — Me sube la bilis a la garganta al oírlos discutir sobre pitos y putas. — Córtense los pitos más tarde. Por ahora, el único pito que me interesa es el de Alexei. Encuéntralo y tráemelo por la tarde.

— *Si, Capo.*

— Bien. — Cuelgo.

Señalo a Dante. — Tú, piérdete. Haz lo que quieras con la puta que has reservado para esta noche. Pero asegúrate de estar en el almacén antes que yo.

Dante esboza una sonrisa ladeada. *¡Bastardo engreído!*

— Parece que estás de mejor humor. — Me mira entrecerrando los ojos. — Es por ella. ¿No es así?

Le hago señas para que se retire. — No metas las narices donde no te llaman.

— Oh, pero si es verdad. Tus asuntos son mis asuntos. Finalmente tendrás el único coño que siempre has querido.

Mis fosas nasales se ensanchan. — No hablarás de Elena a menos que le brindes el respeto que se merece, ¿entendido?

Levanta las manos en un gesto apaciguador. — Tranquilo, hombre. Me alegro por ti. Debería ir a

cenar con ustedes algún día. Han pasado años.

— Acércate a mi casa y te meto una bala en tu maldita cabeza.

— Te quedarás sin amigos si haces eso. Soy el único lo suficientemente loco como para ser amigo de un bastardo sin corazón como tú. — Se inclina hacia delante. — Estás enamorado de ella, ¿verdad?

— Bastardo manipulador. — Me dirijo al minibar de mi despacho, tomo una botella de whisky y dos vasos.

Cuando vuelvo a mi mesa, sirvo dos rayas en cada vaso y le acerco uno a Dante.

— Iremos paso a paso. Por el bien de Lucas.

Se bebe su trago y hace una mueca. — Ah. Lucas. La excusa perfecta para ocultar tus sentimientos. No puedo decir quién de ustedes es más terco. Elena o tú.

Trazo el borde de mi vaso con el dedo, se me endurece el miembro al pensar en la noche anterior. El sexo con Elena es el mejor que he tenido en años. La forma en que se funde conmigo y se estrecha a mi alrededor es mejor que nada que haya experimentado jamás.

— ¿Por qué sonríes?

La voz de Dante me trae de vuelta al presente y, contra mi voluntad, mis cejas se fruncen. — Eres un idiota.

— Y tú, amigo mío, eres un dominado. — Se sirve otra copa. — ¿Quién hubiera creído que una pequeña mujer podría tener al todopoderoso Dominic Romano envuelto en sus diminutas manos? Elena me tiene entre sus manos y ni siquiera lo sabe. Por ella, y por Lucas, quemaría el mundo. Me pregunto si llegará el día en que se dé cuenta del poder que tiene sobre mí y sobre esta ciudad.

Esta ciudad me pertenece, pero Elena me pertenece a mí tanto como yo a ella.

— Ella aún no lo sabe, y ahí radica el problema — digo.

Doy un sorbo a mi bebida y el calor me quema la garganta, me abrasa el estómago y se mezcla con la preocupación que se ha despertado en mi interior.

Es una batalla no dejar que mis pensamientos se desvíen hacia Elena, y concentrarme en lo que

hay que hacer. Mi hombría palpita por ella y por repetir lo de anoche.

— Llegará el día en que ella lo sabrá. Cuando eso ocurra, te convertirás en un auténtico adorador de su coño. Y será una tragedia ver cómo te vas desvaneciendo, hombre.

Aprieto el puño y me recuerdo a mí mismo por qué soy amigo de este maldito loco que tengo delante. Es mi *consigliere* y ha estado a mi lado desde que éramos niños. Daría su vida por mí y yo daría la mía por él.

Somos hermanos por juramento.

Amigos por elección.

Y esas son las únicas razones por las que soporto su arrogancia. Otros hombres han muerto solo por mirarme mal.

— Tienes suerte de que me agrades, Dante.

La puerta se abre y entra David Peterson.

Mi secretaria entra corriendo tras él, jadeando. — Lo siento, señor. Salí a tomar un café y no lo vi entrar.

Le hago un gesto con la mano a mi secretaria para despedirla, y luego dirijo mi atención hacia Peterson. — ¿Qué quieres?

Peterson me dedica una sonrisa socarrona. — Esa no es forma de saludar a tu tío, muchacho.

— Creo que una mejor manera sería asesinarte clavándote un cuchillo en el corazón, pero eso no es lo que quieres, ¿cierto?

El miedo parpadea en sus ojos, pero no deja de sonreír. — Me gustaría hablar contigo. — Mira a Dante. — A solas.

Dante me mira y yo asiento con la cabeza. Se levanta de mala gana, frunce el ceño ante Peterson y pasa rozándolo. Sus hombros chocan y Peterson se tambalea un poco.

Cuando Dante se marcha y cierra la puerta tras de sí, Peterson se sienta en la silla que Dante acaba de dejar libre.

— Que sea rápido — le digo. — No tengo todo el día.

— Ambos somos hombres ocupados, así que iré directo al grano, sobrino. Estoy aquí para hacer

un trato contigo. Entrégame la mafia de Nueva York y regresa a Italia. Aquí seguirás siendo el Capo, aunque solo de nombre, claro, y a cambio, pondré a la Bratva a tus pies.

Me reclino en la silla y la hago girar. Me tomo un momento para responder. La única reacción que consigo es una lenta sonrisa.

— ¿Qué te hace gracia?

— Me causa gracia. Porque… además de ser un traidor, tienes agallas. Supongo que realmente eres un Romano, tío.

Ladea la cabeza y me mira con expresión siniestra. — ¿Cuál es tu respuesta, muchacho?

Me inclino hacia delante y mis fosas nasales se ensanchan. — Eres un idiota si crees que cederé mi trono a un traidor como tú. Llámame «muchacho» una vez más y te cortaré la lengua y te la meteré por la garganta.

La tensión impregna el aire y empaña la atmósfera durante un minuto antes de que suelte una risa socarrona.

— No puedes matarme, Dominic. Ya lo habrías hecho si pudieras.

— Te equivocas. No es que no pueda. Es solo que no quiero, pero cada vez que abres la boca, dices algo que me hace reconsiderar la decisión que tomé.

— Tranquilo, muchacho — me dice. — No deberías hacer amenazas que no piensas cumplir. La Cosa Nostra prohíbe el asesinato entre parientes. Serás considerado como sucio y miserable si te atreves a hacerme daño.

— Yo soy la Cosa Nostra. Mi palabra es la que rige. Presióname una vez más y no serán solo amenazas las que recibirás.

La ira corre por mis venas y pensamientos asesinos resuenan en mi cabeza. Peterson es débil y viejo. Si quisiera, podría matarlo justo donde está sentado. No sé por qué dejo que este viejo me pisotee, pero sé que casi he llegado a mis límites con él.

— Si eso es todo, entonces, vete. Ya no eres bienvenido aquí. Nunca más.

Peterson gruñe y se pone en pie. Golpea con un puño mi escritorio. Sus ojos oscurecidos contrastan con la sonrisa de sus labios.

— No estés tan seguro. Puede que tengas una muy buena razón para volver a verme. Tu hijo se parece mucho a ti. Debería invitarlos a cenar a él y a su madre algún día.

Miro a Peterson fijamente a los ojos. — Te mantendrás alejado de Elena y de Lucas o me aseguraré de que nunca vuelvas a ver la luz del día.

Su sonrisa vacila y su nuez de Adán se mueve mientras traga saliva. — Me despido, sobrino.

Se alisa el traje color burdeos, se ajusta la corbata y se da la vuelta para marcharse. Cuando llega a la puerta, no puedo resistirme a decir la última palabra. — Una cosa más, tío.

Se da la vuelta para mirarme. — Hazle saber a Kirill que voy por él y que no sobrevivirá cuando lo haga.

***

Cinco horas más tarde estoy en uno de los clubes, bebiendo whisky y aún furioso por mi encuentro con Peterson.

La música retumba en los altavoces escondidos en las esquinas del club y las luces parpadeantes amenazan con cegarme. Es irónico que yo sea el dueño de los clubes más grandes de Nueva York y que, sin embargo, no pueda soportar la música a todo volumen ni las luces parpadeantes.

Una puta se acerca al caño de enfrente y empieza a bailar. Gira la cintura, mueve el trasero y me mira con cara de «ven aquí».

Es sexy y me entretiene verla bailar, pero la única mujer que consigue ponérmela dura es Elena. Estoy deseando volver a casa con ella y con nuestro hijo.

Levanto la mano y miro el reloj. Son casi las siete de la tarde, faltan treinta minutos para que Marcus lleve a Alexei al almacén.

Mi teléfono suena justo cuando bajo la mano y el número de Marcus parpadea en la pantalla cuando lo saco del bolsillo.

— Ya está aquí — dice Marcus cuando contesto. — ¿Qué hacemos con él?

— Átalo. Puedes romperle un diente o dos si intenta resistirse. Estaré allí en quince minutos.

— *Bien.* — Cuelga.

Tardo diez minutos en llegar al puerto. Una brisa fría me recibe al bajar del coche. El puerto es un lugar muy tranquilo por las noches, silencioso salvo por el suave chapoteo de las olas contra la muralla. La quietud es una de las cosas que más me gustan de este lugar por las noches.

Una luna creciente se alza sobre mi cabeza, su luz brilla en la superficie del agua e ilumina el muelle. Puedo ver a Dante y a Marcus desde donde estoy. También veo a un hombre, con las manos a la espalda y rodeado por mis hombres.

Cuando me acerco a ellos, noto que el ojo de Marcus está hinchado.

— ¿Qué te ha pasado en la cara?

— El maldito ruso no quiso rendirse sin luchar — replica Marcus.

Alexei me fulmina con la mirada. Sus ojos son casi tan oscuros como su cabello negro. Un tatuaje cubre la mayor parte de su mano derecha y su mirada escupe veneno. Si las miradas mataran, ahora mismo tendría un agujero en el corazón.

Es guapo, más que la mayoría de los dementes de la Bratva que he visto. Es difícil creer que sea el hijo de Kirill. Ese viejo cabrón no se parece en nada al hombre que tengo delante.

— ¿Qué diablos quieres? — gruñe Alexei.

No tiene miedo.

Sonrío. — Perdona mis modales. Soy Dominic Romano. Capo de la Cosa Nostra.

Me escupe a los pies como respuesta. — ¡Púdrete, *'svoloch*!

Creo que subestimé a Alexei. Es un hombre completamente diferente a su padre. Me agrada.

— Desátenlo.

Dante y Marcus dirigen sus cabezas hacia mí.

Repito mi orden. — Desátenlo.

Dos de los guardaespaldas se apresuran hacia Alexei, le sueltan las ataduras y lo ayudan a ponerse en pie. Con su metro ochenta, Alexei es casi más alto que yo.

— ¿Qué quieres? — exclama, arqueando una ceja.

— A ti.

Se burla. — Eres uno de esos italianos locos. Lástima, no tengo ninguna intención de convertirme en uno de los tuyos. Si me disculpas, tengo que reunirme con mi familia. Hace años que no veo a ninguno de ellos.

Se sacude la arena de los pantalones y se da la vuelta para marcharse.

Hago un gesto con la cabeza a los guardaespaldas. — Tráiganlo de vuelta.

Cuatro de ellos corren hacia él e intentan arrastrarlo, pero Alexei consigue detenerlos. Le da una patada a uno en la entrepierna y me estremezco. *Eso tuvo que haber dolido.*

Le da un cabezazo al otro, le tuerce el brazo hacia atrás y lo empuja contra los otros dos. La pelea continúa unos minutos más hasta que me harto.

Saco mi pistola y le apunto. — Por mucho que me guste verte poner en práctica tus habilidades, tengo que volver a casa. A mi mujer no le gusta que llegue tarde.

Alexei respira con dificultad. Sus brazos se crispan y me doy cuenta de que se está conteniendo para no golpear a los otros guardaespaldas.

— Te escucho.

Bien.

— Quieres vengarte de tu padre y reclamar el lugar que te corresponde como jefe de la Bratva. Y yo puedo ayudarte.

— ¿A cambio de qué?

— Quiero la vida de tu padre, y formaremos una alianza contra nuestros enemigos.

La risa de Alexei resuena en el aire. Es violenta y sardónica.

— Tu oferta no significa nada para mí. No quiero ser el jefe, lo que quiero es recuperar mi dignidad.

— La única manera de hacerlo es apoderándote del trono. Has vivido una vida sin sentido hasta ahora, y ha llegado el momento de hacer algo con ella.

La expresión de Alexei cambia. — ¿Y si me niego?

— Entonces no serás más que otro Vadim para mí.

— Pensaré en tu oferta y luego me reuniré contigo. No intentes encontrarme antes. — Me da la

espalda y se marcha.

— ¿Lo dejas ir? ¿Así nada más? — pregunta Dante. — ¿Y si te traiciona? Ese cabrón podría delatarte ante Kirill solo para quedar bien con él.

— Podría — asiento, frotándome la barba. — Pero dudo que lo haga. — Alexei y yo nos parecemos mucho.

Ninguno de los dos le teme a la muerte, y ambos elegiríamos el honor antes que la piedad.

Marcus se queda a mi lado, mirando cómo Alexei desaparece en la oscuridad.

— ¿Y ahora qué?

— Mantenlo vigilado. Es muy poco probable, pero mátalo si hace algo estúpido.

# Capítulo XVI

# Elena

Moira me mira boquiabierta. — No puede ser que el Sr. Peterson sea el tío de Dominic.

Le pongo delante un plato de brownies y un vaso de zumo de naranja.

— Ojalá fuera mentira, pero no creo que Dominic y Marcus mintieran sobre algo tan serio.

Moira rodea con la mano el vaso que le pongo delante y se lo bebe de un trago. — ¿Zumo de naranja, Elena? ¿En serio? Necesito whisky para digerir noticias como esta.

Sonrío y le acerco los brownies. — Tienes que conducir hasta tu casa. ¿Recuerdas?

Pone los ojos en blanco y suspira. — No veo la hora en que todo esto termine. Echo de menos nuestras noches de chicas y ver Bob Esponja con Lucas.

Asiento con la cabeza, no estoy muy segura de querer que todo esto termine aún. ¿Lo de la guerra entre mafias? Sí. Pero la idea de estar lejos de Dominic hace que mi pecho se contraiga.

Han pasado dos semanas desde que nos mudamos con él y, sin embargo, siento como si hubiéramos estado aquí toda la vida. Ya no me siento incómoda a su lado y he aprendido a aceptar las cosas que no puedo cambiar.

Como por ejemplo el hecho de que sea el *Capo* de la Cosa Nostra.

Moira toma uno de los brownies y le da un mordisco. — ¿Cómo van las cosas con Dominic?

Intento contener una sonrisa, pero se me escapa de todos modos.

— ¿Qué fue eso? — Moira suelta un jadeo.

— ¿Qué fue qué?

Me señala la cara. — Te acabas de sonrojar, Elena. Te pregunté por Dominic y te sonrojaste. Algo está pasando entre ustedes dos, ¿cierto?

Bajo la mirada hacia la mesa, me acomodo el cabello detrás de la oreja y asiento con la cabeza.

Moira se inclina hacia delante y me agarra de la mano. Parece un cachorro feliz que mueve el rabo por la emoción.

— Cuéntamelo todo, nena. Quiero oírlo todo.

— Dominic y yo tuvimos...

Se tapa la boca con una mano. — ¿Te acostaste con él? — pregunta con voz aguda.

Moira puede ser algo dramática y la adoro por eso. Pero Lucas está arriba y los empleados podrían oírnos.

— Baja la voz — susurro, ruborizada.

— Lo siento. Lo siento. — Ella respira profundamente. — ¿Qué tal estuvo?

Tomo un sorbo de té para ganar algo de tiempo y Moira se inclina hacia mí, con los ojos brillantes debido a la curiosidad.

— Estuvo... — busco la palabra adecuada, pero mi mente se nubla con las imágenes de aquella noche. — Increíble.

Sin embargo, Dominic y yo no hemos intimado desde entonces. Ha estado ocupado tratando de controlar las cosas con la Bratva y en las noches en las que no estoy preocupada por su seguridad, me ruborizo y deseo que me coja como lo hizo aquella noche.

Sus ojos se abren de par en par. — ¿Increíble? ¿Eso es todo lo que piensas decirme, Elena?

Suelto una risita nerviosa. — ¿Qué quieres que te diga, Moira? Fue apasionado, intenso y distinto a todo lo que había experimentado antes. Pero es complicado.

Moira se echa hacia atrás, contemplando mis palabras. — ¿Complicado? ¿Te preocupa el tema de la mafia?

Asiento con la cabeza. — Siempre está ahí, acechando desde las sombras. No puedo escapar de él, y no puedo olvidar lo que hace. Pero cuando estamos juntos, es como si el mundo se desvaneciera.

Sonríe con picardía. — A mí eso me suena a amor.

Titubeo, insegura de si debo usar esa palabra. — No lo sé, Moira. Es demasiado pronto para decir algo así.

Moira asiente, con ojos comprensivos. — Bueno, sea lo que sea, ten cuidado. Lucas y tú merecen ser felices.

Le sonrío con gratitud. — Lo sé, Moira. Y esa es la razón por la que me estoy tomando mi

tiempo para considerar los riesgos de involucrarme con él.

— No te pierdas algo bueno solo por temor. Fuiste miserable durante años porque Dominic y tú no podían estar juntos. No te sometas a todo ese estrés por segunda vez.

— No lo haré. Estoy agradecida porque me resulta tan fácil hablar contigo.

Ella hace un gesto con la mano, pero su sonrisa permanece. — Ahora, cuéntame más detalles. ¿Cómo sucedió? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Me río, agradecida por la oportunidad de cambiar de tema, aunque solo levemente.

— Sucedió en su habitación. Llegué tarde a la casa y fui a la cocina para cenar. Dominic me acompañó y me preparó la cena. Nos pusimos a hablar y...

Moira se inclina aún más, pendiente de cada una de mis palabras. No le cuento lo fuertes que fueron sus embestidas, ni cómo me esposó las manos y ni que me dio unos azotes.

Maldición.

Tampoco le cuento los dos magníficos orgasmos que tuve, pero mientras narro lo esencial de lo intenso que fue, no puedo evitar sentir un cálido cosquilleo en lo más profundo de mi ser. No es solo el recuerdo de aquella pasión; es la constatación de que, a pesar del peligro, me estoy enamorando de él. Otra vez. Y ya no hay vuelta atrás.

Moira escucha absorta.

Espero sus jadeos habituales cuando termino, pero en lugar de eso, la preocupación empaña su expresión.

— Elena, ¿has hablado con Dominic sobre lo que quieres en esta relación?

Aún no. Hablar de mis sentimientos con Dominic es una conversación que he estado evitando.

— ¿Qué quieres decir?

Ella se inclina más cerca, bajando la voz. — Quiero decir, ¿han hablado hacia dónde va esto? ¿Quieres un futuro con él, o es solo una aventura para que ambos puedan distraerse de la guerra con los de la Bratva?

No contesto.

— Te das cuenta de que la vida sigue una vez que todo esto termine, ¿cierto? ¿Has hablado con

él sobre sus planes para cuando todo vuelva a la normalidad?

— No lo sé, Moira — admito, con la voz apenas por encima de un susurro. — Tengo miedo. ¿Y si Dominic no quiere nada más que una aventura? ¿Y si le hablo de ello y lo arruino todo?

Moira me pone una mano tranquilizadora en el hombro. — Es natural tener miedo, Elena. Pero no puedes ocultar tus sentimientos para siempre. Tienes que hablar con Dominic, preguntarle hacia dónde va esto. Si estás enamorada de él, mereces saber si él siente lo mismo.

Asiento con la cabeza. Moira tiene razón; no puedo seguir evitando esta conversación. Pero también sé que confrontar a Dominic sobre nuestro futuro podría significar el fin de lo que tenemos actualmente.

Podría comportarse como un completo imbécil y rechazarme, o podría elegir recuperar lo que una vez perdimos. Algo que arruiné por ser tonta y joven.

Moira y yo también hablamos de su vida sentimental y de su trabajo. Cuando se va, ya es bastante tarde y Dominic aún no ha llegado.

Suspiro y me dirijo a la cocina para prepararme una taza de café.

El suave resplandor de las luces de la cocina hace que la habitación parezca acogedora, y encuentro consuelo en el rítmico sonido de la cafetera. Mientras el líquido oscuro llena la taza, pienso en mi conversación con Moira.

Aunque tiene razón y me planteo abordar el tema con Dominic, ahora no es un buen momento.

Cuando la máquina suelta su último suspiro de vapor, tomo la aromática infusión y me acomodo en la mesa del comedor con mi MacBook, abriendo la presentación que he estado preparando para mi próxima reunión.

Doy un sorbo al humeante café y el sabor amargo perdura en mi lengua.

Pasan las horas mientras trabajo y pierdo la noción del tiempo. El reloj de la pared sigue avanzando. Solo cuando se abre la puerta principal, levanto la vista del portátil y me doy cuenta de que es casi medianoche.

Dominic entra, su imponente presencia llena la habitación. Sus ojos penetrantes me encuentran inmediatamente en la mesa del comedor y una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

— ¿Trabajando hasta tarde, Elena?

Cierro el portátil, me levanto y sonrío. No puedo evitar que mi corazón palpite de la forma en que lo hace siempre que estoy cerca de él.

— Sí, tengo que preparar la reunión de mañana con David Peterson.

Arruga las cejas y frunce el ceño. — Elena...

Me acerco a él, me pongo de puntillas y le lleno la cara de besos. Huele a sudor y a sándalo.

— Lo sé, Dominic, pero esta guerra no es solo tuya. También es mía y de Lucas por consecuencia. No puedo sentarme a esperar a que suceda.

Me rodea la cintura con la mano. — ¿Qué estás planeando?

Me encojo de hombros. — No mucho, pero quizá pueda averiguar en qué negocios ilegales está metido. Aún no sabe que conozco su verdadera identidad, así que puedo encargarme de eso si juego bien mis cartas.

La repentina retirada de Dominic de nuestro abrazo me toma desprevenida. Sus ojos azules se nublan de preocupación. Me pone las manos en los hombros, manteniéndome a distancia.

— Elena, no puedo permitir que te involucres en algo tan peligroso — afirma, con voz firme e inquebrantable.

Le miro fijamente, buscando cualquier señal de concesión. Pero lo conozco lo suficiente como para saber cuándo ha tomado una decisión, y esta es una de esas veces. Sus instintos protectores están al máximo y no parece que vaya a echarse atrás diga lo que diga.

— Dominic, entiendo tu preocupación, pero esta reunión con Peterson podría ser útil. Si puedo reunir información sobre sus actividades ilegales y amenazarlo con esa información, podrás quitártelo de encima para siempre sin tener que matar a tu propio tío.

Suelta un fuerte suspiro y me aprieta los hombros. — No es tan fácil, Elena. Estás subestimando lo peligroso que puede ser esto. Peterson no le teme a la policía. El sistema es tan corrupto como nuestro mundo. Una amenaza no significaría nada para él y solo saldrías lastimada.

Levanto la mano y se la pongo en la mejilla, acariciando suavemente su afilada mandíbula. — Agradezco tu preocupación, pero no puedo quedarme al margen mientras todo esto se desarrolla.

Estamos hablando de mi vida y del futuro de Lucas. Solo confía en mí esta vez, ¿de acuerdo?

Los ojos de Dominic se suavizan mientras se inclina hacia mi tacto, sus labios rozando mi palma.

— Confío en ti, Elena, pero este mundo en el que vivimos es despiadado. He visto cosas que atormentarían en tus pesadillas. No puedo soportar exponerte a esa oscuridad.

Comprendo el peso de sus palabras. El mundo de la mafia es brutal e implacable. Es una oscuridad que te engulle por completo cuando entras en ella y nunca te libera.

Aun así, es un riesgo que estoy dispuesta a correr por mi familia.

— Prometo tener cuidado, Dominic — le digo con seriedad, con la mirada clavada en la suya. — No correré riesgos innecesarios y priorizaré nuestra seguridad por encima de todo. Pero necesito hacer esto, por el bien de Lucas. — *Y por el tuyo.*

Cierra los ojos un momento y apoya su frente en la mía. Puedo sentir la lucha interna que está librando, dividido entre ceder ante mi petición y protegerme de cualquier daño.

Finalmente, exhala lentamente y abre los ojos, con un atisbo de resignación en su expresión. — De acuerdo, Elena. Pero prométeme que nunca subestimarás el peligro, y que me llamarás si algo sale mal.

Asiento con la cabeza, aliviada. — Te lo prometo, Dominic.

Se inclina hacia mí, me besa y gime profundamente. Le devuelvo el beso. Sus labios son suaves y saben a whisky.

Cuando se separa, me pone un dedo bajo la barbilla y me levanta la cabeza.

— Nos enfrentaremos a esto juntos, Elena. Y me aseguraré de que nadie toque ni un cabello de tu cabeza ni de Lucas.

Le devuelvo la sonrisa, con el corazón lleno de emociones que aún no he querido etiquetar.

A la mañana siguiente, me despierto con los suaves rayos de sol filtrándose a través de las cortinas. Lo primero que pienso al abrir los ojos es en mi encuentro con David Peterson y se me revuelve el estómago.

Mi cuerpo tiembla de ansiedad, pero no dejo que eso me detenga. Me doy una ducha, me visto con un traje blanco y dejo que mi cabello me cubra los hombros. Hoy llevo mi pintalabios

favorito: es rojo oscuro y disimula perfectamente mis inseguridades.

Cuando finalmente bajo, Dominic me espera en el vestíbulo como cada mañana. Viste un elegante traje negro. Sus ojos se cruzan con los míos y aún puedo ver la reticencia en los suyos.

— ¿Estás lista para irnos, Elena? — pregunta con voz baja y firme.

Respiro hondo y asiento con la cabeza. — Tan lista como puedo estarlo. ¿Dónde está Lucas?

— Insistió en que Vincent y Marcus lo llevaran. Se lleva muy bien con ellos — añade, y una sonrisa se dibuja en su rostro.

— Lucas tiene suerte, ¿sabes? Tiene el mejor papá, los mejores tíos y la mejor tía del mundo. Mantendremos a nuestro hijo a salvo, Dominic.

Dominic se acerca y toma mis manos entre las suyas. — Lo haremos — me asegura con una sonrisa.

El trayecto hasta la oficina transcurre en silencio y percibo la preocupación de Dominic desde el asiento del copiloto. Cuando veo el alto edificio de mi empresa, me late el corazón.

Cuando llegamos al edificio de mi oficina, Dominic me acompaña hasta la entrada.

Sus ojos buscan los míos para tranquilizarme y le ofrezco una sonrisa. — Estaré bien, Dominic. Peterson no sabe que conozco su verdadera identidad. No correré riesgos.

Dominic asiente, su expresión aún llena de preocupación. — Solo recuerda, si algo sale mal, llámame de inmediato. Estaré a la espera.

Me inclino y le doy un beso en los labios, sintiendo la suave calidez de su boca contra la mía.

— Lo haré, Dominic. No te preocupes.

Con una última mirada, me observa entrar al edificio, sus penetrantes ojos azules se quedan clavados en mí hasta que desaparezco por las puertas de cristal.

Dentro de mi despacho, me tomo un momento para serenarme. El corazón me late con fuerza, pero me recuerdo a mí misma que no pasará nada. Peterson no me hará daño en mi despacho y Dominic está afuera para protegerme si algo sucede.

Me acomodo en mi sillón de cuero y empiezo a revisar los documentos relacionados con mi reunión con Peterson. He reunido información sobre los negocios ilegales en los que ha invertido

en los últimos diez años.

Algunas de ellas pertenecen a Kirill Vadim. También conseguí encontrar una inversión que supongo que tiene que ver con un casino clandestino.

No es mucho, pero es suficiente para presionarlo si fuera necesario. El conocimiento es mi arma, y pienso usarla sabiamente.

El tiempo pasa lentamente y siento el peso de la inminente reunión presionándome.

Justo cuando cierro los ojos para inspirar profundamente, llaman a la puerta de mi despacho.

— Adelante — digo con voz firme.

La puerta se abre y entra David Peterson. Tiene una sonrisa calculadora en la cara. Viste un traje impecable e irradia seguridad mientras se acerca a mi mesa.

— Elena Marconi, es un placer volver a verla — dice Peterson tendiéndome la mano.

Me levanto de mi asiento y le estrecho la mano con firmeza. No puedo dejar que note que estoy nerviosa, así que mantengo una sonrisa.

— Igualmente, Sr. Peterson. Por favor, siéntese.

Peterson ocupa la silla frente a mi escritorio, sin apartar su mirada de la mía.

— Debo decir que me sorprendió enterarme de su relación con mi sobrino.

Mierda. No se anda con rodeos. Es tan directo.

Se me encoge el corazón y elijo mis palabras con cuidado.

Fingiendo que no estoy al tanto de su conexión familiar, entrecierro los ojos y le pregunto. — ¿Su sobrino?

La sonrisa de Peterson no llega a sus ojos mientras se reclina en su silla. — No finja que no sabe de qué estoy hablando, Elena. Seguro que Dominic ya le habrá contado nuestra complicada relación familiar.

Me inclino hacia delante y apoyo el codo en la mesa.

Mis manos están a punto de temblar, pero mantengo la compostura. — No me involucro en disputas familiares, Sr. Peterson. Estamos aquí para hablar de negocios y le agradecería que nos limitáramos a eso.

Peterson me mira con mirada perspicaz. Si es la mitad de bueno como Dominic leyendo el lenguaje corporal, habrá notado de que estoy algo inquieta.

— ¿Sabe por qué acepté invertir en su empresa, Srta. Marconi?

— ¿Qué tal si me lo dice?

— Es lista e inteligente. Es un rasgo del que carecen muchas mujeres de su edad. Y estoy muy impresionado.

*¿Y no es porque quería usarme como cebo para llegar a Dominic?*

Me fuerzo a sonreír, aunque me pican los dedos por rodearle su arrugado cuello.

— Gracias. Es el mejor cumplido que he oído en mucho tiempo. ¿Podemos ir al grano?

— No tan rápido. — Golpea pensativamente con los dedos el reposabrazos de la silla. — ¿Qué le parece si hablamos de negocios en mi casa?

— ¿En su casa?

— La invito a cenar y me encantaría conocer a mi sobrino.

El silencio se cierne entre nosotros y el aire se tensa. Sé a qué está jugando el Sr. Peterson. Está intentando averiguar cuánto sé. No rechazaría una cena en su casa, aunque no tuviera ni idea de quién es en realidad, y él lo sabe.

Si rechazo su invitación, estaré revelando lo mucho que sé. Si la acepto, estaré entrando en su juego, exponiéndome a mí misma y a Lucas en el proceso.

Sopeso mis opciones cuidadosamente. — ¿Qué le parece si organizamos una reunión familiar?

Sonríe con satisfacción. — ¿Qué propone?

— Una cena con el resto de la familia Romano. — Y así de simple, lo atrapo en su propia telaraña.

# Capítulo XVII

# Dominic

— Por nada del mundo los dejaré entrar a ti o a Lucas en la guarida de ese cabrón, ¿me oyes? — respiro hondo cuando me doy cuenta de que le estoy levantando la voz a Elena.

Después de dejarla en la oficina esta mañana y de que estuviera con Peterson, casi pierdo la cabeza por miedo a que le hiciera daño y que no pudiera llegar a tiempo para salvarla.

Maldita sea.

Fui un estúpido al permitirle correr ese riesgo, ¿y ahora qué? Quiere cenar con Peterson. Al carajo con el hecho de que seamos familia, ataría una soga alrededor del cuello de ese bastardo y colgaría su cuerpo sin vida desde la azotea de mi rascacielos antes de dejar que eso suceda.

Elena se acerca a mí y me pone una mano en el brazo. Su tacto es tan suave y cálido que casi deshace la tormenta que se agita en mi interior.

— Dominic...

Me alejo antes de que su tacto pueda penetrar más profundamente en mí. — No, Elena. No me importa lo que digas, no voy a dejar que te pongas en peligro.

— Peterson no me hará daño y además no voy a ir sola. Tendré a Marcus y a algunos guardaespaldas conmigo. Me mantendrán a salvo.

Me froto la frente. Ella no lo entiende. No tiene ni la más remota idea de lo peligroso que es esto. Sobreestimé su comprensión acerca de la mafia y de lo oscuro que es el mundo en realidad.

— Esta conversación ha terminado, Elena.

— Pero...

— ¡Se acabó! — Golpeo la mesita de noche con el puño y Elena se estremece visiblemente. — No voy a arriesgar tu vida, la de Lucas o la de Marcus solo para demostrarle algo a ese cabrón calvo. Y te aseguro que no voy a dejar que te pongas en peligro para ganar una estúpida guerra con los de la Bratva.

La rabia corre por mis venas y desgarra cada parte de mí. — Tú y Lucas son todo lo que tengo.

No me importa si muero, pero no puedo perderte. Moriría por ti, Elena.

Sus ojos color avellana brillan con lágrimas mientras apoya una palma en mi pecho.

— Eres tan injusto, Dominic. Tan egoísta. ¿Quién te dio el derecho de hablar de morir como si fuera un juego de niños? — Ella moquea y clava los dientes en su labio inferior. — ¿Tú puedes arriesgar tu vida por mí, pero Lucas y yo no podemos hacer lo mismo por ti?

— No, no pueden — le digo en el tono más bajo que puedo.

Le sujeto por los hombros y la acerco lo suficiente como para que pueda oler su champú de fresa dulce y su perfume de vainilla.

— ¿Sabes por qué? Porque si les pasa algo a ti o a Lucas, quemaría el mundo hasta los cimientos y yo también ardería con él.

Su pequeña mano me acaricia la cara y yo me inclino hacia ella, poniendo mi mano sobre la suya.

— Quiero ayudarte.

— Lo sé, pero la única manera en que puedes ayudarme es manteniéndote con vida. Ya he perdido a mis padres y de la forma más cruel posible. No sobreviviré si te pierdo a ti también.

Nos miramos fijamente a los ojos un momento, luego ella se levanta sobre las puntas de sus pies y me besa. Gimo, la suave sensación de sus labios me atraviesa y se mezcla con la rabia que siento en las entrañas.

Quiero devolverle el beso, pero me aparto. — No deberíamos. Estoy demasiado enfadado. Podría hacerte daño.

Su aliento es cálido y acaricia mis labios como el toque de un amante. — Puedo soportarlo.

— No, Elena...

Me pone un dedo en los labios. — Silencio. Te quiero a ti. Ahora. — Vuelve a ponerse de puntillas y sus labios encuentran los míos.

Oigo los latidos de su corazón mientras le abrazo las mejillas y le devuelvo el beso como si mi vida dependiera de ello. Sus labios son tan suaves, tan deliciosos.

Mi ira desaparece lentamente y una oscura e insaciable necesidad de tenerla me invade. Le rodeo

la cintura con el brazo y ella gime en mi boca.

*Dios mío.*

Ese sonido hace que mi miembro palpite dolorosamente en mis pantalones. La necesito como nunca he necesitado a nadie. Y que Dios me ayude, porque no solo quiero cogérmela, quiero hacerle el amor.

Quiero oírla gemir mi nombre mientras la penetro.

— Mierda — gimo.

La levanto del suelo y ella me rodea con las piernas y los brazos mientras la llevo a la cama, la tumbo en ella y me subo encima.

Mis caderas presionan contra las suyas y ella gime fuerte cuando mi erección se desliza contra su clítoris.

— Maldición, Dominic. Te deseo — grita. — Quiero sentirte dentro de mí.

*Quiero estar dentro de ella.*

Me separo de su beso y agarro su camisón. Es de un tejido morado transparente y puedo ver cómo se endurecen sus pezones rosados. Suplican que los muerda y los acaricie.

Cuando levanta las caderas y le quito el camisón, siento una oleada de electricidad al contemplar su cuerpo desnudo. Su piel es tan sedosa y las luces del techo la hacen brillar. El cabello le cae en cascada por los hombros, cubriéndole los pechos y dejando a la vista unos pezones rosados y duros.

— Dios, Elena. No tienes idea de lo hermosa que eres.

Se sonroja y respira con más fuerza.

*Mio Cristo.*

La acerco más, separándole las piernas mientras me arrastro sobre ella y saboreo su cuello y los lóbulos de su oreja.

Gime de placer, empuja sus pechos desnudos hacia mí y aprieta las caderas contra mi erección.

Sus sonidos son suaves, y la sensación que le transmiten a mi cerebro es alucinante. Estoy cada vez más excitado, pensando en todas las formas en que quiero cogérmela esta noche. La quiero

de rodillas, de espaldas. Sentada sobre mi cara.

*Por Dios.*

Como si me leyera el pensamiento, me empuja el pecho y sonríe de un modo que me hace palpitar el corazón.

— Quiero estar al mando esta noche, Dominic — me susurra.

No me está pidiendo permiso, me lo está ordenando.

Me desabrocha la camisa y en un segundo estoy desnudo.

— Estás tan duro — susurra, sin apartar los ojos de mi erección. — Me muero por tenerte dentro de mí, pero aún no.

Sus ojos se fruncen con oscuro deseo cuando me sonríe. Me empuja hacia atrás y se arrastra entre mis piernas para pasar la lengua por la punta de mi hombría, lamiendo una gota de semen.

Mi cuerpo se estremece por la sensación y gimo. *Mierda.*

Elena se coloca el cabello por detrás de la oreja, lo que me ofrece una visión perfecta, aprieta mi hombría con su delicada mano y empieza a moverla. Mi hombría se calienta cuando se la mete en la boca y suelta un excitante gemido, luego empieza a mover la cabeza, acariciando, chupando y pasando la lengua por la punta.

Mis músculos se tensan y me quedo embelesado por la forma en que me la chupa. Me la han chupado más mujeres de las que puedo contar. Pero ninguna de ellas me ha llevado nunca al borde del orgasmo con unos pocos lametones. De hecho, he tenido que imaginarme que era Elena cada vez que sus bocas envolvían mi hombría.

Pero esto... esto es muy diferente. No tengo que fingir los gemidos que resuenan en mi pecho ni los gruñidos que escapan de mis labios.

Elena clava sus ojos en mí, sus gruesas pestañas proyectan una sombra sobre sus mejillas. Me acerca al clímax y se detiene, luego se arrastra hasta mi cara y se sienta a horcajadas sobre ella como si fuera su maldito trono.

Deslizo mi lengua por su clítoris y ella se estremece, sus ojos se cierran y echa la cabeza hacia atrás.

— Es tan jodidamente dulce — le gruño.

*Lamo.* — Tan jodidamente delicioso.

Veo su placer reflejado en las expresiones que cruzan por su rostro mientras le acaricio con la lengua. Dios, es preciosa.

— ¿Te gusta?

Ella respira entrecortadamente y asiente. — Me gusta. — Jadea, apretándose contra mi boca. — ¡Más fuerte!

Aprieto la lengua con más fuerza, deslizándola de arriba abajo y luego de lado a lado. Elena grita de placer y de necesidad. Me encanta.

Cuando se tensa sobre mí, sé que está a punto de correrse, así que la pongo a cuatro patas, empuño mi hombría y la penetro.

Su grito de satisfacción es música para mis oídos.

Sus manos se aferran a las sábanas. — Dios... Dominic.

— Me encanta cómo gimes mi nombre, nena.

Mis dedos se clavan en su cintura y su trasero es un espectáculo mientras la penetro una y otra vez, cada embestida más profunda, rápida y posesiva.

Está tan apretada. Tan mojada.

Me detengo un momento, la levanto y la beso. Su sabor permanece en mi lengua y ella lo absorbe.

— Por favor, Dominic...

— ¿Por favor qué? — Deslizo una mano por su pecho para tocarle un pezón.

— Te necesito — jadea. — Por favor.

Mierda.

Me gusta cuando me suplica que la coja. Me gusta que me necesite. La vuelvo a tumbar en la cama y empiezo a meter y sacar mi hombría sin cesar. Esta vez, la cojo como un hombre malo. No soy suave. No soy bueno.

Mis manos exploran su cuerpo mientras mi hombría se hunde lo suficiente como para tocar su

útero. Los dos respiramos con dificultad, gemimos y sudamos de placer.

Nos devoramos mutuamente y no me gustaría que fuera de otro modo.

Elena se aprieta a mi alrededor, rasguña las sábanas con las uñas y grita al estallar su orgasmo.

Se estremece debajo de mí, temblando por la intensidad de su clímax. La penetro un par de veces más antes de que se me contraigan las pelotas. Suelto un potente gemido al vaciarme dentro de ella.

Los dos tardamos un momento en bajar de nuestro subidón. Todavía respiramos con dificultad mientras mi hombría se ablanda dentro de ella. Me aparto y me desplomo en la cama, arrastrándola conmigo.

— Eso ha sido intenso — murmura, trazando una línea en mi pecho y escuchando mis erráticos latidos.

Le paso los dedos por el cabello. — ¿Qué parte?

— Cada parte — dice en un tono bajo. — Me gustó como... me chupaste y lo fuerte que me cogiste.

Siento un hormigueo en el estómago. Le acaricio la parte baja de la espalda con la palma de la mano y noto cómo se le eriza la piel.

— Todavía hay muchas cosas que quiero hacerte, Elena. Quiero cogerte en todos los rincones de esta casa sin contemplaciones. Quiero cogerte en todas las posturas posibles.

Siento su sonrisa. — Tranquilo, *Capo*. Tenemos un niño de seis años viviendo con nosotros y una italiana gruñona de sesenta y tantos.

— ¿Bianca?

— Creo que me odia.

— Créeme, no te odia. Bianca ayudó a criarnos a mis hermanos y a mí, y por eso solo quiere protegernos.

Bajo la cabeza para mirar a Elena y ella hace un mohín. — Es grosera conmigo, pero lo dejaré pasar ya que te agrada tanto.

— No necesitas esforzarte y ser especialmente amable. Solo sé tú misma y pronto se

acostumbrará.

Ambos nos quedamos callados un momento.

— ¿Qué planeas hacer con el Sr. Peterson y los de la Bratva?

*Planeo acabar con ellos y coronar a un nuevo rey en el trono de la Bratva.* Pero eso no se lo digo a ella. De ahora en adelante, planeo proteger a Elena de mi mundo y de la oscuridad.

— Tú no te preocupes por la mafia.

Ella se sienta. — Dominic, soy una mujer independiente y no tienes derecho a darme órdenes. Está bien si no necesitas mi ayuda, pero mi hijo ha vivido seis años sin padre y no dejaré que te mates ahora que finalmente te ha conocido.

— Tampoco puedo dejarlo vivir sin una madre.

— Entonces...

— Esta conversación ha terminado, Elena. — Me levanto de la cama. — Esta será la última vez que me hables de la mafia.

Me dirijo al cuarto de baño, abro la ducha y me meto. Mientras el agua caliente me quema la piel, me siento entre el cielo y el infierno.

Me había convertido en un monstruo cuando Elena me dejó. Cuando volvimos a encontrarnos, ella me ayudó a encerrar a ese monstruo.

Ahora, debo convertirme en ese monstruo una vez más para protegerla a ella y a mi hijo.

# Capítulo XVIII

# Elena

— Deberías saber que a mi hermano no hay quien le gane, leer libros de autoayuda no cambiará nada — dice Vincent, con sus ojos azules brillando bajo el sol abrasador.

Señala con la cabeza el libro que tengo en la mano. — Por cierto, tu libro está al revés.

Rápidamente giro mi libro en la dirección correcta y suspiro.

Es sábado por la tarde y estoy sentada en el patio, fingiendo leer un libro titulado «*Defiende tu posición ante una pareja narcisista*» cuando lo único que quiero hacer es buscar en Google las distintas formas en que puedo matar a Dominic sin matarlo realmente.

Vincent tiene razón, no se le puede ganar a Dominic.

Cierro el libro y lo estampo contra la mesita de granito que tengo delante. — ¿Es siempre así? ¿Nunca escucha a los demás?

Vincent se inclina y roba un puñado de las deliciosas galletas con forma de pez que el chef ha preparado esta mañana.

— Es un *Capo*. Nació y creció para liderar, así que es natural que sea arrogante y mandón. Pero siempre le escucha a Marcus y a Dante.

Arrugo las cejas. — Créeme, ya conozco a Marcus y es la última persona a la que acudiría en busca de ayuda. Pero, ¿quién es Dante?

— Es un tipo que tiene una especie de vínculo de amor-odio con Dominic. Dante jura que él y Dominic son almas gemelas, y Dominic finge odiarlo. Es complicado.

Sus ojos se encuentran con los míos y continúa cuando ve que no estoy satisfecha con su respuesta.

— Yo prefiero no involucrarme en asuntos de la mafia, pero puedo conseguirte el número de Dante si quieres.

Ignoro su sugerencia. — Si a Dante le gusta tanto Dominic, entonces probablemente sea igual que él. — Me reclino en el asiento y cruzo los brazos sobre el pecho. — Se avecina una guerra

entre la Bratva y la Cosa Nostra. ¿No te preocupa tu familia?

Vincent sonríe. Lleva una chaqueta de cuero blanca, pantalones y un suéter blanco cuello de tortuga que le sube hasta el cuello desde abajo de la chaqueta.

— Claro que estoy preocupado. Mis hermanos no son hombres fáciles de matar, pero son todo lo que me queda desde que murieron nuestros padres.

— ¿Te molesta si te pregunto qué les pasó?

— Ambos fueron asesinados en su mansión. No sabemos quién lo hizo, pero Dominic sospecha de la Bratva.

— Oh. — Una punzada de culpa y tristeza me oprime el pecho. — Yo... no tenía ni idea de que habían perdido a sus padres de esa manera.

Hay un destello de tristeza en los ojos de Vincent por un momento, pero no perdura.

— No hablamos de ello. No tengo ni idea de lo que pasa entre mi hermano y tú, pero nunca se lo perdonará si les pasa algo a ti o a Lucas. Por eso te pide que te alejes de los asuntos de la mafia.

Me quedo en silencio. No sé qué decir. Hasta ahora, he estado tan ensimismada que no me había dado cuenta de que no sé mucho sobre Dominic. No sé qué lo hizo ser como es y qué le ha causado tanto dolor.

Vincent mira su reloj. Es un reloj Patek Phillipe blanco, edición limitada.

— Ahora debo irme. Hasta luego. — Se levanta y se dirige a su coche.

El tiempo pasa volando mientras pienso en Dominic y en el trauma que tuvo que haber soportado, al ver los cadáveres de sus padres, tras ser asesinados en su casa.

Debió dolerle bastante.

Cuando llega a casa esa misma noche, estoy tumbada en su cama hablando con Moira por teléfono mientras lo espero. Termino la llamada y recorro con la mirada al padre de mi hijo.

— Hola. — Deja la pistola en la mesita de noche y se desabrocha la camisa. — Sigues despierta.

— No podía dormir, la verdad. — Me levanto de la cama y me acerco para ayudarlo a quitarse la ropa. — ¿Has tenido un mal día?

— No. — Tira su camisa al suelo. — Hoy fue un día sorprendentemente tranquilo. ¿Dónde está

Lucas?

— Dormido. Se quedó despierto esperándote hasta las ocho.

Dominic se frota la sien y suelta un quejido. Sus ojos están sombríos y parece agotado.

— Debería pasar más tiempo con él, pero prácticamente no estoy en casa. Lo siento.

Le rodeo el cuello con los brazos. El calor de su cuerpo se propaga en el mío.

— No pasa nada. Podrás pasar más tiempo con él cuando todo esto acabe.

Sonríe, pero no llega a sus ojos.

— Por supuesto. Así será. — Me besa suavemente en la frente. — Me daré una ducha y luego regreso contigo.

— ¿Qué tal si cenamos?

— No tengo hambre. Solo necesito una ducha caliente y un buen descanso. — Se aparta y se dirige a grandes zancadas al cuarto de baño.

Pongo su ropa en el cesto de la ropa sucia, vuelvo a la cama y me meto bajo las sábanas.

Ya estoy a punto de quedarme dormida cuando Dominic entra en la habitación desde la ducha, llenando el aire con el aroma a sándalo. Camina desnudo hasta el armario y, cuando vuelve, solo lleva puesto unos calzoncillos.

La cama se hunde cuando él se sube y aprieta su pecho contra mi espalda. Su cuerpo está fresco después de la ducha, pero consigue calentarme cuando me rodea con un brazo.

Volteo para mirarlo. No parece tan agotado como hace unos minutos, pero la oscuridad de sus ojos no se ha desvanecido del todo.

— ¿Puedo preguntarte algo?

Me hace un leve gesto con la cabeza. — Adelante.

— Tus padres. ¿Cómo murieron?

Se le corta la respiración, me suelta el brazo e intenta darse la vuelta antes de que le sujete del hombro.

— No hay problema si no quieres hablar de ello. No quiero ser insistente.

Me sostiene la mirada un momento, sus ojos azules me atraviesan el alma.

— Los mataron a tiros en su casa, en su aniversario — dice en voz baja. — He visto muchos muertos en mi vida, Elena, pero la imagen de sus cuerpos sin vida no sale de mi mente. Es como si me hubieran maldecido para no poderlo olvidar nunca. Es como un precio que tengo que pagar por mi crueldad, y es la fuerza impulsora de mi brutalidad.

El dolor se refleja en sus ojos y es la primera vez que veo una expresión triste en el rostro de Dominic. Su tristeza es todo lo que necesito para que mi corazón se estruje en mi pecho.

— Lo siento, Dominic. No puedo imaginar lo duro que debió haber sido para ti.

Mi corazón se rompió en mil pedazos cuando murió mi madre, pero ella había muerto de cáncer. Había luchado mucho y tuvimos tiempo de prepararnos para sus últimos momentos. Aún así, me duele cada vez que pienso en ella.

Quiero explicarle a Dominic que entiendo cómo se siente, pero imagino que es un nivel de dolor diferente saber que tus padres no murieron de forma natural, sino que les arrebataron la vida.

— Si lo sientes, entonces tienes que protegerte, Elena. No puedo perderte a ti también.

Me acerco más a él y apoyo mi cabeza en su pecho, escuchando el latido constante de su corazón. Ahora entiendo por qué siempre ha sido tan protector conmigo y con Lucas. Siento mucho no haberlo entendido mejor antes.

— Lo haré. No volveré a involucrarme. Lo prometo, pero Peterson esperará que vaya a cenar.

— Lo hará, pero nadie va a pisar el territorio del enemigo solo para demostrarle algo. A mi tío, déjamelo a mí.

Asiento con la cabeza. — Tú también tienes que prometerme algo.

Me acomoda el cabello detrás de la oreja. — ¿Qué cosa?

— Prométeme que no te harán daño, Dominic. No quiero que Lucas crezca sin su padre. Él te necesita. — *Ambos te necesitamos.*

— No moriré, Elena. Soy un hueso duro de roer, ¿sabes?

Una sonrisa se dibuja en mis labios. — Estoy segura de ello.

— Siento haberlos arrastrado a ti y a Lucas a todo este lío, Elena. — Su nuez de Adán se mueve mientras traga. — Te odié durante años por haberme dejado, pero ahora siento que hiciste lo

correcto. Nunca debería haber vuelto a sus vidas.

— Hey. — Me enderezo contra la cabecera. — Yo pensaba que había hecho lo correcto. Para ser sincera, tampoco estoy del todo segura de que lo que hice estuvo mal, pero no me arrepiento de tenerte aquí y estoy segura de que Lucas también lo entenderá.

— ¿Y si crece y me odia por lo que hago?

— Si crees que existe la posibilidad de que Lucas te odie, entonces no tienes ni la más remota idea de quién es tu hijo. — No exagero para que Dominic se sienta mejor.

Lucas ha sido el más feliz desde que nos mudamos aquí. Dentro de unos años, dudo que recuerde que alguna vez Dominic no haya formado parte de su vida.

Un suave golpe en la puerta atrae nuestra atención.

— ¿Quién crees que es?

— Creo que es Lucas.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro?

— Simplemente lo sé. — Dominic se pone rápidamente los pantalones, toma la pistola de la mesita de noche. — Será mejor que lo compruebe. — Camina sigilosamente hacia la puerta y la abre con suavidad.

Lucas está parado delante de nuestra puerta, con su almohada de Bob Esponja sujeta entre el brazo izquierdo y el torso.

— Hola, papá.

Dominic se mete rápidamente la pistola en la parte trasera de sus pantalones.

— Hola, hombrecito. ¿Qué sucede contigo?

Lucas mira entre Dominic y yo. — He tenido una pesadilla. ¿Puedo dormir aquí contigo y con mamá esta noche, por favor?

Dominic no duda y responde. — Claro. — Le tiende la mano, cierra la puerta cuando Lucas la toma y entra.

Ambos se dirigen a la cama y Lucas ocupa el espacio entre Dominic y yo.

— Hola, mamá. — Lucas me rodea con el brazo y le doy unas palmaditas suaves en la espalda.

— Has tenido una pesadilla, ¿eh?

Él asiente con la cabeza.

— Lo siento, cariño. Solo ha sido un sueño. No va a pasar nada malo.

Lucas parpadea y sus ojos azules brillan en la penumbra de la habitación. — ¿Porque papá está aquí para protegernos?

Le sonrío a Dominic y él me devuelve la sonrisa. — Sí, cariño. Papá nos protegerá. Estamos a salvo aquí con él.

Lucas no dice una palabra durante otro minuto. — ¿Papá?

Dominic le frota el cabello. — ¿Hijo?

— ¿Hay alguna razón por la que tú y mamá no se hayan casado aún?

Jadeo, con los ojos muy abiertos y se me cae la mandíbula. — ¡Lucas!

— Todos mis amigos de la escuela dicen que sus padres están casados — se queja, haciendo un mohín con su boquita. — Yo soy el único que mi padre no está casado con mi madre. — Estrecha los ojos hacia su padre y hacia mí. — ¿Están divorciados?

— ¡No! — Dominic y yo respondemos al unísono, y luego ambos nos reímos entre dientes.

Lucas se está portando mal. Me daba miedo que mi hijo creciera demasiado rápido. Es genial ver que aún sigue siendo un niño pequeño.

— No — repito sola esta vez. — Tu padre y yo nunca hemos estado casados. Algo salió mal antes de que nacieras. Mamá y papá tuvieron que tomar caminos separados durante un tiempo.

Lucas asiente. — ¿Entonces se casarán ahora que están juntos?

Me muerdo el labio y miro a Dominic.

— No voy a dejar que ni tú ni tu mamá se vayan nunca más — responde Dominic, mientras me mira fijamente. — Nunca.

— ¿Entonces te casarás con ella?

Dominic sonríe y le da unas palmaditas en la cabeza a Lucas. — Duérmete, pequeño. No hagas más preguntas, ¿vale?

Lucas murmura algo antes de apoyar la cabeza en mi estómago.

Siento un calor en el pecho. Una punzada de felicidad que hacía tiempo no sentía. Cuando era más joven, siempre había querido tener la familia perfecta. Creo que la necesidad de tener una; nació de la ausencia de una figura materna y del sufrimiento a causa de un padre alcohólico.

Necesitaba a alguien a quien querer y que me quisiera. Sabía que la única manera de conseguirlo era formar mi propia familia. Han pasado años y siento que he conseguido todo lo que quería.

Ver a Dominic contemplar a Lucas mientras duerme con tanta calidez en los ojos, me llena de una nueva esperanza refulgente. Puede que aún no haya tenido la boda perfecta, pero esto, esto es todo lo que siempre soñé.

Y no me gustaría que fuera de otra manera.

# Capítulo XIX

# Dominic

— ¿Qué demonios ha pasado aquí? — gruño, tapándome la nariz con una mano para bloquear el hedor a sangre rancia y pisando los cadáveres de los hombres que están en el suelo.

Son las siete de la mañana, veinte minutos desde que recibí la llamada de Dante informándome de que uno de nuestros almacenes había sido atacado.

Dante aprieta el puño y lo golpea contra la pared de ladrillo.

— No tengo ni la más puta idea, hombre. Vine aquí exactamente a las seis para registrar el cargamento que llegó anoche. Pude oler la sangre a metros de distancia y cuando entré, vi esta mierda. Alguien atacó el almacén — añade, como si no fuera muy obvio.

Resoplando enfadado, saco del bolsillo del pecho el paquete de cigarrillos que llevo encima, pero que nunca fumo, y deslizo uno entre mis labios.

— ¿Necesitas un encendedor, *Capo*? — pregunta Dante.

Levanto una ceja en su dirección. Mis nervios se crispan de rabia y juro que lo único que veo es rojo. Al menos diez de mis hombres han muerto y un cargamento de droga valorado en millones de dólares ha desaparecido.

Dante enciende el encendedor e inhalo, cerrando los ojos mientras el humo se mezcla con la amargura de mi estómago. Se supone que debería ser relajante, pero hace que me pique la garganta por la sed de sangre.

Cuando abro los ojos, exhalo el humo y miro fijamente a Dante. — Estuve aquí anoche. El que hizo esta mierda sabía que estaba aquí y esperó a que me fuera.

Dante se queda pensativo cuando Marcus irrumpe en el almacén, tronándose los dedos, la furia en su cara iguala la mía. — ¿Qué demonios ha pasado aquí?

— ¿Qué demonios crees que ha pasado? — Dante le devuelve el ataque. — ¿Una fiesta de Navidad?

Marcus mira a su alrededor, no se tapa la nariz y no parece afectado por el olor en absoluto. —

Esos bastardos rusos.

— Es imposible estar seguros de que los rusos hayan hecho esto — digo.

Kirill es un maldito perdedor, pero no es tan estúpido como para lanzarme un ataque tan abierto como este.

— ¿Entonces quién? — gruñe Marcus. — ¿La mafia irlandesa? ¿Los Camorristas?

Mis ojos se encuentran con los suyos cuando dice. — Los Camorristas.

Marcus sacude la cabeza. — *Nessun fratello*. Los camorristas son unos maricas, no te atacarían así. Esos cabrones se mojarían los pantalones si llegaras a mirarlos mal.

— Por eso sospecho de ellos. — Los rusos no se arriesgarían a mi ira y a la pérdida de vidas que eso traería.

Además, Kirill es un hombre orgulloso. Un cabrón, pero un viejo cerdo orgulloso. Si hizo algo así, querría que yo supiera que fue él.

Aspiro más humo. — ¿Alguna noticia de Alexei?

— No — responde Dante. — Se ha asegurado de evitar nuestro territorio.

— Evitar nuestros territorios no le servirá de nada. Le he dado tiempo suficiente para tomar una decisión. Es su problema si no se ha decidido. — Me cansé de ser paciente.

Estoy demasiado enfadado para ser compasivo.

— Solo pídemelo y lo mataré, hermano — dice Marcus.

— No habrá necesidad de eso. — Al menos aún no.

Doy una última inhalada a mi cigarrillo, lo tiro al suelo y veo cómo se empapa lentamente de sangre. Lo piso con mi zapato de cuero Tom Ford.

— ¿Qué hago entonces?

— Encuéntralo y tráemelo esta noche. — Me meto la mano en los bolsillos, con la respiración agitada mientras intento que no se me escape la rabia. — Limpia este desastre y asegúrate de que sus familias estén bien atendidas.

***

— Me he enterado del ataque a tu almacén — dice Alexei.

Está diferente desde la última vez que lo vi. Demasiado diferente para mi gusto.

Lleva un traje negro a medida, una pierna cruzada sobre la otra y una sonrisa arrogante en los labios mientras da sorbos a mi costoso whisky. Hay diez hombres detrás de él, los diez con aspecto feroz y dispuestos a dar la vida por él.

Estoy tentado a apuntarle con mi arma, solo para asegurarme de que lo harán.

Ha pasado un mes desde que husmeó en mi territorio. Treinta malditos días desde que mis hombres lo capturaron y me lo trajeron como a un maldito don nadie, atado con una cuerda.

Sin embargo, no parece el mismo de aquella noche. Su aura es más oscura y su presencia impone respeto. El tipo no me cae bien, pero debo decir que estoy orgulloso de él.

En cualquier caso, creo que será un gran aliado. Eso, por supuesto, siempre y cuando no haya tenido nada que ver con el ataque al almacén. Si así fue, entonces lo convertiré en comida para gusanos esta noche.

Extiendo el brazo sobre la silla y una oscura sonrisa se dibuja en mis labios. Estamos en la oficina de uno de mis clubes, lejos de la música a todo volumen y las luces de neón que detesto. Es la única razón por la que puedo sonreír.

Esas luces parpadeantes me llevan al borde de la locura siempre que estoy cerca de ellas.

— ¿Es compasión la que percibo en tu voz?

— Más bien un pésame. Perdóneme, Sr. Romano, pero mi vida ha sido un infierno. Lamentablemente ya no me sobra compasión. — Su voz tiene acento ruso.

Lo odio.

— Cuidado, Alexei. Aún no eres el rey.

— Tampoco soy un mendigo. Me gustaría considerarme un rey sin trono por ahora. — Da otro trago a su bebida. — ¿A qué debo esta invitación?

— Supongo que ya lo sabes. No puedo esperar más tu respuesta.

— Me temo que aún no tengo respuesta a tu oferta.

Me quedo mirándolo un momento. Este tipejo sabe cómo sacarme de quicio.

— Lo entiendo — le digo. — Pero creo que también entiendes por qué no puedo dejar que salgas vivo de aquí.

Se queda inmóvil en su asiento y sus ojos oscilan entre la rabia y algo que no logro identificar. Entonces una carcajada sale de sus labios, espesando el aire. *Maldito psicópata.*

— No tienes sentido del humor, hermano. Tranquilo, solo estaba bromeando — dice con sorna.

— Ni siquiera puedes estar seguro de que mi padre haya tenido algo que ver con el ataque a tu almacén.

— Lo sé. No atacaré a menos que esté seguro, pero no quiero esperar hasta entonces.

Alexei se reclina en su silla y me estudia con sus ojos agudos y calculadores. — Entonces, Dominic, cuéntame, ¿cuál es tu plan ahora?

Cruzo los dedos delante de mí, sin apartar la mirada de la suya. — Primero, necesito saber si tuviste alguna participación en el ataque a mi almacén. Sé sincero conmigo, Alexei.

Me mira fijamente y su sonrisa se transforma en una expresión más seria. — Yo no ataqué tu almacén, Dominic. Mi resentimiento es con mi padre, no contigo.

Sus palabras tienen convicción, pero en nuestro mundo la sinceridad puede ser una fachada. Tengo que creer en su palabra, al menos por ahora.

— De acuerdo — digo, aceptando con cautela su respuesta. — Pero si descubro lo contrario, esta alianza se desmoronará más rápido que un castillo de naipes.

Alexei asiente, con expresión sombría. — Entiendo lo que está en juego, Dominic.

— Ahora, en cuanto al cargamento desaparecido — continúo, cambiando la conversación de nuevo hacia los negocios. — Necesito que lo encuentres y lo recuperes por mí. Vale cien millones, y su pérdida podría tener consecuencias de largo alcance.

Alexei se inclina hacia delante, con los ojos entrecerrados. — Haré todo lo posible por encontrarlo. Mis contactos deberían poder ayudar. Pero no esperes que lo haga por la bondad de mi corazón, Dominic.

Me río entre dientes. — No esperaría menos. Tendrás tu parte, por supuesto. Pero recuerda que

tenemos un acuerdo. Tú no interfieres en mis operaciones y yo no interfiero en las tuyas.

— Acabar con mi padre es mi guerra, no la tuya, Dominic. No soy un marica que se esconde en una esquina mientras otros hombres luchan.

Me reclino en mi asiento. — Tu padre tiene muchos aliados. No todos se quedarán de brazos cruzados cuando él caiga. Créeme, tendrás muchas más batallas por delante, pero esta es la mía.

Mi corazón retumba mientras espero a que se decida. La rabia me sube lentamente por la espalda y no estoy segura de cuánto tiempo más podré contenerla. Tengo una familia que proteger y necesito acabar con quienquiera que esté detrás del ataque antes de que Elena o Lucas resulten heridos.

Mientras me ocupo de mantener a salvo a mi familia y de reparar el daño que me causará perder ese cargamento, Alexei encontrará el cargamento y me traerá al ladrón. Estén o no involucrados los de la Bratva, mi alianza con él seguirá en pie.

— Tenemos un trato — dice Alexei. — Sé que eres el *Capo* y que la ciudad pronto será tuya, pero si me traicionas, aceptaré de buen grado la muerte con tal de poder matarte.

— El *Capo* de la Cosa Nostra no traiciona a nadie. — Es un insulto a nuestro orgullo y honor como hombres hechos.

Alexei asiente. Ambos brindamos por nuestra nueva alianza.

— ¿Tu padre aún no sabe que estás en Nueva York? — pregunto mientras el calor de mi bebida se desliza por mi garganta.

Una buena marca de whisky llega donde no llega un puro. Hierve a fuego lento en mi interior y calma la tormenta que desató el ataque de esta mañana.

Se encoge de hombros. — Sí, ya lo sabe. Mi querido padre seguro espera una visita. Pienso hacerla muy pronto.

Es extraño, pero siento algo, quizá lástima por Alexei. Mi padre no era perfecto, ningún hombre en nuestro mundo lo es. Pero odiar a tu propio hijo es otro nivel de crueldad. No puedo entenderlo, porque daría mi vida por Lucas si fuera necesario.

— Él no te recibirá con los brazos abiertos.

— *Lo sé,* pero no iré allí para que me dé la bienvenida. Solo una pequeña charla antes de que reciba su merecido. — Alexei lo dice tan tranquilamente, pero me doy cuenta por su tono que no es tan firme como pretende ser.

Los padres tienen una influencia impresionante sobre sus hijos. Incluso el hombre más fuerte se quiebra cuando se trata de sus padres.

Por un momento, vuelvo a la noche en que murieron mis padres. Yo cayendo de rodillas, sin sentir los fragmentos de cristal en el suelo, aquel dolor que me atravesó como si me estuvieran arrancando el corazón del pecho y ese gruñido que había escapado de mí.

Esa noche, me convertí en otra persona.

Me arrebataron algo, una parte de mí que solo volvió a sentirse vivo gracias a Elena y Lucas.

Vuelvo al presente cuando Alexei se levanta y se alisa el traje. — Creo que esta reunión ha terminado. Ahora me retiro.

Giro la cabeza hacia él cuando llega a la puerta. — Cuídate la espalda — le digo.

— Preocúpate por la tuya — me responde. — Una cosa más, conociendo a mi padre, tu mujer y tu hijo serán lo primero por lo que vendrá. Confía en que jugará sucio.

Se me hiela la sangre. Si Alexei sabe lo de Elena y Lucas, significa que la Bratva, la Camorra y quien quiera que me esté molestando, también lo sabe. Significa que lo más probable es que Peterson no se haya tragado las tretas de Elena.

Me lo esperaba. Lo que no esperaba era que ocurriera tan jodidamente pronto.

— ¿Cómo te enteraste acerca de ellos?

— Todo el mundo lo sabe. Deberías haberlo mantenido oculto, ahora te ven vulnerable. — La puerta cruje cuando la abre para salir.

La música suena a través de la abertura y se desvanece cuando se cierra.

Levanto mi bebida y le doy vueltas antes de llevármela a los labios. Mi mente está demasiado ocupada y mis pensamientos no se ordenan. La puerta vuelve a abrirse y un aroma familiar a madera de cedro inunda el despacho.

— ¿Qué ha dicho ese cabrón? — pregunta Marcus, acomodándose en el asiento que Alexei

ocupaba minutos atrás.

Bajo mi vaso. — Tenemos una nueva alianza.

Marcus frunce el ceño. — Sigo sin confiar en ese cabrón.

— Yo tampoco, pero pondremos fin a la rivalidad con los de la Bratva si se convierte en el jefe.

Marcus se levanta de su asiento y toma mi bebida. Se la vacía en la garganta, deja el vaso sobre mi escritorio y se limpia la boca con el dorso de la mano.

— Lo sé, ésa es la única razón por la que no le volé la cabeza, aunque me moría de ganas. ¿Qué hacemos ahora?

— Refuercen la seguridad alrededor de Elena y Lucas. Esos idiotas irán por ellos en cuanto puedan.

— Lo haré. ¿Y los de la Bratva?

Pienso. — No nos sentaremos a esperar otro ataque, pero tampoco lucharemos contra ellos sin pruebas. Será contraproducente. Prepara a los hombres, tenemos que estar preparados por si algo sucede.

Marcus asiente, y ambos nos quedamos en silencio, sumidos en nuestros pensamientos. La preocupación se instala en mi estómago y se agita incesantemente.

*Tengo que proteger a Elena y a Lucas.*

Me lo recuerdo cada segundo que pasa. No me importa perder mil millones más de cargamentos, solo quiero que mi familia esté a salvo.

— ¿Has decidido qué hacer con ella cuando todo esto acabe? — Marcus pregunta con delicadeza, un rasgo que mi hermano no muestra a menudo.

Siempre es gruñón y brusco.

— Me refiero a Elena.

— Sí. — No necesito rebuscar en mi cabeza para encontrar una respuesta.

He tenido años para pensar y algunos meses más para tomar una decisión.

— Pero no es la noche apropiada para hablar de algo así.

— No sabemos cómo acabará esto. Ya lo hemos vivido una vez y el panorama no fue nada

bonito, hermano. Deberías hacerle saber que te importa antes de que sea demasiado tarde.

No.

Si algo sucede, no necesito que Elena sepa lo que siento por ella. Preferiría que me odie y me considere un inútil. De esa manera, no tendré ningún remordimiento si termino muriendo.

No le impediré encontrar la felicidad que realmente se merece.

Alguien abre la puerta de una patada y entra. No me sorprende ver entrar a Vincent. Creo que no lo he educado bien, porque no tiene modales.

Se sienta en el sofá de enfrente y apoya el pie en la mesita de cristal.

Mira a su alrededor y levanta las cejas. — ¿Qué ha sucedido esta vez?

— Quita tus malditos zapatos de mi mesa.

No me escucha. Nunca lo hace.

— Hubo otro ataque, ¿cierto?

— ¿Y a ti qué te importa?

— Son mi familia, por eso me importa, hombre. — Levanta el pie de la mesa.

Su traje blanco es una monstruosidad, lo juro.

— ¿Es otra guerra?

Marcus responde esta vez. No sé cómo tiene paciencia para las estupideces de Vincent, pero prefiero hacerle entrar en razón que seguirle el juego de palabras.

— Con la Bratva. Perdimos doce hombres esta mañana.

— Y un cargamento — añado. — Quizá si realmente decidieras ser útil, tendríamos a alguien más capacitado para mantener a salvo nuestros cargamentos.

— O podrías tener un hermano muerto. No soy Clark Kent solo porque sea bueno con un arma, hombre.

— No habría perdido el tiempo que tanto me costó enseñarte a usar un arma si hubiera sabido que serías tan jodidamente inútil para la *famiglia* — replico.

¿Me arrepiento? No. Vincent es un Romano a pesar de su negativa a involucrarse con la mafia, eso por sí solo ya lo pone en riesgo de ser atacado si pasa algo.

Debería ser capaz de protegerse, pero el chico tiene habilidades que ni siquiera mis mejores hombres tienen. Su puntería es muy buena y también lo son sus puños cuando decide usarlos. Sus habilidades nos serían útiles, pero insiste en no mancharse las manos de sangre.

Es exasperante, pero nació en este mundo y es algo de lo que no puede escapar.

Le guste o no, la mafia corre por sus venas. Tarde o temprano y por la razón que sea, se encontrará profundamente arraigado al hampa. Por ahora, lo dejo divertirse.

— Hablando de inútiles, ¿no deberías entrenar a tu hijo? El chico va a ser subjefe algún día y no me importaría enseñarle.

Marcus intenta contener una risita, pero se le escapa. — Elena se enfadará cuando oiga eso, hermano. — Me mira con ojos acusadores. — Imagino que te regañará a muerte cuando se entere de que Lucas no puede escapar de su destino.

Mi cabeza cae entre mis hombros y suspiro. — Que Lucas se una a la mafia es el menor de mis problemas ahora. Primero tengo que averiguar cómo mantenerlos a salvo.

— Yo protegeré a Lucas. Tú cuida de tu mujer. — Bosteza. — Solo me ofrezco porque me agrada el pequeño.

— Por supuesto, es lo mínimo que deberías hacer. Es tu sobrino, idiota — replica Marcus.

— Y tuyo también. Aunque esta noche estaré fuera, tengo que meter mi pito en la boca de una puta una última vez antes de que empiece mi confinamiento.

Mis hermanos siguen discutiendo. No escucho ni la mitad, estoy demasiado ocupado pensando en Elena.

Cuando vuelvo a casa, está sentada en la cama, con los auriculares puestos y el MacBook sobre las piernas mientras examina la pantalla. No se da cuenta de que entro, así que me apoyo en el marco de la puerta y la observo un rato.

Desde aquí tengo una buena vista de su perfil. Sus largas y espesas pestañas se agitan cada vez que parpadea. Se humedece los labios y mi hombría se calienta. Es preciosa. Más hermosa que cualquier otra mujer con la que me haya cruzado.

Parece notar que estoy ahí parado porque gira lentamente la cabeza hacia mí y me sonríe. Luego

deja suavemente su MacBook sobre la cama y se quita los auriculares.

— ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

Me alejo del marco de la puerta y me acerco a ella. — Unos minutos. Quizás más.

Elena se levanta de la cama y me abraza, me llena las mejillas y los labios de besos antes de enterrar la cabeza en el pliegue de mi cuello.

— Te he echado tanto de menos.

Beso la parte superior de su cabeza y dejo que mis labios permanezcan allí unos segundos más.

— Yo también te he echado más de menos. ¿Qué tal tu día?

Se aparta y me ayuda a quitarme la ropa. — Normal. ¿Y el tuyo?

— Igual — miento.

Me muero por compartir con ella lo terrible que ha sido el día de hoy. He perdido hombres, hermanos en todos los aspectos excepto en la sangre, y dinero. Pero no quiero molestarla con los problemas de la mafia. No quiero que forme parte de nada que tenga que ver con mi peligroso mundo.

Deja de desabrocharme la camisa un segundo y me mira entrecerrando los ojos.

— ¿Me estás mintiendo?

Le rodeo la cintura con el brazo y la acerco. — No te estoy mintiendo.

Suspira aliviada. — Estaba preocupada desde que te fuiste con tanta prisa esta mañana. Pensé que había pasado algo.

Estoy hirviendo por dentro, pero mantengo la misma expresión. Todo ha sido un desastre hoy, y tengo la sensación de que nada irá bien hasta que acabe con Kirill, pero no dejo que se note mi preocupación.

— Confía en mí, todo está bien.

Sonríe y le brillan los ojos. Estoy completamente fascinado por esta mujer.

— Le diré al chef que te prepare algo de comer. — Se dirige hacia la puerta, pero yo le sujeto de la muñeca, tiro de ella hacia atrás y le abrazo fuerte.

— No lo hagas. Solo quiero abrazarte y que nos vayamos así a la cama. — *Porque eres lo único*

*bueno en mi vida, Elena. Tú y Lucas.*

— Dominic, ¿estás seguro de que estás bien?

— Lo estoy. Solo estoy agotado y algo necesitado. — Rompo mi abrazo y coloco un dedo bajo su barbilla, inclinando su cara hacia la mía. — ¿No tengo derecho a necesitarte?

— Por supuesto que sí. — Su sonrisa se desvanece un poco. — ¿Puedo preguntarte algo?

— ¡Claro!

— ¿Qué pasará cuando todo esto termine, Dominic? — pregunta en voz baja.

Se me contrae pecho y de repente se siente demasiado pequeño para contener mi corazón. Quiero darle una respuesta, pero lo único que puedo ofrecerle es mi silencio.

# Capítulo XX

# Elena

— Eso no suena bien, nena — dice Moira, con la voz temblorosa por la ira.

Tiene el ceño fruncido y las cejas arqueadas.  Está muy enfadada, no es que pueda culparla.

No estoy enojada con Dominic, pero tampoco estoy contenta.

Anoche, había reunido el valor suficiente para preguntarle a Dominic sobre nuestro futuro juntos. Así sabría qué esperar, pero lo que obtuve no me gustó nada. Solo silencio y un beso en la cabeza antes de irse al baño, fue la respuesta que me dio.

*Imbécil.*

Me duele el pecho como si me hubieran apuñalado. No es que me hubieran apuñalado, pero probablemente una puñalada dolería menos que esto.

— Deberías mudarte cuando todo esto acabe y no volver a verlo. — Golpea el escritorio con el puño y se muerde el labio, con las fosas nasales dilatadas. — Debería ir a su oficina y enseñarle un par de cosas sobre cómo tratar bien a una dama.

Elena intenta levantarse, pero yo me pongo en pie y le agarro la mano. Me mira y juro que veo fuego en sus ojos.

Sacudo la cabeza. — No lo hagas, Moira.

Mi mejor amiga atravesaría el infierno y volvería por mí. Ella lucharía contra un hombre temible como Dominic incluso si eso significara su muerte. Ha sido así desde que nos conocimos en la universidad hace años.

Aún así, no puedo dejar que lo haga.

No puedo ser siempre la amiga patética y con el corazón roto. Tampoco quiero que Dominic se entere de lo mucho que me dolió su silencio.

— No estás tratando de proteger a ese imbécil, Elena. Dime que no es así.

— No lo estoy haciendo. Estoy tratando de protegerme a mí misma y al poco orgullo que aún me queda. — *También estoy tratando de protegerte a ti.*

Dominic no le haría daño a Moira. Sabe que es mi mejor amiga, pero no puedo arriesgarme. Lo he visto enfadado, y dudo que tenga compasión por alguien que no sea Lucas o yo.

Se me retuercen las entrañas.

Sé que le importo, pero es desgarrador que, a pesar de lo mucho que le importo, siga sin quererme.

Moira me mira un momento, la tormenta de sus ojos se apacigua y vuelve a sentarse de mala gana. — Nena, sé que amas a ese hombre, pero mereces más que esto.

— Lo sé. — Se me hace un nudo en la garganta y trago saliva. — Créeme que lo sé.

— ¿Entonces por qué dejas que juegue con tus sentimientos? — Pone una mano reconfortante sobre la mía y habla más bajo. — Elena, creo que deberías decirle lo que sientes. No eres un maldito perro. No dejes que se siente en su trono y te tire huesos. Incluso Twinkie recibe mejor trato que eso.

Intento contener la risita que surge de mis entrañas, pero se me escapa. Twinkie es la mascota maltesa de Moira. Hace dos años, más o menos, cuando un chico con el que llevaba saliendo seis meses, el único con el que ha salido tanto tiempo, rompió con ella porque a su madre no le agradaba. Como venganza, Moira se metió por su ventana y le robó a Twinkie mientras él estaba en el trabajo.

Nunca supo qué pasó con su perro y estoy de acuerdo en que Moira es mejor madre para Twinkie de lo que nunca fue su ex.

— Lo que digo es que no pierdas tanto tiempo esperando a Dominic y pierdas la oportunidad de encontrar el amor verdadero.

No estoy segura de lo que es el verdadero amor, pero realmente dudo que alguien más pueda hacer que mi corazón lata tan rápido como lo hace cuando estoy cerca de Dominic. Nadie puede hacer que mi estómago se agite tanto como él.

Nadie logrará compararse con él en mi corazón.

Dejo escapar un suspiro tembloroso. — Tienes razón, Moira.

Sus cejas se fruncen. Ella sabe que hay algo más que quiero decir.

Me conoce demasiado bien. — Pero...

— No puedo irme ahora. Ya sabes lo que está pasando con la mafia, Dominic ya lo tiene todo bastante complicado. No puedo importunarlo ahora.

Mi mente se traslada a la noche anterior. Sus ojos azules estaban más sombríos de lo que los había visto en mucho tiempo. Algo no estaba bien, pude sentirlo.

Me pregunto si tendrá que ver con la mafia.

¿Atacaron por segunda vez?

Intento pensar, pero tengo la cabeza en blanco y no se me ocurre nada. Sé que Dominic está tratando de protegerme de la mafia, pero me siento inútil estando al margen.

Vincent no me diría nada si le preguntara, y Marcus se arrancaría la lengua antes de revelar lo que pasa con Dominic.

— ¿En qué estás pensando? — pregunta Moira, lanzándome una mirada suspicaz. — Nena, por favor, no me digas que estás preocupada por él otra vez.

Vuelvo a reclinarme en mi asiento y miro fijamente el techo blanco. — Sabes que eso no es posible, Moira.

— Lo será, cuando finalmente te des cuenta de que necesitas ponerte a ti en primer lugar.

— Soy madre. Y las madres nunca se ponen a sí mismas en primer lugar. — No odio a Dominic, pero incluso si lo hiciera, rezaría para que permaneciera a salvo por el bien de Lucas.

La doble puerta negra de mi despacho se abre y entra David Peterson. Lleva una sonrisa espeluznante que me produce escalofríos y un traje negro exageradamente grande que le hace parecer una parca.

Recientemente me di cuenta de que tiene los mismos rasgos que los hermanos Romano. Alto, hombros anchos y penetrantes ojos azules. El único problema es que su naturaleza vil ha ensombrecido su atractivo.

A Moira le tiemblan los labios cuando entra. Se queda mirando al Sr. Peterson de pies a cabeza antes de mirarme a mí. No dice nada, pero levanta las cejas y sé que me está preguntando si tengo idea de por qué este hombre está aquí.

Sacudo la cabeza una vez, aunque tengo la sensación de que tiene algo que ver con que no haya ido a cenar como me lo pidió.

El sudor me resbala por la frente, pero me mantengo erguida. No puedo mostrarme aterrorizada por él.

— Srta. Marconi — dice, ensanchando su sonrisa socarrona.

Creo que voy a vomitar.

— Hoy está aún más hermosa.

Qué forma tan extraña de saludar a alguien.

Intento forzar una sonrisa, pero no puedo por el golpeteo de mi corazón contra mi caja torácica.

— No lo esperaba hoy.

— Lo sé, querida, también la estuve esperando anoche.

¡Cierto!

Había enviado la dirección de su mansión ayer por la mañana. Borré el mensaje en cuanto llegó. No podía arriesgarme a que Dominic lo leyera y se enfadara.

Sus ojos se encuentran con los de Moira, que le escupe veneno con la mirada.

— Usted debe ser...

— Moira Carter — dice ella. — Ya nos conocíamos.

Mi mejor amiga es una zorra tan astuta, finge una sonrisa con tanta facilidad.

— Ah. Su cara me resultaba bastante familiar. — Sacude la cabeza con desagrado. — Si no le importa, me gustaría un poco de privacidad con la novia de mi sobrino, o con la mamacita. Como sea que la llamen los jóvenes hoy en día.

— Solo limítese a llamarla por su nombre — dice Moira.

Su tono no es nada humorístico.

El Sr. Peterson asiente. — Tiene razón. Debería limitarme a llamarla por su nombre.

Moira me mira y yo asiento con la cabeza. Le lanza al Sr. Peterson una última mirada de desprecio antes de marcharse.

Cuando cierra la puerta, el Sr. Peterson se sienta en una de las sillas frente a mi escritorio.

— ¿Cómo estás, querida?

Me río. Hoy no estoy de humor para sus juegos tontos y, a juzgar por su actitud, probablemente ya sepa que conozco su verdadera identidad.

— Vaya directo al grano, Sr. Peterson. Estoy segura de que no está aquí para preguntarme si dormí bien anoche y si he desayunado.

Se ríe como un desquiciado, golpeando el suelo con los pies y dando palmadas en mi escritorio.

— Por eso me agradas, Elena. Eres tan aguerrida. Tan divertida.

Lo último que quiero es entretener a este viejo cabrón. Mi mirada se dirige a un bolígrafo plateado que tengo en el organizador de mi escritorio. Me pican los dedos por tomarlo y sacarle los malditos ojos.

Cierro las manos en puños y me recuerdo a mí misma que no debo dejar que me afecte. — Este es mi despacho, Sr. Peterson. No es un circo y no hay disfraces de payaso, por favor váyase si no tiene nada más que decir.

— Oh, créeme. Tenemos algo de qué hablar. — Se inclina y su cara se deforma en esa sonrisa molesta que siempre tiene. — Algo que puedes encontrar realmente interesante.

Independientemente del artilugio que esté tramando el Sr. Peterson, sé que no será nada divertido. Nada bueno puede salir de este hombre.

— ¿Qué cosa? — Mi voz no tiembla cuando pregunto.

En cambio, resuena con un poder que ni siquiera creía tener en mí.

Saca el móvil de uno de sus bolsillos, lo revisa un momento y me lo acerca.

— Compruébalo tú misma.

Me resisto a tomar su teléfono. Mi corazón late como un tambor en mis oídos y tengo miedo de lo que pueda contener. Mis manos no dejan de temblar cuando finalmente obedezco y tomo su teléfono.

No hay oxígeno en la habitación para respirar cuando veo la foto de sus hombres sosteniendo a Lucas en el móvil que acabo de tomar.

— Por qué... por qué... — tartamudeo.

No puedo hablar por el miedo que me envuelve, arrastrándome bajo un tsunami de horror.

Tiene a Lucas.

Tiene a mi hijo.

Tengo los ojos muy abiertos y húmedos por las lágrimas que estoy conteniendo.

— ¡No te atrevas a hacerle daño a mi hijo! — Intento ser fuerte, pero se me quiebra la voz.

Peterson me quita el teléfono. — Lo siento, linda. Estás pidiendo demasiado. — Finge estar pensando. — Pero podemos negociar algo más.

— ¿Qué es lo que quieres? Daría cualquier cosa para que dejes ir a mi hijo. Incluso mi vida.

Me clava la mirada y sus ojos se detienen un momento en mis pechos. — Tentadora oferta. Elegiría tener un poco de lo que mis sobrinos disfrutan cada noche, pero el sexo puede esperar.

Me sube la bilis a la garganta, un ácido tan asqueroso que juraría que me está perforando el cuerpo.

*¡Cerdo asqueroso!*

— Es a Dominic a quien quiero, pero el hijo de puta no vendrá así nada más para que lo maten... a menos, claro, que yo le dé una razón para hacerlo.

— ¿Qué? — Mis lágrimas desaparecen mientras la ira se apodera de mí.

Me recorre las venas, corrompiéndome hasta la médula espinal. En toda mi vida, nunca había considerado matar a un hombre como ahora.

— ¿Estás arrastrando a mi hijo a todo esto solo para llegar a Dominic? Lucas tiene siete años. ¡Es solo un niño, maldito idiota!

Se encoge de hombros. — Nunca he tenido hijos, así que me resulta difícil mostrar empatía por uno. Además, odio a esos pequeños llorones.

Mi cerebro falla y pierdo el control de mi boca. — Eres patético.

— Mejor patético que muerto, perra.

Estoy furiosa. — Dominic no dejará que te salgas con la tuya.

— Claro que lo hará, porque no saldrá vivo de esto. — Me sonríe. — Esta es mi oferta, ven conmigo y soltaré a tu mocoso. Prefiero no tener a ese engendro tuyo cerca de mí.

Saltaría al fuego por Lucas. Maldición, moriría por mi hijo, pero no confío en Peterson. — ¿Cómo sé que realmente dejarás ir a mi hijo?

Un gruñido acompaña el giro de sus ojos. — No eres tan lista como creía. Odio a los niños, preferiría no tenerlos a mi alrededor. Si me haces perder más tiempo, mataré al pequeño bastardo y te llevaré conmigo de todos modos.

¡Se acabó!

No lo pienso. Me pongo en pie y cedo. Aprovecharé cualquier oportunidad para salvar a mi hijo, por muy escasa que sea.

— ¿A dónde vamos?

Me fulmina con la mirada, claramente molesto con mi pregunta. — Yo hago las preguntas y doy las instrucciones a partir de ahora. ¿Lo has entendido, maldita sea?

Trago saliva. — Sí.

— Hay por lo menos treinta hombres afuera esperándome. Si haces cualquier movimiento en falso o intentas alertar, te mataré y mataré a tu mocoso...

— Eso no será necesario, Federico. Haré lo que me digas.

Sus cejas se disparan sobre su calva. Probablemente hace tanto tiempo que nadie lo llama así que creo que está a punto de sufrir un infarto allí donde está sentado.

No sé de dónde saco el valor para imitar su fea sonrisa, pero lo hago. — ¿Cuál es el problema? ¿Eres alérgico al sonido de tu nombre?

Se levanta y se inclina, de modo que se eleva sobre mí. — La única persona que será alérgica serás tú cuando te meta una bala en tu maldita boca. — Me hace un gesto para que me mueva. — Recuerda mi advertencia.

Moira está dando vueltas por el vestíbulo cuando salimos de mi despacho.

No quiero levantar sospechas, así que le sonrío. — Vuelvo enseguida. — Ella es demasiado temperamental y temo que cometa alguna imprudencia si se entera de lo que está pasando.

Ella exhala un suspiro. — Estarás bien, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. — Nos vemos, Moira. — Espero que capte la indirecta y llame a Dominic

en cuanto pueda.

Cuando el Sr. Peterson se ponga en contacto con él, será para darle un ultimátum. Quiero que Moira se lo diga primero para que tenga tiempo de calmarse y tomar las decisiones correctas.

Cuando llegue ese momento, que opte por sí mismo y por Lucas.

El silencio en el ascensor mientras nos baja a la planta baja me envuelve como una niebla. Es frío y premonitorio.

Mientras mis tacones tintinean en el suelo de mármol del pasillo de abajo, recuerdo la mañana en que conocí a David Peterson. Es curioso lo rápido que pueden cambiar las cosas.

Se me escapa una risa desquiciada. Es increíble que el hombre que tanto me había hecho ilusión conocer sea la persona que probablemente me mate.

Flotas de Mercedes negros y tintados se alinean en el aparcamiento cuando llegamos. No puedo concentrarme lo suficiente como para contar cuántos hay, pero es como uno de esos convoyes que se ven cuando el rey de Inglaterra realiza un viaje. Le acompañan más de treinta guardaespaldas, todos ellos tan pétreos y despiadados como su jefe.

Un guardaespaldas abre la puerta trasera de uno de los coches en medio de la fila y Peterson me empuja dentro. Rodea el coche para subir junto a mí.

El corazón me da un vuelco cuando el motor ruge bajo mis pies. En lugar de ponerme a llorar cuando el pánico se apodera de mí, pienso en todos los buenos recuerdos que he tenido con Lucas y Dominic.

¿De verdad la muerte vendrá hoy por mí?

# Capítulo XXI

# Dominic

— Es Elena... — dice Dante por teléfono.

Duda en completar la frase, y mi corazón se hunde más cada segundo que pasa.

— Federico Romano se la llevó.

Mi corazón se detiene y el mundo empieza a girar lentamente a mi alrededor.

— ¿Qué quieres decir con que Federico se llevó a Elena? — gruño, mis palabras son apenas más que un gruñido.

Aprieto la mandíbula y los nudillos se me vuelven blancos al acercarme el teléfono a la oreja.

— Lo siento, *Capo*. Ella se fue con él, así que nadie sospechó nada.

— ¡Tenías un solo trabajo! — Rujo, con la ira y el pánico creciendo en mis venas. — Todos ustedes tenían solo un maldito trabajo y era mantener a salvo a mi familia.

No me doy cuenta de que estoy agarrando el teléfono con demasiada fuerza hasta que oigo estallar la pantalla, los trozos rotos se me quedan en la mano y los bordes se me clavan en la piel. El dispositivo se apaga por el daño.

Un grito de angustia retumba en mi pecho y arrojo los trozos contra la pared de enfrente con tanta violencia que vuelan por todas partes.

Marcus se levanta de la silla y corre hacia mí con cara de preocupación. — ¿Qué ha pasado?

Jadeo, intentando respirar a través de la rabia que me oprime los pulmones.

Los ojos de Marcus buscan los míos, entonces se da cuenta de lo que acaba de ocurrir. — Se la llevaron, ¿verdad?

— Y pagarán por ello. — Sabía que algo así podría pasar y por eso me aseguré de que ella y Lucas tuvieran mayor seguridad.

De alguna manera, el viejo astuto se ha colado y ahora ha tomado lo que es mío.

Las otras familias saben que no deben traicionarme así. No después de la forma en que perdí a mis padres. Saben que mataría a cualquiera que dañara a los míos.

Esos malditos intentaron abarcar demasiado.

— ¿Qué hacemos ahora?

Miro a mi hermano. Es difícil pensar en otra cosa por la rabia que bulle en mi interior. Aún así, debo mantener la calma. Solo así podré encontrar a Elena. Tengo que pensar con detenimiento.

— Tenemos que encontrarla. No me importa cómo, pero tenemos que encontrarla lo antes posible. — *¿Y Lucas?* Maldición. — Mi hijo — susurro, con el pánico arrancándome el aliento del cuerpo.

Marcus mira el reloj que lleva en la muñeca. — Debería estar en casa en cualquier momento. Vincent fue a buscarlo.

— Bien. Consigue las grabaciones de las cámaras de seguridad de todas las calles desde la oficina de Elena.

Asiente y me da una palmada en el hombro. — La encontraremos.

Lo haremos o moriremos en el intento.

Elena lo es todo para mí. Ella es el aire que respiro.

No puedo vivir en un mundo donde ella no exista.

Mi hermano se da la vuelta para marcharse, pero lo llamo de vuelta. — Préstame tu teléfono.

Marcus no discute. Me pone el teléfono en la mano.

— Intenta no romperlo. Prepararé a los hombres y buscaré las grabaciones.

Marco el número de Alexei. Suena un único pitido antes de que pueda oír su irritante voz por el teléfono.

— Marcus. Qué sorpresa que me llames tú.

— ¿Encontraste el cargamento? — No me importan las cortesías cuando la vida de la única mujer a la que he amado está en juego.

— Dominic, ha pasado un solo día, hombre.

Mi mandíbula se tensa y me muerdo el labio con tanta fuerza que puedo sentir el sabor de la sangre. — Se llevaron a mi mujer.

— ¡Uy! ¿Quién?

— El maldito de Federico Romano.

Hay una larga pausa.

— Ahora somos aliados. Si necesitas mi ayuda, solo dilo y haré todo lo que pueda para traerla de vuelta.

Cierro los ojos un momento e intento no apretar el teléfono de Marcus. — Solo encuentra el cargamento. Yo te avisaré si necesito de tu ayuda.

— De acuerdo, hombre. ¿Te importa si te pregunto si mi padre tuvo algo que ver con la desaparición de tu mujer?

— No estoy seguro, pero que Dios los ayude si así fue. No habrá piedad, ni para tu padre ni para mi tío. — Planeo despedazar a cualquiera que se atreva a ponerle una mano encima a Elena, miembro por miembro hasta que suplique piedad... o la muerte.

— Que sea doloroso. Me encantaría ver la cara de mi viejo en su último momento, pero tengo que encontrar un cargamento. — Cuelga y me quedo parado en el vestíbulo durante unos minutos con los ojos cerrados.

— ¿Papá?

Abro los ojos y volteo al oír la voz de Lucas. Tiene los ojos rojos e hinchados, como si hubiera estado llorando.

Caigo de rodillas y lo abrazo. — ¿Qué demonios te ha pasado, hijo?

— Te he traído unos souvenirs — dice Vincent al entrar en el vestíbulo.

Entran unos escoltas con dos hombres malheridos. Ambos tienen la boca amordazada y están atados.

— Algunos hombres de Kirill estaban en la escuela. Intentaron llevárselo.

Ahora tiene sentido. Federico consiguió que Elena se fuera con él a cambio de la vida de Lucas. Ese viejo cabrón la engañó. Sé que nunca habría dejado con vida a Lucas. No cuando es mi heredero.

Y es aún más obvio que no hizo nada de esta mierda por su cuenta.  Planeó todo esto con Kirill.

Lucas se aparta, todavía con los ojos llorosos. — ¿Dónde está mamá?

Tomo la mano de mi hijo. Es tan pequeña en la mía, luego lo miro directamente a los ojos.

— Unos tipos malos se llevaron a tu madre, pero te prometo que la encontraré y la traeré de vuelta. ¿De acuerdo?

— Los malos dijeron que te harían daño. No quiero que mamá y tú salgan heridos.

Me río entre dientes. — Nadie nos hará daño, ni a mí ni a tu madre. ¿Confías en mí?

Asiente con la cabeza.

Le acaricio la cabeza. — Buen chico. Ahora, ve a bañarte, come algo y haz tus deberes. Mamá y yo volveremos antes de que despiertes mañana por la mañana.

Asiente de nuevo, secándose las lágrimas y sonríe. — Sí, papá. — Bianca entra y se lo lleva.

Cuando Lucas ya no está a la vista, me levanto de mi posición en cuclillas y vuelvo al modo bestia.

Mi ira se duplica al mirar a los dos imbéciles que están manchando mi suelo de mármol con su sucia sangre. — Ninguno de los dos saldrá vivo de aquí, y su muerte tampoco será tan rápida.

Intentan decir algo, pero sus palabras quedan amortiguadas por la cinta que les cubre la boca.

— ¿Qué harás con ellos?

No miro a Vincent cuando respondo. — No quieres saberlo. Lo máximo que espero de ti es que les des una buena paliza a dos hombres. Mantén a mi hijo a salvo y no te metas en los asuntos de la mafia, como siempre has querido.

Paso junto a mi hermano y me reajusto el anillo del dedo. Hacía tiempo que no me enfrentaba a alguien con este anillo. Me acerco a los hombres, les hago señas a los escoltas para que los pongan de rodillas y los golpeo con el puño, saboreando el crujido de sus huesos y la carne desgarrándose tras cada golpe.

Cuando termino, sus cuerpos yacen en el suelo y la sangre sale de ellos como agua por el desagüe.

— Solo te lo voy a preguntar una vez, así que piénsalo bien antes de contestar — gruño, con una voz tan grave que apenas se me podría reconocer. — ¿Adónde se llevó a Elena?

Me pongo en cuclillas frente a ellos y sujeto a uno por el cuello de su traje roto.

Apenas puede abrir los ojos y sus gemidos me están volviendo loco. *Por Dios. Le golpeo* la cara con el puño varias veces hasta que cae al suelo como un saco de patatas, probablemente muerto.

Mis hombres entran en acción y empiezan a limpiar el desastre que he hecho, mientras yo paso al siguiente tipo.

Este está temblando, sus ojos están hinchados, y veo el horror, justo como me gusta.

— Habla.

— No sé mucho — murmura. — Solo sé que los jefes se pondrán en contacto contigo esta noche. Se suponía que nos reuniríamos con ellos en el almacén junto al puerto en el Bajo Manhattan esta noche.

— Buen chico. — Doy elogios cuando corresponde. — Me gustaría mostrarte un poco de piedad, pero les llamaste *jefes a* esos malditos delante de mí, y como dije antes. Nada de piedad. — Me pongo en pie y empiezo a patearle hasta que se le abre la cabeza.

Qué gran desperdicio.

Cuando me doy la vuelta, Vincent está detrás de mí, con la nariz arrugada.

— Que asco, hermano — dice, claramente disgustado.

No veo el teléfono en su mano hasta que me lo acerca. — Marcus está al teléfono.

Uno de mis hombres me tiende una toalla blanca y me limpio la sangre de las manos antes de quitarle el teléfono a Vincent.

— ¿Tienes novedades para mí?

— Revisé las cámaras de seguridad, parece que se dirigen a Bajo Manhattan.

Miro el charco de sangre en el suelo. — Vincent trajo a casa a dos rusos. Kirill tuvo que ver en esto, y uno de ellos dijo lo mismo sobre reunirse en el puerto.

— Sabes que es a ti a quien quieren, ¿verdad?

— Lo sé, y voy a darles exactamente lo que quieren.

Marcus suspira. — Es una trampa. No puedes simplemente caer en ella.

Ignoro la preocupación de mi hermano. — Prepararé las armas. Recógeme en treinta minutos. Dante y los otros chicos pueden seguirnos discretamente.

Le prometí a mi hijo que traería a su madre a casa por la mañana, y eso es exactamente lo que voy a hacer.

# Capítulo XXII

# Dominic

Cuando llego al puerto, unas nubes oscuras cubren el cielo. Hace un frío terrible y una fuerte brisa *susurra* himnos de muerte en mis oídos.

Marcus está conmigo, los demás hombres, unos noventa, se unirán a nosotros en unos minutos. Kirill no intentó manipular ninguna de las cámaras de seguridad y eso solo puede significar una cosa: quería que viniera.

Sabía que caería en su trampa.

Pero lo que no sabe, es que esta noche acabará atrapado en su propia maraña.

— ¿Estás listo?

Marcus asiente. — ¿Y tú?

Asiento con la cabeza.

Registramos los almacenes hasta que encontramos uno que tiene la luz encendida.

— Este debe ser — dice Marcus.

— Tiene que ser.

Nos acercamos sigilosamente hasta el almacén, pero dos guardias emergen de la oscuridad justo cuando estamos a punto de entrar. Saco la pistola que llevo en la funda y solo hacen falta dos balas para acabar con sus vidas.

Marcus sonríe. — Buen tiro, hermano. No has perdido tu toque.

— Como si pudiera — replico malhumorado.

Kirill y Federico están sentados al otro lado de la entrada cuando entramos dentro del almacén, están rodeados de guardaespaldas, unos cincuenta, todos armados y listos para acabar con dos hombres.

*¡Cobardes!*

Escudriño la habitación en busca de Elena, pero no la veo por ninguna parte.

— ¿Dónde diablos está?

— Tranquilo, muchacho — dice Kirill, su voz ronca con un marcado acento ruso y la arrogancia que lleva como una armadura desajustada. — Si intentan hacer alguna estupidez conmigo; la perra se muere.

Mi paciencia está ahora al límite. Juro por Dios que nadie saldrá vivo de aquí si Elena ha sufrido algún daño.

— ¿Qué quieres?

Una sonrisa malvada arruga su rostro. — Entréguenles sus armas. Nada de trucos. La perra perderá un dedo con cada movimiento estúpido que hagan.

Me quito las cinco pistolas que llevo sujetas al pecho, al bolsillo trasero y a las piernas, y las tiro al suelo. Marcus hace lo mismo y levantamos las manos por encima de la cabeza mientras uno de sus hombres nos registra.

Cuando termina, asiente a Kirill. — No llevan nada encima.

Kirill asiente de nuevo y un dolor punzante me atraviesa la cabeza, haciéndome caer de rodillas. Me zumban los oídos y se me nubla la vista, pero no me dejo sumir en la oscuridad que me abraza con manos frías.

No puedo. Tengo que salvar a Elena primero.

— El poderoso Dominic Romano — dice Kirill.

Camina hacia mí y me rodea, con la cara torcida por una sonrisa.

— Caminaste hacia tu perdición tú solo, ¿y por qué? ¿Por un pedazo de coño? Es una pena que hayas perdido a tu padre tan joven. Aún te quedaba mucho por aprender.

La rabia bulle en mi interior, pero guardo todas mis fuerzas para atacarlo cuando tenga la oportunidad.

— No le hables así a mi hermano — gruñe Marcus a mi lado.

Kirill sonríe. — Ustedes, los hermanos, no son más que músculos sin cerebro. Mira a tu alrededor, ¿qué ves?

— A unos viejos a los que haría papilla si no fuera por los tontos trajeados que los protegen — replica Marcus.

Kirill hace una señal a uno de sus guardaespaldas, éste se adelanta y golpea el estómago de Marcus con su pistola.

Mi hermano gime a mi lado, agarrándose el estómago y sonriendo. — ¿Eso es lo mejor que tienes?

— En realidad, no. — Kirill dirige su atención de nuevo hacia mí. — Pero, por desgracia, no eres lo más destacado del espectáculo de esta noche, muchacho. Tu hermano sí.

Recobro algo de fuerza y me pongo en pie. — ¿Qué quieres de mí?

— Buena pregunta. — Kirill lleva las manos a la espalda, sacando la barriga hacia delante. — Te atreviste a desafiarme cuando volviste a Nueva York, afirmando que la ciudad sería tuya. Una cosa que debes haber olvidado es que esta ciudad me pertenece. Y no es tuya ni de tu difunto padre.

— ¿Por eso mataste a mi padre?

Se ríe como un demente. — Tu padre tuvo lo que se merecía. Debería haber sabido que se estaba ganando enemigos cuando decidió proclamarse el Dios de Nueva York.

Aprieto la mandíbula, tratando de detener el temblor en mi voz mientras hablo. — ¿Así que lo mataste?

— ¿Hay algún problema si lo hice? Ya sabes cómo funciona esto, muchacho. Es la mafia, los más débiles son eliminados. Al igual que tú lo serás pronto.

Me ahogo con toda la rabia que intento contener. Entonces me desborda y no puedo contenerme más. Me abalanzo sobre Kirill con un gruñido, estrellando mis puños contra cualquier parte que encuentre.

Por suerte, mis hombres llegan justo a tiempo y se desata un tiroteo. El sonido de los disparos y el olor a pólvora en el aire avivan aún más mi ira.

Cuando consigo contenerme, dejo de golpear a Kirill y le agarro la mandíbula con fuerza. — ¿Dónde está Elena?

La risa del viejo es un retrato de estupidez y dolor. Está gimoteando y haciendo ese sonido maníaco que desprecio.

— ¿Dónde está?

— Nunca la encontrarás. Probablemente la perra ya esté muerta en alguna parte. — Gruño y golpeo mi puño en su mandíbula unas cuantas veces más hasta dejarlo inconsciente.

— ¿Estás bien? — pregunta Dante cuando me levanto.

— ¿Dónde está Federico? — Escudriño la habitación.

El bastardo se ha ido.

— Mierda. Ve a buscarlo, yo me encargo de todo aquí.

Marcus se une a nosotros. — Perdimos a Federico.

— No podemos perderlo. Tiene a Elena.

Llevo un peso en el pecho que me hace difícil respirar. Tengo miedo de perder a Elena.

— Ustedes dos quédense aquí, yo la encontraré.

Dante prepara una pistola y me la entrega. — Yo te cubriré. Vete. ¡Ahora!

Le hago un gesto con la cabeza y luego miro a mi hermano. — No te hagas daño.

Me pone una mano en el hombro. — Asegúrate de encontrarla.

No pienso volver a menos que lo haga.

Salgo corriendo, me las arreglo para esquivar las balas que vuelan a mi alrededor y corro hacia la parte trasera del almacén, donde hay una segunda salida. Oigo pasos a lo lejos y... ¿la *voz de Elena?*

Mierda. Corro más rápido hasta que puedo ver a Federico y sus hombres arrastrando a Elena hasta una flota de coches más adelante.

— ¡Federico, maldito bastardo!

Mi voz resuena bajo el cielo oscuro y sin estrellas. Algunos de los hombres de Federico se detienen en seco y empiezan a dispararme. Me agacho detrás de un contenedor que tengo al lado y devuelvo los disparos hasta que los cinco están muertos.

— Dominic. ¡No!

El grito de Elena es como veneno en mis venas, llevándome a una muerte lenta y miserable. Federico y sus hombres la arrastran como si fuera una prisionera de guerra.

Lo odio.

Tengo que salvarla.

Es lo único en lo que puedo pensar mientras corro hacia ellos. Derribo a los otros hombres que acompañan a Federico mientras me acerco.

Cuando se da cuenta de que no va a salir vivo de esto, rodea el cuello de Elena con el brazo y me apunta con la pistola.

— Un movimiento más y esta perra se muere.

Me atrevo a dar un paso adelante. — ¿Y entonces qué? No saldrás vivo de aquí.

Suelta una escalofriante carcajada maníaca. — No si te mato primero.

Elena gime mientras él la aprieta con más fuerza.

— Dominic, por favor vete. Sálvate — jadea.

Sus ojos color avellana están llenos de lágrimas, y su cabello despeinado. Su piel está pálida, amoratada. Un dolor punzante me atraviesa el corazón mientras la miro.

Es mi culpa que esté metida en este lío.

Todo esto es culpa mía.

— Dime, querido sobrino, ¿qué se siente al ver a tu amada a mi merced? — Desenfunda su pistola y se la pone en la cabeza. — Toda mi vida no he sido más que un segundón. Un cobarde como tu padre nunca debió gobernar la Cosa Nostra. Tomó lo que era mío solo porque fue el primer hijo.

— ¿Tanto odias a mi padre? ¿Incluso muerto? Era tu hermano.

— Ojalá nunca lo hubiera sido y lo odio mucho más ahora que está muerto, y te odio aún más a ti. — Hay un brillo psicótico en sus ojos cuando me mira. — Se suponía que yo sería el *Capo* después de la muerte de tu padre, pero tú y tu hermano vinieron y me lo arrebataron todo. Es justo que yo reciba algo a cambio.

Mis venas palpitan de ira. — No te irás de aquí con nada esta noche. Ni siquiera con tu vida.

Saca la pistola de la sien de Elena y me dispara. El dolor me atraviesa el brazo derecho como un atizador y me tambaleo hacia atrás, con la vista borrosa y desorientada.

— ¡No! ¡Dominic!

Elena clava los dientes en el brazo de Federico, arrancándole de un mordisco un trozo de su carne arrugada. Federico lanza un grito de angustia y pierde su agarre sobre ella.

— ¡Dominic! — grita Elena, mientras corre hacia mí.

Federico le apunta con su pistola. Sus dedos están a punto de apretar el gatillo cuando le disparo en la mano y el arma cae de ella. Se tambalea hacia atrás y gime.

Elena me aprieta el hombro sangrante con mano temblorosa. — Estás herido, Dominic. Estás sangrando. — Ella está hiperventilada. — Tenemos que llevarte al hospital.

— Elena.

No me escucha. Tiene demasiado pánico como para oír lo que le digo.

— Hey. — Le acomodo el cabello detrás de la oreja e inclino su cara hacia la mía. — Estaré bien. Créeme, he pasado por cosas mucho peores que una bala en el hombro.

— No puedes morirte, Dominic.

Sonrío a través del dolor palpitante para darle un poco de consuelo. — Te dije que no soy un hombre fácil de matar.

Ella me devuelve la sonrisa. Es una sonrisa pequeña y triste, pero de algún modo mitiga el dolor.

Miro detrás de ella a tiempo para ver cómo Federico toma su pistola. Le disparo de nuevo y esta vez la bala le atraviesa la espalda.

Me pongo en pie, camino hacia él y le doy la vuelta con el pie.

Luego le apunto con mi arma. — ¿Unas últimas palabras?

— Nunca descubrirás la verdad sobre la noche en que murieron tus padres.

Le pego dos tiros en la cabeza y se sacude, la sangre brota del agujero en la cabeza. Hay un odio atroz en sus ojos y luego desaparece, dejando tras de sí una mirada vacía.

— Eso es por tocar lo que es mío.

# Capítulo XXIII

# Elena

Ha pasado un mes desde que fui secuestrada por David Peterson. Cuatro semanas desde que Dominic arriesgó su vida para salvar la mía. Y veintiocho días desde la horrible noche en que pensé que perdería a Dominic.

Pero, así como dijo Dominic, no es un hombre fácil de matar.

Después de todo, es Dominic Romano, el *Capo* de la Cosa Nostra. No caería tan fácilmente.

Muchas cosas han cambiado, y en el buen sentido.

Dominic ya no hace que sus guardaespaldas me sigan a todas partes como antes, confía en que ahora pueda arreglármelas sola. Y, además también está Moira, que nunca se separa de mí.

Teme que me vuelvan a hacer daño y se culpa por haberme dejado sola con David Peterson aquella tarde en la oficina.

Marcus ya no es tan imbécil, aunque vive lanzándome indirectas ocasionalmente, pero ya no me afectan. Vincent, por otro lado, es un buen tío para Lucas. Protege a Lucas como si fuera su hijo.

Sin embargo, algunas cosas no han cambiado. Lucas y yo seguimos viviendo con Dominic, decidimos que era mejor seguir juntos hasta que todo volviera a la normalidad. No estoy segura de que las cosas vuelvan a ser como antes. Aún tengo pesadillas de esa noche, pero sé que debo amoldar mi realidad a lo que yo quiero que sea.

Otra cosa que no ha cambiado es mi amor por Dominic. En todo caso, se ha vuelto más fuerte desde el ataque.

Dominic lleva fuera una semana. He oído que el primer hijo de Kirill es ahora el jefe de la Bratva y que Dominic ha hecho una alianza con él. De ahí su necesidad de reunirse con el resto de la hermandad en Italia para informarles de la nueva alianza con la Bratva.

Aunque no sé mucho acerca de los asuntos de la mafia.

Dominic decidió que es mejor que no me involucre demasiado y estoy de acuerdo con él. Mi desesperación por ayudarlo podría matarnos.

La casa parece demasiado grande sin él. Demasiado vacía. No puedo pensar en otra cosa que no sea en él mientras estoy tumbada en su cama, con una de sus camisas que aún huele a él, y metida entre sus sábanas.

Lo echo de menos, y no ayuda el hecho de no saber cuándo volverá.

Un golpe en la puerta llama mi atención. Son casi las ocho de la noche. Me pregunto si será Lucas, pero el golpe es demasiado fuerte para ser suyo.

— Pasa — digo, sentándome y apoyándome en la cabecera de la cama.

Se abre la puerta y entra Bianca. Tiene una expresión en la cara que no consigo descifrar. Parece debatirse entre sonreírme o llevar su habitual máscara inexpresiva.

— ¿Qué sucede?

Finalmente se decide y las comisuras de sus labios se arrugan mientras sonríe. — Ha vuelto.

El corazón se me sube a la garganta de alegría. — ¿Quién?

— El jefe. Te está esperando...

Ni siquiera ha terminado cuando salto de la cama, bajo rápidamente las escaleras y salgo corriendo. Dominic está apoyado en su todoterreno frente a la entrada. Lleva un traje burdeos de tres piezas de Tom Ford y está muy guapo.

Salto sobre él, le rodeo con las piernas y empiezo a llenarlo de besos. — Dios mío, te he echado tanto de menos. — Casi grito de lo excitada que estoy.

Me abraza con fuerza, desliza sus dedos por mi cabello y me devuelve los besos.

Cuando nos hemos hartado, le rodeo el cuello con los brazos y echo la cabeza hacia atrás. — No esperaba que volvieras tan pronto.

— Te echaba de menos. Me habría vuelto loco si hubiera tenido que pasar otra noche sin ti, Elena.

Entrecierro los ojos. No puedo evitar que se me dibuje una sonrisa tímida en los labios.

— ¿Cuánto me has echado de menos? En una escala del uno al diez.

Me aparta mechones de cabello de la cara. — Cien.

— Entonces no me echaste tanto de menos como yo a ti — bromeo. — Te he echado de menos

diez mil veces más. — Entierro la cara en su cuello e inhalo.

Huele tan refrescante, a sándalo y a cedro. Creo que soy adicta a él.

— Me alegro de que estés en casa.

Desliza su mano por mi espalda. — Yo también estoy feliz de estar en casa.

Nos abrazamos durante un rato. No nos decimos mucho, Dominic y yo hemos ido más allá de expresar nuestros sentimientos solo con palabras.

— Hay algo que tengo que mostrarte — me susurra al oído.

Dejo caer las piernas y doy un pequeño paso atrás, sin apartar las manos de su cálido cuerpo.

— ¿Qué es?

Me toma de la mano. — Ve a cambiarte. Te espero en el coche.

Subo las escaleras y me pongo un vestido verde oliva, me peino el cabello y me maquillo un poco.

Dominic me abre la puerta del acompañante y subo. Da la vuelta al coche y se sienta en el asiento del conductor.

Mi estómago se revuelve ansiosamente cuando el motor se pone en marcha. Tardamos treinta minutos en llegar a nuestro destino. Es una imponente mansión blanca que parece abandonada desde hace tiempo.

Altas flores cubren el patio y las esculturas de ángeles que bordean el camino de entrada están cubiertas de polvo.

— ¿Dónde estamos? — pregunto, cuando Dominic detiene el coche frente a la entrada.

— Esta casa pertenecía a mis padres. — Abre su puerta, sale y viene dispuesto a abrir la mía, pero yo ya estoy afuera mirando a mi alrededor con asombro.

La mansión desprende un aire de opulencia absoluta, desde su exterior dorado hasta lo que se puede vislumbrar de su lujoso interior a través de ventanas sucias. Es impresionante. Dominic abre de un empujón la puerta principal y me hace pasar.

El vestíbulo está lleno de rosas y velas. Intento que mis pensamientos no se desvíen. Dominic no me propondría matrimonio aquí, en el lugar donde murieron sus padres.

— ¿Tus padres vivían aquí?

— Sí. Mis hermanos y yo también crecimos aquí. — Hace una pausa y respira hondo. — Aquí tuvimos recuerdos felices. Muchos. Pero después de que asesinaron a mis padres, esos buenos recuerdos desaparecieron de mi mente. Siempre que pienso en esta mansión, lo único que recuerdo es a mis padres tendidos en el suelo frío y sin vida, tirados en un charco de su propia sangre.

Mis pulmones se contraen y mi corazón se acelera. — Dominic...

— Esa es la razón por la que te traje aquí. Quiero deshacerme de esos malos recuerdos.

Mi corazón no solo se acelera, sino que corre a toda velocidad. — ¿Qué quieres decir?

— Quiero empezar de nuevo, Elena, y te quiero a mi lado para hacerlo. — Me sostiene la mirada y el mundo se desvanece.

Dios, el efecto que tiene en mí.

— Soy un idiota por no haberme dado cuenta antes. También soy aún más idiota por no haberlo dicho en cuanto me di cuenta. No puedo vivir sin ti, Elena. Ya te he perdido una vez y no puedo cagarla y perderte de nuevo.

Tengo las mejillas acaloradas y me pregunto si se habrá dado cuenta de lo agitada que tengo la respiración.

Sonrío nerviosa. — Eso suena a una confesión de amor, Dominic.

Se inclina hacia mí y sus ojos no se apartan de los míos ni un segundo.

— Lo es. Te amo, Elena. Te amé hace siete años y por Dios, que te amo aún más ahora.

Se me despiertan mariposas en el estómago y me ruborizo. — ¿No estarás hablando en serio?

— Lo digo muy en serio.

Me quedo boquiabierta un momento, intentando procesar sus palabras.

Dominic me ama.

Me acaba de confesar que sí.

Parece un sueño.

Lágrimas de felicidad caen por mis mejillas, calentándolas aún más. — Yo también te amo,

Dominic — murmuro entre lágrimas. — Desde el momento en que nos conocimos, no ha habido un momento en mi vida en el que no te haya amado.

Sonríe y el brillo de sus ojos me atrae como un imán.

— ¿Entonces te casarías conmigo? — Se lleva una mano al bolsillo y saca un anillo de plata con una gran piedra de diamante.

Le ofrezco mi dedo anular sin dudarlo. — Sí. Por supuesto que quiero casarme contigo, Dominic.

Se ríe mientras desliza el anillo de diamantes en mi dedo. — Te queda precioso — me dice. — Está hecho para ti. Igual que mi corazón. — Cierra el espacio entre nosotros. — Gracias, Elena. Gracias por enseñarme a amar y por hacerme el hombre más feliz de la tierra.

— Te amo, Dominic. Y te amaré por el resto de mi vida.

— Yo te amaré más allá de la vida y la muerte, Elena. Es una promesa. Y sabes que nunca rompo mis promesas.

Sonrío. — Lo sé.

Dominic se inclina y me besa.

# Epílogo

# Dominic

*Un año después...*

Elena y yo nos casamos hace ocho meses en Italia. Desde entonces nuestra vida ha sido maravillosa y no podría pedir nada más.

Tengo la esposa más hermosa.

El hijo más tierno.

Una familia perfecta.

Mi vida no se parece en nada a lo que imaginé que sería, pero es mejor que cualquier cosa que pudiera haber soñado antes de que volviéramos a encontrarnos.

Todo era perfecto hasta que Marcus y Dante llamaron a mi puerta esta mañana. No me gusta para nada la expresión de sus caras.

— Hablen y lárguense de mi casa — les ordeno, frunciendo las cejas para demostrarles la seriedad con la que hablo.

— Alexei me llamó. Ha rastreado el cargamento desaparecido.

— Qué bien. — Le miro fijamente. — ¿Después de todo este tiempo?

Después de la guerra con los de la Bratva, Alexei me había informado de que no había rastros del cargamento en ninguna parte.

Había desaparecido como si nunca hubiera existido.

— Lo rastreó hasta Victor Valentes. *Capo* de la Camorra — dice Dante. — Creo que tenías razón. Los rusos no eran nuestros únicos enemigos.

— Nunca me equivoco. — Solo lo hago cuando discuto con mi esposa.

Ella siempre tiene la razón. Siempre.

— Vigila de cerca a la Camorra. Alexei es un aliado, pero solo podemos confiar en nosotros mismos por el momento.

— Sí, hermano.

Me levanto del sofá y hago un gesto hacia la puerta. — Ya pueden irse. Mi mujer volverá pronto

y tengo que prepararle el desayuno. — Había salido de casa muy temprano para ir con Moira quién sabe a dónde.

Ni siquiera se duchó antes.

Dante me ofrece una sonrisa burlona. — La vida de casado te sienta bien, hermano.

Le doy una palmada en el hombro. — A ti también te sentaría bien si no estuvieras tan ocupado cogiéndote una puta diferente cada noche. — Ahora los empujo hacia la puerta. — Los veo después. O nunca.

Después de acompañar a Dante y a Marcus fuera de la casa, cierro la puerta y me dirijo a la cocina, dispuesto a preparar el desayuno para Elena. Con Lucas en un viaje de estudios, estamos los dos solos en casa, y agradezco estos momentos de tranquilidad.

Mientras me entretengo preparando unas tortillas, Elena entra en la cocina con una sonrisa contagiosa en la cara. Me abraza por detrás y me aprieta la espalda con su suave mejilla.

Su voz rebosa de emoción cuando dice. — ¿Qué estás haciendo, maridito?

— El desayuno — respondo sonriendo al sentir su calor en mi espalda.

Sin embargo, la curiosidad se apodera de mí. — ¿Dónde has estado?

Elena responde con un tono juguetón. — Adivina.

Volteo hacia ella, dispuesto a seguirle la corriente, pero mis ojos se fijan inmediatamente en su mano, que se frota suavemente el vientre.

Caigo en cuenta de inmediato. — ¿Estás embarazada?

Elena asiente con la cabeza y sus labios se curvan en una sonrisa. — Vamos a tener otro bebé.

Yo me quedo inmóvil. — ¿Quieres decir que Lucas será hermano mayor?

— Sí. Estoy embarazada de cinco semanas.

La alegría que me invade es inconmensurable, y no puedo evitar abrazarla con fuerza, con el corazón rebosante de sentimiento.

Se me llenan los ojos de lágrimas. — No puedo creer que vayamos a ser padres otra vez.

— Yo también — dice ella. — ¿Crees que a Lucas le hará ilusión el hecho de que tendrá un hermanito o una hermanita?

— Sí, le encantará. Será el mejor hermano mayor, porque se parece a ti. — Lucas no se parece en nada a mí.

Es amable, cariñoso y dulce. Igual que Elena.

— Gracias, Elena, por darme una familia. Te quiero tanto.

Elena me mira con esos hermosos ojos color avellana, y su rostro radiante de alegría.

— Me diste tanto, Dominic. Una familia amorosa, y la vida que nunca soñé. Significas todo para mí.

Las lágrimas brillan en mis ojos y me inclino para besarla, saboreando la dulzura del momento.

— Y tú lo eres todo para mí, Elena. Te quiero más de lo que las palabras podrían expresar.

EL FIN

Si quieres saber cómo Marcus Romano reivindicó la inocencia de una detective de policía, pide ahora mismo: Engrilletada por el Jefe de la Mafia (La Familia Mafiosa Romano 2).

Si te ha gustado este libro, te agradecería que te tomaras unos minutos para dejar una reseña en la plataforma que elijas. Puedes ser tan breve como desees.

Otros libros de Celeste Riley:

**La Familia mafiosa Romano:**
El Jefe Mafioso y su Heredero Secreto (Libro 1)
Engrilletada por el Jefe de la Mafia (Libro 2)
Traicionando al Jefe de la Mafia (Libro 3)

**Reznek Bratva:**

Amante Bratva (Libro 1)
Amante Salvaje (Libro 2)
Amante Tóxico (Libro 3)

**El Club Secreto de Los Reyes:**

El Protector Oscuro (Libro 1)
El Mentiroso Malvado (Libro 2)
El Jefe Despiadado (Libro 3)

# SOBRE LA AUTORA

Celeste Riley escribe novelas románticas de diversos géneros, pero tiene una especial predilección por las historias de amor oscuro con un toque especial. El antihéroe es siempre su personaje favorito, y cree que incluso los villanos merecen amor.

Cuando no está sentada en oficina hablando con gente que se ha inventado, Celeste está leyendo su libro favorito o pasando tiempo con su familia y su colección de mascotas, a veces hilarante y a veces agotadora. En la vida real, es veterinaria.

También puedes visitar mi página de autor en Amazon para ver los libros que ya están disponibles.